



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE LETRAS MODERNAS
LETRAS INGLESAS

HUMOR FINANCIERO: TRADUCCIÓN COMENTADA DE
"A LITTLE DINNER WITH MR. LUCIUS FYSHE" DE
STEPHEN LEACOCK

TRADUCCIÓN COMENTADA
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADA EN LENGUA Y LITERATURAS MODERNAS
(LETRAS INGLESAS)

PRESENTA:

ERIKA GLORIA GÓMEZ FERNÁNDEZ

ASESORA:

DRA. ANA ELENA GONZÁLEZ TREVIÑO



CIUDAD UNIVERSITARIA,

2011



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Quiero agradecer en primer lugar a mis padres, por haberme apoyado, guiado y educado; por darme valores y valor; por ser incondicionales.

A mis hermanos y hermanas por estar *aquí*.

A mis amigos, por distraerme, acompañarme y hacerme la vida más llevadera. En especial a Gabriela Cruz, por su constante amistad, a pesar de mis ausencias.

A Gerry (G.P), por apoyarme en los momentos difíciles. Sin su amistad y compañía, este trabajo muy probablemente jamás se habría empezado a escribir. Pronto dejaré de estar sobre la muralla verde.

A la UNAM por existir.

Por supuesto, a Ana Elena González, por darme fuerza para terminar este proyecto, por haber creído en mí y darme su apoyo desde el primer momento en que me presenté en su oficina con un engargolado de mi primera versión de la traducción que dio origen al presente trabajo.

A Irene Artigas, por su entusiasmo y ayuda en la realización de esta traducción comentada.

A Claudia Lucotti, Mario Murgia y Gabriel Linares por su atenta lectura y sus valiosas observaciones.

A mi profesor de traducción, Guillermo Quintero, guía y modelo a seguir durante la carrera. Sé que, a pesar de las circunstancias, me ha acompañado a lo largo de todo este proceso, iluminando mi camino. Sé que, desde donde él está, este trabajo tiene su aprobación. *Gracias totales.*

A Colin, para quien sólo tengo poemas y nada más:

*En la corbata de tus memorias
quiero colgar mis poemas
tallos de las hojas más verdes
de tu saco otoñal
tallos que se marchitan en el papel...*

Índice

1. Introducción.....	3
2. Proceso de lectura previo a la traducción: la primera interpretación.....	6
3. Una lectura más allá de la superficie: una sátira de la realidad social.....	15
4. De la vida a la literatura.....	32
5. El proceso de traducción.....	40
La cenita de Mr. Lucullus Fyshe (versión anotada)	55
Bibliografía.....	88
Anexo.....	93
a) Ilustraciones	
• Ilustración 1. Stephen Leacock	
• Ilustración 2. An outdoor view/An indoor view/ caricature by J.B. Fitz Maurice. Stephen Leacock	
• Ilustración 3. The late James Fisk Junior	
b) A Little Dinner with Mr. Lucullus Fyshe (texto en inglés)	

1. Introducción

Cuando se tiene cierta libertad de escoger un texto para traducirlo, quizá una de las preguntas más difíciles de responder es ¿por qué o para qué traducir un texto determinado y no otro? Los motivos pueden ser desde los más subjetivos hasta los muy prácticos e, incluso, ser una combinación de ambos. En este caso, considero importante difundir la obra de Stephen Leacock, no sólo por su relevancia en el escenario literario canadiense, sino también por la actualidad de sus temas, su sensibilidad para abordarlos, y porque conjuga dos elementos que pudieran parecer irreconciliables: la economía y la literatura.

Stephen Butler Leacock (1869-1944) fue profesor de economía y de lenguas modernas, y escritor prolífico (ver Anexo: ilustraciones 1 y 2). Nació en Swanmore, Inglaterra. A la edad de seis años sus padres lo llevaron a vivir a Ontario, Canadá, en donde adoptaría la nacionalidad e identidad que enaltecería con su obra. Con mucho esfuerzo logró terminar sus estudios en el Upper Canada College donde también daría clases. En 1899, inspirado por la obra *Teoría de la clase ociosa* del sociólogo y economista Thorstein Veblen, se inscribe en la Universidad de Chicago, donde se graduó en economía política con la asesoría de Veblen. Se casó con Beatriz Hamilton en 1900 y después de hacer un doctorado trabajó en la Universidad de McGill como profesor en el Departamento de Economía y Ciencias Políticas. Trabajaría para esa universidad por el resto de su vida. Su primer libro humorístico se publicó en 1910 bajo el título de *Literary Lapses* y a partir de ahí su actividad como escritor fue intensa.

Sus obras consisten prácticamente en textos económicos que se valen de formas literarias para exponer, ejemplificar y criticar diversas situaciones de nuestra vida cotidiana: los efectos del desarrollo industrial, las debilidades de las instituciones, la “lógica” de las

finanzas y la psicología del gran empresario, por mencionar algunos ejemplos; todo ello expuesto a través de una lente de aumento que nos aporta imágenes amplificadas, caricaturas cómicas, que tienen un efecto catártico. Como sugiere el historiador John Patrick Diggins: “...la sátira es, entre otras cosas, un conducto para encontrar cierto alivio psicológico en la expresión de todo lo que sea feo, incongruente y excesivo...”¹. De esta forma, las obras de Leacock cumplen con su cometido, y de ahí se deriva la necesidad de traducirlas y ponerlas al alcance de más lectores.

El texto que traduje se encuentra en la obra *Arcadian Adventures with the Idle Rich* (1914), la cual consiste en una colección de *sketches* o “artículos humorísticos” relacionados entre sí —en donde “[e]ach story can stand by itself with its own plot, its own climax, its own proper theme”, ya que “Leacock was never to manage the complete and rounded novel form”²—y no exige una lectura de principio a fin, ni un orden específico, a pesar de tener una cronología interna. Sin embargo, elegí traducir precisamente el primer *sketch*, “A Little Dinner with Mr. Lucullus Fyshe” por dos motivos principales. El primero es que ese *sketch* introduce al lector al ambiente en que se desarrollan todas las historias de esta colección, por lo cual tiene un cierto grado de precedencia respecto a los demás; el segundo se debe a que esta primera traducción es sólo el principio de mi propósito ulterior de traducir el libro completo, observando la pertinencia de hacerlo en el orden presentado en la obra y, al mismo tiempo, el orden que seguí en mi primera lectura.

La edición que se usó como texto fuente para la traducción fue la publicada bajo el sello *McClelland & Stewart Limited* (1989), prologada por Gerald Lynch. Sin embargo, se consultó otra edición anterior en inglés publicada en pasta dura (1969) por la misma

¹ John Patrick Diggins, *Thorstein Veblen, teórico de la clase ociosa*, pp. 341-342.

² Ralph Curry, “Introduction”, en Stephen Leacock, *Arcadian Adventures with the Idle Rich*, p. VIII.

editorial con una introducción crítica de Ralph L. Curry. Esto no quiere decir que sean las únicas ediciones de una colección tan exitosa. Por ejemplo, en la compilación *A Bibliography of Stephen Butler Leacock* (1935), se enumeran cuatro ediciones: la edición publicada en Londres en 1914 bajo el sello Lane; en Nueva York, la editorial imprimió en ese mismo año una segunda y después, una tercera más económica (1930), seguidas de reimpressiones por la editorial Dodd. También apareció en la *American Magazine* (1914). El *sketch* que nos interesa fue publicado posteriormente en una compilación llamada *The Leacock Book* (1930) por la editorial Lane en Londres. Asimismo, se lista una traducción de la colección completa al alemán (1925) de la editorial Williams, y una al sueco (1920) de la editorial Svenska Andelsforl. Curiosamente, sólo se tiene documentada una traducción al español, que salió a la venta cuando terminé de traducir el primer cuento cuya versión presento. El libro completo salió al mercado con el título *Aventuras del señorito en su Arcadia*, traducción de Tamara Gil Somoza, bajo el sello editorial 451 Editores, de Madrid, España.

La versión del *sketch* “A Little Dinner with Mr. Lucullus Fyshe” que presento va acompañada de mi proceso de lectura, la cual he dividido en cuatro capítulos. Cada capítulo es como una capa que fui desprendiendo poco a poco, lectura tras lectura, en un intento por llegar al corazón del texto. Y aunque no pretendo hacer una explicación exhaustiva del mismo, procuro tocar los puntos que considero de mayor importancia para contextualizar, no sólo al *sketch*, sino también mi proceso de traducción.

2. Proceso de lectura previo a la traducción: la primera interpretación

Como ya hemos mencionado, “A Little Dinner with Mr. Lucullus Fyshe” se encuentra en la colección *Arcadian Adventures with the Idle Rich*. Por tanto, me parece necesario comentar algunos aspectos referentes al título de la colección y cómo se relacionan directamente con los temas tratados en el *sketch*, que en lo sucesivo denominaré “A Little Dinner” o el *sketch*. Posteriormente, presentaré un breve análisis de “A Little Dinner” con la intención de ilustrar el proceso de lectura que dio origen a la presente traducción. Para ello, entre otras fuentes, me ayudaré de la colección *Sunshine Sketches of a Little Town* (1912) del mismo autor, y en lo sucesivo también me referiré a ella como *Sunshine Sketches*.

En primera instancia, la frase “Arcadian Adventures” podría remontarnos a una “mountainous region of ancient Greece, traditionally known for the contented pastoral innocence of its people” o “a real or imaginary place offering peace and simplicity”³. Esta idea es reforzada con la descripción del Club Mausoleo en “A Little Dinner”: “It is a Grecian building of white stone.”⁴ Sin embargo, poco a poco Leacock nos comienza a revelar su intención irónica:

But at gayer times, when there are gala receptions at the club [...] Then indeed it is turned into a veritable Arcadia; and for a beautiful pastoral scene, such as would have gladdened the heart of a poet who understood *the cost of things*, commend me to the Mausoleum Club on just such an evening ... (p. 7)

El Club Mausoleo, referente espacial dentro del *sketch*, llama la atención principalmente por su nombre. ¿Por qué llamar “Mausoleo” a un club destinado a la diversión y a la reunión de la crema y nata del mundo empresarial? Pronto, se descubre que

³ *Dictionary.com Unabridged*. Random House, Inc. [En línea]. Disponible desde internet en <http://dictionary.reference.com/browse/arcadia's> [Con acceso el 22 de mayo de 2009].

⁴ Stephen Leacock, “A Little Dinner with Mr. Lucullus Fyshe” p. 7.

en el Club Mausoleo hay todo menos sencillez, y tampoco se trata de un lugar donde reinen precisamente la inocencia y la paz, pues es ahí donde se organiza la huelga del sindicato internacional de meseros, donde se hacen negocios turbios, donde se llevan a cabo recepciones de gala de exuberante lujo y se discuten temas triviales. Entonces el “Mausoleo” cobra una importancia mayor para volverse símbolo, entre otras cosas, del entierro de ciertos valores, como la honestidad. Esta pérdida de valores se percibe inmediatamente en las conversaciones de los personajes que tienen lugar en el Club:

“Are you inviting any one (*sic*) else to-night?” asked Mr. Furlong.
 “I should have liked to ask your father,” said Mr. Fyshe, “but unfortunately he is out of town.”
 What Mr. Fyshe really meant was, “I am extremely glad not to have to ask your father, whom I would not introduce to the Duke on any account.” (p. 14)

Durante mi proceso de lectura, la ironía presente desde el título de la colección comenzó a desdoblarse para sugerirme otras posibles dimensiones. Si tomamos en cuenta la formación clásica de Leacock, es seguro que tuviera contacto con la obra de escritores como Virgilio, Homero —a quien hace referencia en el *sketch*— o Séneca, por lo cual es muy probable que leyera al satirista romano Juvenal, a quien le encuentro cierta afinidad literaria con Leacock.

En *From Seneca to Juvenal*, el crítico H.E. Butler describe a Juvenal como un escritor que exponía los vicios y desaciertos de la sociedad de su tiempo, y que enseñó a los hombres a odiar la iniquidad; su obra muestra un excesivo pesimismo y un uso recurrente de la hipérbole y la caricatura. En sus *sketches*, Juvenal alababa la nobleza de carácter en contraposición a la nobleza por nacimiento y subrayaba la diferencia entre los nobles romanos del pasado y una Roma degenerada, manchada por los peores apetitos. Respecto al estilo de Juvenal, Butler señala:

...his vividness [...] makes the most immediate impression. It would be hard to find [...] a writer with such a power to make the scenes described live before his readers. The salient features of a scene or character are seized at once. [...] There is no irrelevant detail; the picture may be crowded, but it is never obscure...⁵

En la cita se describen características que se encuentran presentes en la obra de Leacock, quien también muestra un cierto grado de pesimismo al no permitir cambio alguno en sus personajes: no existen epifanías que modifiquen o concientizen. Si acaso, la única revelación presente en “A Little Dinner with Mr. Lucullus Fyshe” es acerca de los verdaderos motivos detrás de las acciones de los personajes, lo cual acentúa su carácter depredador. Si Juvenal contraponía la nobleza de carácter del romano del pasado a la nobleza de nacimiento del romano de su tiempo, Leacock logra hacer lo mismo al confrontar al noble de nacimiento, personificado en el Duque, con la nueva nobleza capitalista que surgió del oportunismo financiero, personificada en Fyshe, Boulder, Boomer y Furlong. Con esto no quiero decir que el noble de nacimiento tuviera mayor calidad moral que el noble capitalista, pero este último muestra ser más descarado y hábil, al ser más “abierto y democrático”.

Al igual que Juvenal, Leacock hace uso de la exageración, figura mejor conocida como hipérbole, como uno de los ingredientes básicos de su estilo humorístico. Si bien sus descripciones no son tan profusas, los elementos son suficientes para crear “imágenes muy vívidas”, como diría Butler. Ejemplos de ello lo podemos encontrar en la descripción de la técnica de Mr. Boulder para embaucar a ricos europeos o en la caracterización del Duque:

The Duke of Dulham entered the Mausoleum Club that evening at exactly seven of the clock. He was a short, thick man with a shaven face, red as a brick, and grizzled hair, and from the look of him he could have got a job at sight in any lumber camp in Wisconsin. He wore a dinner jacket, just like an ordinary person, but even without his Norfolk coat and his hobnailed boots there was something in

⁵ Harold Edgeworth Butler, *Post-Augustan Poetry From Seneca to Juvenal*. Project Gutenberg e-text [libro en línea]. Disponible desde internet en <http://infomotions.com/etexts/gutenberg/dirs/etext05/7pagp10.htm> [con acceso el 9 de diciembre de 2008].

the way in which he walked up the long main hall of the Mausoleum Club that every imported waiter in the place recognized in an instant. (p. 23)

Si bien, en sus sátiras el romano pone de manifiesto las características más sobresalientes de los personajes o de las situaciones descritas, Leacock tampoco deja nada ambiguo y añade todos los detalles necesarios y en su justa medida para que las escenas en cuestión sean intensamente creíbles a pesar de ser increíblemente ridículas. De inmediato podemos adivinar a Mr. Fyshe: sus movimientos, sus miradas, su voz, sus ademanes, e incluso su físico, a pesar de no tener una descripción detallada de él; es fácil escuchar a Mr. Boulder cuando habla de su casa hecha de “troncos”, casi con una voz ahogada y “al borde del llanto”; la personalidad del Duque, con todo y modales; y la manera en que interactúan entre sí, por mencionar sólo algunos ejemplos.

Juvenal, por su parte, también llegó a utilizar la palabra “arcadio” en sus sátiras, aunque en un sentido diferente:

Where the main jet of every question lies,
 And whence, the chief objections may arise,
 All wish to know; but none the price will pay.
 "The price," retorts the scholar, "do you say!
 What have I learn'd?" There go the master's pains,
 Because, forsooth, the Arcadian brute lacks brains!
 And yet this oaf, every sixth morn, prepares
 To split my head with Hannibal's affairs,
 While he debates at large, "Whether 'twere right,
 "To take advantage of the general fright... (VII, v. 244-253)

Y aquí la expresión “the Arcadian brute lacks brains” tiene un trasfondo histórico muy importante, como lo indica el traductor William Gifford en la nota al pie: “But, indeed, the Arcadians themselves always passed among the Greeks, for a slow and stupid race. This is terrible news for the city poets, and will derange the plan of many a pastoral.”⁶ De hecho, el *Webster’s Online Dictionary* confirma esa acepción, y como sinónimos de “Arcadian”

⁶ William Gifford, trad., *The Satires of Decimus Junius Juvenalis and of Aulus Persius Flaccus*, p. 312.

(como sustantivo) tiene “blockhead” (tonto, mentecato) o “dunce” (burro), entre otros. Esta connotación negativa de “Arcadian” en el verso de Juvenal podría sugerir una interpretación más amplia del título de la colección *Arcadian Adventures with the Idle Rich*, más allá de su intención irónica.

A pesar de que en esta colección de *sketches* de Leacock se habla de “pastorcillos” y “pastorcillas”, nos queda claro que su intención no es describir una Arcadia rural e idílica. Al contrario, encontramos que, dentro de la nueva Roma estadounidense, existen especímenes bastante arcádicos en el sentido despectivo que usó Juvenal. Leacock tiene cuidado de no atacar directamente a los “idle rich” con las connotaciones que puedan derivarse de la palabra “Arcadian”, ya que en términos gramaticales, son las aventuras de esos ricos las que son arcádicas. Sin embargo, si las aventuras son arcádicas y les suceden o las viven esos ricos, entonces gran parte de las connotaciones que pueda tener la palabra “Arcadian” (sentido irónico y despectivo), por asociación de ideas, se traslada a los “Idle Rich”. Por ejemplo, el sentido despectivo de “Arcadian” que utiliza Juvenal concuerda con algunas de las actitudes y acciones de los personajes, como le sucede al Duque, quien en comparación con la habilidad y rapidez de los demás, es lento e inepto (aunque nada inocente), en ese mundo de tiburones financieros:

So the Duke had come to America, where borrowing is notoriously easy. Any member of the Mausoleum Club, for instance, would borrow fifty cents to buy a cigar, or fifty thousand dollars to buy a house, or five millions to buy a railroad with complete indifference [...] In fact, ever so many the Duke's friends were known to have borrowed money in America with magical ease [...]

So the Duke knew it must be easy. And yet, incredible as it may seem, he had spent four days in New York, entertained everywhere, and made much of, and hadn't borrowed a cent. (pp. 20-21)

De hecho, esta interpretación de “Arcadian” intensifica la ironía del título al conjugarlo con “Adventures”, pues la aventura de Mr. Fyshe se reduce a la banalidad de

una cena que ni cumple con el objetivo. Asimismo, las preocupaciones de estos millonarios que viven en su realidad utópica resultan también arcádicas, triviales al carecer de mayor trascendencia o verdadera importancia, pues a los miembros del club lo que más les gusta es hablar, y en ello se les va la vida:

Thus the members sit and talk in undertones that float to the ear through the haze of Havana smoke. You may hear the older men explaining that the country is going to absolute ruin, and the younger ones explaining that the country is forging ahead as it never did before; but chiefly they love to talk of great national questions, such as the protective tariff and the need of raising it; the sad decline of the morality of the working man, the spread of syndicalism and the lack of Christianity in the labour class, and the awful growth of selfishness among the mass of people.

So they talk [...] trying to wash away the memory and the sadness of it in floods of mineral waters. (p. 10)

De acuerdo con el *Merriam-Webster On-Line Dictionary*, entre las posibles acepciones que puede tener “Adventure” encontramos principalmente tres: la primera es “an undertaking usually involving danger and unknown risks”, la cual se aplica al relato sólo de manera irónica, ya que el máximo riesgo es perder la oportunidad de estafar al otro y sin mayores consecuencias, ya sea que suceda o no; la segunda es “an exciting or remarkable experience”, que igualmente sólo sería aplicable en un sentido irónico cuando indica que la visita del Duque fue tan sólo una “passing and pleasant memory” (p. 32), una anécdota sin mayor trascendencia; y la tercera acepción “an enterprise involving financial risk” podría tener mayor relación con el contenido de la obra, excepto porque no hay un riesgo real, no hay intereses verdaderamente comprometidos porque la transacción no se lleva a cabo.

Como veremos más adelante, a Leacock le gustaban los juegos de palabras, y le gustaba jugar con los significados. Por lo tanto, como el sentido de “Arcadian” es principalmente irónico y los otros posibles sentidos coexisten y participan de ese juego, al

momento de traducir el *sketch*, fue ese sentido irónico el que prevaleció. Esto es determinante sobre todo cuando se piensa en “Arcadian” no sólo como algo idílico, sino también como algo “innocent, simple, or untroubled” (*Merriam-Webster On-Line Dictionary*) que se contrapone al peligro o riesgo que implica una aventura. Asimismo, “Arcadian” también se refiere a algo rústico (*Askoxford.com*), que encaja muy bien con el mundo utópico de estos magnates, pero que también sugiere cierto primitivismo, aunque sea idealizado.

Por otra parte, el título de la colección —además del contenido— sugiere tener una relación directa con la obra de Veblen, *Teoría de la clase ociosa*, cuyo título en inglés es *Theory of the Leisure Class*. En los *sketches*, Leacock retoma la teoría de Veblen de que el capitalismo es el resultado de una continuidad histórica al contraponer la mentalidad de la decadente realeza europea con la presuntuosa realeza estadounidense. La comparación de ambas es inevitable y sus semejanzas, semejanzas que también Veblen establece en su obra, se entretajan entre lo tradicional y lo moderno. Los vicios son los mismos, pero practicados de forma distinta; el estilo de vida y valores de esta clase privilegiada (llámese “idle rich” o “leisure class”) evolucionan con el tiempo, sin olvidar un pasado que los sostiene y justifica. En ambos títulos, la relación se da principalmente por las expresiones “Idle Rich” y “Leisure Class”, en un primer plano; y por la palabra “Arcadian” y el contenido, en un segundo plano. Si bien, el significado de “leisure” no abarca precisamente el de “idle”, este último sí contiene al primero, y lo amplifica. Es bajo esta luz que llevé a cabo el análisis, interpretación y traducción del *sketch*.

Sin embargo, para comprender un texto satírico como “A Little Dinner with Mr. Lucullus Fyshe”, resulta necesario comprender a qué o a quién está satirizando, y mientras más información tenga el lector al respecto, más efectiva será la función del texto. Leacock

hace uso de juegos de palabras que representan a sus personajes o que hacen alusión a personajes fácilmente reconocibles en esa época, lo que implica un problema de traducción que debe enfrentarse.

En la versión española de la colección *Arcadian Adventures*, publicada con el título *Aventuras del señorito en su Arcadia*, la traductora Tamara Gil Somoza comenta, en referencia a los juegos de palabras que representan los nombres de los personajes, que no los tradujo ya que “...resultaría demasiado forzado y que irremisiblemente alejaría al lector del ambiente en que se desarrolla la acción.”⁷ En esto concuerdo con ella. Intentar traducir todos los nombres de los personajes es una idea que se antoja poco práctica y, de modificarlos, se recurriría a la adaptación, la cual implicaría a su vez otras modificaciones. Se debe tomar en cuenta que la obra es una sátira del escenario financiero, político y social, y hace referencia explícita a personajes de mal nombre en el mundo de las finanzas de esa época.

Lo anterior es particularmente cierto en el nombre del personaje Lucullus Fyshe que de traducirse o adaptarse al español perdería la alusión al personaje histórico James Fisk (ver Anexo: Ilustración 3), y con él, parte del humorismo y mucho de la crítica. Una excepción podría ser el caso de la Iglesia de *St. Asaph*, que al momento de traducirlo como Iglesia de San Asaf⁸, su contraparte que aparece en otro *sketch*, la Iglesia de *St. Osoph*, se podrá adaptar en un futuro a San Osof sin que se pierda la relación ni el juego de palabras con San Asaf, ya que *St. Osoph* es un nombre que inventó Leacock, y es posible mantener la correspondencia fónica y ortográfica que hay entre ambos nombres. Sin embargo, estos

⁷ Tamara Gil Somoza, “Nota a la traducción”, en Stephen Leacock, *Aventuras del señorito en su Arcadia*, p.8.

⁸ Vicente Rocafuerte, *Ensayo sobre tolerancia religiosa*. Google Libros [En línea]. Disponible desde internet en <http://books.google.com> [ver dirección electrónica en bibliografía]. [Con acceso el 17 de octubre de 2009].

casos son los menos, y se hace necesario exponer algunos datos históricos que servirán para entender mejor la magnitud de la sátira en el *sketch* y la necesidad de investigar varios aspectos para poder traducirlo.

3. Una lectura más allá de la superficie: una sátira de la realidad social

En Estados Unidos, a finales del siglo XIX y principios del XX, se comenzaba a vivir una prosperidad económica nunca antes vista: “‘La sociedad’ se volvió un sinónimo (*sic*) de las nuevas mansiones seudogóticas (*sic*), donde las luces de gas parpadeaban con lascivia sobre juergas presumiblemente interminables en un ambiente de cristal y plata, roble y caoba, terciopelo y mármol”⁹, descripción que parece una copia al carbón del Club Mausoleo. Los nuevos ricos conformados por los capitalistas creadores de las grandes industrias que revolucionarían la producción y el consumo eran “voceros honestos del trabajo arduo y la eficiencia industrial”; sirvieron de ejemplo e inspiración, sobre todo al principio de esa época, cuando se creía que la riqueza y la abundancia serían como una cascada que llegaría hasta los estratos más pobres, como reflejo de la democracia del país. La actividad bancaria era de reciente creación, lo que fortaleció a la producción que primero fue a pequeña y luego a mayor escala. Sería en esa democracia donde surgiría el trato preferencial a los grandes empresarios y la “propiedad absentista”, es decir, la sociedad anónima. La primera generación de nuevos ricos, como serían los Vanderbilt, James J. Hill y Carnegie, por mencionar algunos, adoptaron un rol convenientemente paternalista hacia la sociedad. En 1889, Carnegie lo explicó así:

This, then, is held to be the duty of the man of Wealth: First, to set an example of modest, unostentatious living, shunning display or extravagance; to provide moderately for the legitimate wants of those dependent upon him; and after doing so to consider all surplus revenues which come to him simply as trust funds, which he is called upon to administer, and strictly bound as a matter of duty to administer in the manner which, in his judgment, is best calculated to produce the most beneficial results for the community -- the man of wealth thus becoming the mere agent and trustee for his poorer brethren, bringing to their service his superior

⁹ John Patrick Diggins, *Thorstein Veblen, Teórico de la clase ociosa*, p. 55.

wisdom, experience, and ability to administer, doing for them better than they would or could do for themselves.¹⁰

Por muy contradictorias que pudieran ser las afirmaciones de Carnegie, lo cierto es que muchos consideraron su ensayo *Wealth*, conocido en español como *Evangelio de la riqueza*, una verdad y modelo a seguir, ya que lo decía una persona de éxito, cuyas habilidades como administrador eran más que obvias. De esta forma, Estados Unidos viviría la época dorada de la arquitectura pública: hermosas bibliotecas fueron construidas al estilo clásico; las grandes universidades fueron patrocinadas y construidas con recursos de riqueza personal o de una empresa; se construyeron mansiones que se utilizaban como atracciones turísticas, ocupadas sobre todo por visitantes provenientes de Europa. No fuera a ser que se cumpliera la sentencia de Carnegie: "The man who dies thus rich dies disgraced".

El mercado libre sería lo que establecería las reglas del juego, en los ámbitos económico, político y social, basado en la ley natural del siglo XVIII y la teoría económica de Adam Smith. Ya que los capitanes de la industria administraban y dirigían las políticas públicas y económicas del país, las funciones del gobierno se limitaron a la seguridad nacional y a la protección de la propiedad. Es decir, no había regulación financiera.

Mientras los magnates libraban una lucha encarnizada por desarrollar los mejores medios de producción, que les arrojarían mayores ganancias para seguir en la batalla de la justificación social de su existencia, otro grupo trepaba por el escalafón social de manera silenciosa y constante: la nueva clase media, comerciantes de éxito notorio deseosos de probar las mieles de la distinción y la respetabilidad que otorga el dinero. A fines del siglo

¹⁰ Andrew Carnegie, "Wealth". En: *North American Review*, CXLVIII, 653-64. Nineteenth Century Documents Project [En línea]. Disponible desde internet en <http://facweb.furman.edu/~benson/docs/carnegie.htm> [Con acceso el 22 de mayo de 2009].

XIX, los hijos directos de la hazaña y la astucia comercial en una sociedad sin gobierno, rápidamente se convirtieron en la segunda generación de nuevos ricos: más descarados, más egoístas, más hábiles y más corruptos. El crecimiento económico de la nación se volvió cada vez más dependiente de la riqueza de esas minorías, sumiendo a la sociedad en una plutonomía¹¹ —de ahí que en el *sketch*, la avenida principal de la ciudad se llame Plutoria. Sería contra estas prácticas que Leacock dirigiría sus críticas más agudas.

Producir y comercializar, aunque están íntimamente relacionados, no es lo mismo, y la generación anterior de magnates lo tenían muy claro. Veían con desprecio a personas como Jim Fisk (especulador) o J. P. Morgan (banquero), que no producían ningún bien útil, eran oportunistas, que sólo manipulaban riqueza intangible para beneficio propio, como lo describe Leacock: “...the shepherds and shepherdesses consume preferred stocks and gold-interest bonds in the shape of chilled champagne and iced asparagus, and great platefuls of dividends and special quarterly bonuses are carried to and fro...”(p. 9). Algunos como Rockefeller y Standford intentaron imitar el espíritu filántropico de la generación anterior, pero no eran la regla. James Fisk usaba los fondos de su corporación para corromper a los funcionarios públicos, producir espectáculos y patrocinar actrices. Así, la mayoría de ellos se dedicaba a consumir lo que otros producían, a la ostentación y al abuso, a comprar y a vender empresas y acciones como si fueran mercancía, contribuyendo al aumento de la desigualdad económica y social. Es sólo entonces que entendemos verdaderamente lo que Leacock nos quiere decir cuando equipara fusionar con producir:

...many of the members of the Mausoleum Club *manufacture* things, or cause them to be manufactured, or —what is the *same thing*— *merge* them when they are

¹¹ Se refiere a la economía de una sociedad donde la mayor parte de la riqueza es controlada y concentrada por una minoría cada vez más reducida, de tal forma que el crecimiento económico de esa sociedad se vuelve dependiente de las fortunas de esa misma minoría. Ver *Investopedia ULC*. Forbes Digital Company. [En línea]. Disponible desde internet <http://www.investopedia.com/terms/p/plutonomy.asp> [Con acceso el 22 de mayo de 2009].

manufactured [...] And as for the members themselves, they are about as much ashamed of manufacturing and merging things as the Marquis of Salisbury is ashamed of the founders of the Cecil family. (p.11)

Sin embargo, Leacock no sería el único que expondría este hecho. Fuera del ámbito literario, los académicos posmarxistas —como Webber, Durkheim y Veblen— comenzaban a formular sus teorías socioeconómicas desde una perspectiva diferente a la de sus antecesores: analizando las causas “más profundas”. Ya no era posible explicar con el marxismo todo lo que estaba sucediendo. Sería Thorstein Veblen quien daría una explicación muy interesante en su *Teoría de la clase ociosa* (1899) sobre las causas más profundas (psicológicas y antropológicas) que condujeron a la sociedad a un capitalismo exacerbado y de consumo. Tanto la obra como el autor fueron de especial y amplia influencia para Stephen Leacock.

De acuerdo con Diggins, a diferencia de Marx, Veblen percibía en la historia movimiento y continuidad, como un proceso sin propósito ni dirección definida; y a diferencia del economista Werner Sombart (1863-1941), consideraba el “moderno” comportamiento capitalista como algo primitivo, “arcaico”. Leacock parece retomar el argumento y la técnica comparativa de Veblen para exponer, de manera gráfica, que la posición social y el poder económico son signos a los que el ser humano responde con envidiosa aceptación, desde la época de las incursiones bárbaras, pasando por los barones de la Edad Media —representados por el Duque— y la clase sacerdotal —encarnada en el reverendo Furlong—, hasta llegar al capitalista moderno, en la figura de Mr. Fyshe. Leacock evidencia de manera directa esa continuidad histórica cuando relaciona la fundación de la familia Cecil, uno de los linajes ingleses más influyentes, con la fundación

de poderosos consorcios, ambas deshonrosas, pero con la diferencia de que nada se compara con “...what you may observe every morning on Plutoria Avenue...” (p. 7).

Leacock también hace referencia en otras de sus obras a la continuidad histórica de los hábitos culturales que menciona Veblen. Por ejemplo, en el *sketch* “Homer and Humbug”, de la colección *Behind the Beyond* (1913), en tono irónico comenta el poco placer que la causó leer a los clásicos y cómo les había mentado a sus amigos al respecto. Comienza a citar de memoria algunos pasajes de la obra de Homero donde se describen las hazañas de Áyax, y lo compara de manera cómica con las “hazañas” de los directores de *American Industrial Stocks* en la casa de bolsa.

Leacock retoma esa idea de continuidad histórica con un propósito que dista de un interés antropológico pero que le sirve de materia prima para su sátira: “My plan is to transpose the classical writers as to give, not the literal translation word for word, but what is really the modern equivalent”¹². No es una sátira de la teoría de Veblen, quien también satirizaba al sistema político y económico, sino que lo usa como medio para llegar a su objetivo. En “A Little Dinner”, el equivalente moderno de la vieja aristocracia es la nueva plutocracia estadounidense, y la comparación entre ambos es el medio para exponer los vicios de ambas clases. Por lo tanto, en la colección de *Arcadian Adventures with the Idle Rich*, la palabra “Arcadian” puede tomar una tercera dimensión: aparte de su sentido irónico que supone describir algo idílico, y la connotación ofensiva como lo usa Juvenal, puede interpretarse como un comportamiento primitivo en el sentido veblenita.

En todos los casos, Veblen describe cómo a lo largo de la historia, la clase ociosa ha hecho uso de su posición y economía para explotar y despojar al pueblo mientras hace parecer que actúa en beneficio del mismo. Leacock fortalece esta continuidad histórica al

¹² Stephen Leacock, “Homer and Humbug”, *The Best of Leacock*, p. 58.

comparar a los “restos lastimeros de la realeza europea”, cuya realeza se basa en la riqueza y la nobleza de nacimiento, con el capitalista que nace sin mayor nobleza que la otorgada por el dinero. Este linaje económico se pasa de generación en generación, al igual que sucede con la aristocracia europea, y su poder no se mide por la antigüedad de la familia o el título nobiliario que posea, sino por la cantidad de dividendos que generen sus empresas así como su permanencia. Sus emblemas son las industrias y los grandes rascacielos, que mientras más cerca del cielo, mayor es su fuerza económica; su riqueza es intangible y su sello distintivo, el lucro. Por lo tanto, el capitalista moderno en realidad estaba afectando, en los aspectos social y económico, a la antigua aristocracia, pues la lucha entre ellos no causaba ningún cambio real en la situación de las clases bajas.

Al igual que lo hiciera la primera generación de nuevos magnates industriales, la vieja aristocracia desdeñaba a estos ases de la bolsa de valores, situación que comenta Leacock de manera cómica: “The only thing that bothered the Duke was borrowing money [...] It was beneath him [...] To sit down in pleasant converse with a man, perhaps *almost* a gentleman [...] and take his money from him...”, y haciendo todavía más obvia la diferencia de códigos de conducta, decide llevarlo al extremo: “He could have understood knocking a man over the head with a fire shovel and taking his money, but not borrowing it” (p. 20). Leacock no sólo deja claro que el Duque no consideraba a estos hombres de finanzas como caballeros, sino que sus prácticas le parecían indignas y las despreciaba, al grado de pensar que es más *honorable* golpear a un hombre para arrebatarle su dinero. Ambas prácticas son inaceptables, pero serían los nuevos ricos quienes, al tener poder tanto económico como político, se sentirían en condiciones tanto de igualdad con la vieja aristocracia como con derecho de criticar sus maneras arcaicas de proceder; arcaicas desde el punto de vista del mundo moderno del liberalismo económico.

Lo anterior lo refleja Leacock en un comentario lleno de una ironía exquisita: “...Mr. Fyshe generally referred to the British aristocracy as ‘these fellows’ —Land, you know, feudal estates; sheer robbery, I call it. How the working class, the proletariat, stand for such tyranny is more than I can see...” (p. 13). Ante los ojos del autor, el problema es la concentración de la riqueza, no el método para concentrarla. Entonces, ¿a quién dirige Leacock su crítica? ¿A los antiguos aristócratas o a los magnates de Wall Street cuyas existencias y permanencias parecen hallar su justificación en la historia y en la psicología humanas? ¿Al gobierno que le permite existir? ¿O a la gente común que se dejaba gobernar por ellos?

En la contraportada de *Aventuras del señorito en su Arcadia* de 451 Editores se plantea una posible intención: “El más grande humorista canadiense de todos los tiempos husmea en la vida de los ricachones [...] Una visión que airea las vergüenzas de los que se apoltronan en lo alto del escalafón social”. Sin embargo, no parece ser del todo cierta. Curry señala que “...the satirical thrusts are directed not against people but against institutions.”¹³ De hecho, la moción de Curry se ve apoyada por la de Robertson Davies, “...he hated triviality about great matters”¹⁴. Lo que refleja de manera humorística son las incongruencias de la vida y las debilidades humanas, las cuales no sólo poseen los “ricachones” sino también la gente común, como lo evidencia en *Sunshine Sketches of a Little Town*, según palabras del propio Davies:

Strip the book from its humor, and what have you? A community in which the acknowledged leaders are windbags and self-serving clowns, and where the real leader is an illiterate saloon-keeper [...] He [Leacock] must have known, in his heart of hearts, that humor is a razor, and even in the most skilled hand it sometimes cuts.¹⁵

¹³ Curry, Ralph, R., *Op. Cit.*, p. vii.

¹⁴ Robertson Davies, “His Work”, en *Stephen Leacock*, p. 32.

¹⁵ *Ibidem*, p. 28.

A pesar de que su crítica puede ser áspera al exponer sin reparo los vicios y deficiencias de la sociedad, sabemos que la intención del autor no era ridiculizar a la *gente* según su posición social. Por ejemplo, *Arcadian Adventures* tiene una íntima relación con *Sunshine Sketches* en cuanto a temas, estructura, y un elemento: el Club Mausoleo. *Sunshine Sketches* trata de la gente común, la vida en la provincia; *Arcadian Adventures* trata de los grandes magnates, la vida en la gran metrópoli, pero ambas colecciones reflejan la naturaleza humana, independientemente de la posición social de las personas.

En *Arcadian Adventures* la molestia no es contra la riqueza, sino contra la ambición desmedida; ni contra las buenas negociaciones sino contra las negociaciones deshonestas y la pérdida de valores humanos. Incluso el mismo Leacock lo expresa así en su “Humor as I see it”, “[t]o me it has always seemed that the very essence of good humor is that it must be without harm and without malice.”¹⁶ De hecho, quien logra describir muy bien las intenciones de Leacock, es Gerald Lynch en el “Afterword” a la edición de 1989, “[he] exposes to laughter and ridicule the crass materialism that the unrestricted practice of capitalism has thrown up in the form of an American metropolitan plutocracy.”¹⁷ Y aquí es necesario subrayar el adjetivo “unrestricted”, pues tampoco quiere decir que Leacock haya sido un admirador del comunismo o que estuviera totalmente en contra del capitalismo. Buscaba un punto medio, y parece que creía verdaderamente en que debían modificarse las instituciones para mejorar el nivel de vida de toda la gente y no de unos cuantos.

Lo anterior es particularmente cierto después de 1880, cuando se creó un instrumento basado en el poder asociado que ayudaría a concentrar el poder económico,

¹⁶ Stephen Leacock, “Humor as I see it”, en Robertson Davies, *Feast of Stephen. A Leacock Anthology*, p. 139.

¹⁷ Gerald Lynch, “Afterword”, en Stephen Leacock, *Arcadian Adventures with the Idle Rich*, p. 205.

negando la posibilidad de una libre competencia: la sociedad anónima. Tanto trabajadores como consumidores se vieron amenazados por este nuevo monstruo con varios tentáculos.

La realidad había superado a la legislación. A pesar de que en 1890 se aprobara una ley antimonopolista (Sherman Anti-Trust Act), que podría fragmentar esas grandes corporaciones, no tuvo gran impacto. La ley resultó ambigua en cuanto a que dejaba muchos aspectos a la interpretación de las cortes, particularmente de la Suprema Corte. La crítica abierta de los presidentes Roosevelt y W. Wilson tampoco probó tener la fuerza para regular los monopolios, cuyo poder había permeado ya la política estadounidense.

Quizá ésa sea la razón por la cual Leacock pareciera ensañarse con las instituciones, pues consideraba que eran el medio más idóneo y la médula para mejorar tanto a la sociedad como su nivel de vida. Y si esta médula tenía las fallas y debilidades que magistralmente evidenciaba en sus obras, se requería una crítica más dura para enfatizar la necesidad de modificarla y fortalecerla, pero no destruirla.

Lo anterior puede observarse claramente en “A Little Dinner”. Se pone de manifiesto la supremacía del poder económico de las grandes corporaciones frente a las autoridades de gobierno:

The United States attorney-general is suing her [the owner of a New Jersey corporation] as she sits, in a vain attempt to make her dissolve herself into constituent companies. Near by (*sic*) is a child of four, in a khaki suit, who represents the merger of two trunk line railways [...] Incalculable infants wave their fifty-dollar ivory rattles in an inarticulate greeting to one another.” (pp. 7-8)

La expresión “in a vain attempt” enfatiza la falta de autoridad real que tiene el gobierno ante estos colosos económicos que, irónicamente, se encuentran representados en bebés apenas balbuceantes, lo cual demuestra, además, que se trata de un sistema cuyos engranes funcionan de manera autónoma. La libertad comercial sin regulación que se

respira en Plutoria trae como consecuencia el desequilibrio y la corrupción, no sólo de la gente a nivel individual sino también de las ciudades, y es en estos temas donde se hace énfasis. No hay que olvidar la admiración que sentía Leacock, quien nació a la mitad del régimen victoriano, por Charles Dickens, otro victoriano, y fueron los escritores de esa época quienes criticaron con mayor rudeza los efectos negativos de la revolución industrial.

Bien se puede percibir en *Great Expectations* el contraste entre la ciudad y el campo, lleno de esperanza, belleza e ingenuidad —valores representados en Pip, quien pronto se ve arrojado a los brazos de una ciudad (Londres), y de la cual comenta al respecto: “while I was scared by the immensity of London, I think I might have had some faint doubts whether it was not rather ugly, crooked, narrow, and dirty.”¹⁸ El sentido del humor de Dickens se asoma de inmediato, haciendo sonreír al lector en total complicidad ante las “faint doubts” del personaje. Thomas Carlyle, por otra parte, en *Captains of Industry*, lo describe muy a su manera, pero igualmente cómica ante la seriedad del tema:

But it is my first conviction that the “Hell of England” will *cease* to be that of “not making money”; that we shall get a nobler Hell and a nobler Heaven! [...] O heavens, each man will then say to himself: ‘Why such deadly haste to make money? I shall not go to Hell, even if I do not make money!’¹⁹

Leacock va un paso más allá, al caricaturizar a los millonarios estadounidenses:

There are broad steps leading up to the club, so broad and so agreeably covered with matting that the physical exertion of lifting oneself from one’s motor to the door of the club is reduced to the smallest compass. The richer members are not ashamed to take the steps one at a time [...] and at tight money periods, when there is a black cloud hanging over the Stock Exchange, you may see each and every one of the members [...] dragging himself up the steps after this fashion, his restless eyes filled with the dumb pathos of a man wondering where he can put his hand on half a million dollars. (p. 8).

¹⁸ Charles Dickens, *Great Expectations*, Capítulo XX. Project Gutenberg e-text [libro en línea]; 20 de Agosto de 2008. Disponible desde internet en <http://www.gutenberg.org/files/1400/1400-8.txt> [con acceso el 2 de diciembre de 2008].

¹⁹ Thomas Carlyle, “Captains of Industry”, en M.H Abrams, *The Norton Anthology of English Literature*, p. 1115.

La reducción del esfuerzo físico para llegar al club en realidad es una metáfora de cómo las prácticas del plutócrata llegan a lo ridículo para ostentar un estilo de vida que Veblen describía como “ocioso”: todo esfuerzo productivo (trabajo industrial) es considerado como bajo y carente de valor “astuto”. Los deportes, la guerra, el gobierno y la religión son las ocupaciones principales de esta clase, ya que el esfuerzo físico que puedan requerir no se traduce en la producción de un bien. La adquisición de riqueza sólo se considera honorable si es por la fuerza —como lo comenta el Duque— o el fraude—como el caso de Mr. Fyshe—. La obtención de enormes sumas millonarias, sin esfuerzo físico, a través de la astucia bursátil es honorable y digna. Mientras menos esfuerzo implique, incluyendo la entrada al club, mucho más admirable será su hazaña, de la misma forma que las tribus bárbaras consideraban los rasgos depredadores del hombre primitivo.

Leacock también nos deja claro que pobreza y crisis significan cosas diferentes para un millonario estadounidense, un aristócrata británico y una persona de los barrios. Para el millonario estadounidense, una tragedia económica significa perder la oportunidad de obtener grandes sumas de dinero (como cuando bajan sus acciones), pero como invierte en acciones preferentes (sin riesgo real) sólo disminuyen sus ganancias mas no su capital. Para un miembro de la realeza británica, la tragedia económica es la incapacidad de mantener un lujoso estilo de vida, pues ello implica perder su estatus, lo cual sería deshonroso. Veblen así lo explica en *The Instinct of Workmanship, the State of the Industrial Arts*, “[l]a aristocracia sin riqueza no ganada, o sin antecedentes depredadores, es una incongruencia. Cuando una clase aristocrática pierde su ventaja pecuniaria se vuelve cuestionable. Un aristócrata pobre es un “caballero deteriorado”; y la “nobleza del trabajo” es una expresión

desafortunada.”²⁰. Para la gente de los barrios, pobreza significa la falta de capacidad económica para cubrir sus necesidades más básicas. Es justo aquí, cuando *casualmente* menciona los barrios, donde aparece una de sus críticas más duras hacia la actitud indiferente y cínica del sistema plutocrático: “...if you were to mount to the roof of the Mausoleum Club itself on Plutoria Avenue you could almost see the slums from there. But why should you? [...] if you never went up on the roof [...] you would never know that the slums existed—which is much better”(p. 8). A pesar de ser una de sus mayores preocupaciones, Leacock, al igual que su mentor Thorstein Veblen, no centra su atención en las condiciones de pobreza y desigualdad socio-económica de la mayoría de la población, si no en las causas. Por lo tanto, los barrios pobres tienen un papel solamente incidental en el *sketch*.

Leacock dirige su crítica a la trivialidad con que se toma lo importante y la importancia que se le da a lo trivial. Entonces la influencia de su mentor se hace sentir con mayor intensidad. Como explica John Kenneth en la introducción a la *Teoría de la Clase Ociosa*: “La gran obra de Veblen es un comentario vasto e intemporal de la conducta de quienes poseen riqueza o andan en pos de ella y que, aparte de su dinero, carecen de la eminencia que —según suponían— iban a adquirir con él.”²¹ Esa conducta y falta de eminencia que menciona Kenneth son señaladas en “A Little Dinner”. Leacock expone la incongruencia de concederle la dirigencia de un país como E.U. a gente con capacidad económica pero que carece de mayor talento o visión.

El único “talento” que muestran los personajes es el del engaño y la hipocresía. Se pone en evidencia que Mr. Fyshe no sabe la forma adecuada de dirigirse a un duque, que no

²⁰ Thorstein Veblen, *Teoría de la clase ociosa*, citado en John Patrick Diggins, *Thorstein Veblen, teórico de la Clase ociosa*, p. 189.

²¹ John Kenneth, “Introducción”, en Thorstein Veblen, *Teoría de la clase ociosa*, p. IX.

tiene idea de qué es un “Boticelli”, pero aventaja al Duque en avidez mental para sacarle dinero a la gente. El Rev. Furlong se muestra frívolo al abordar los temas religiosos, ya que se limita a preguntar si el Duque es un hombre muy piadoso, pensándolo sólo en términos monetarios. El Dr. Boomer, presidente de la Universidad de Plutoria, quien recibió una educación cuyo costo pretende avalar la calidad de la misma, demuestra que sus conocimientos sobre antropología son superficiales, aunque está al día respecto a la situación financiera de las familias ducales. El Duque, mañosamente, evita dar cualquier opinión que lo comprometa, así que se limita a decir “Now here’s a good thing”. Esa superficialidad también se ve reflejada en los medios de comunicación: centran su atención en temas irrelevantes, y tienen inconsistencias e imprecisiones en la información, la cual venden como un artículo de moda—una vez terminada la temporada, se olvidan por completo del tema. Leacock pone el dedo en la llaga cuando hace que sean los propios personajes quienes exhiben sus debilidades al no ser consistentes entre lo que dicen y lo que hacen.

El acceso a las intenciones humorísticas de Leacock se encuentra condicionado principalmente por dos factores: al conocimiento que se tiene del contexto histórico de la obra y la comprensión de los matices y significados que cobran los términos económicos dentro de la misma. Es decir, si el lector desconoce lo que implica un control mayoritario o la ventaja de una acción preferente, pasará la vista rápidamente sin percatarse de la intención de la escena. Lo mismo ocurrirá con el contexto histórico. Un ejemplo es “el gran tema nacional” que consiste en “aumentar el arancel proteccionista”. En primera instancia podría parecer un tema de envergadura nacional, cuando en realidad se trata principalmente de los intereses de las minorías monopólicas que afectan las economías extranjeras al recibir un aumento en sus exportaciones a E.U. Y es aquí donde el lector documentado

sonreirá burlescamente al reconocer un tema que logró unir a competidores empresarios estadounidenses con un fin común: el aumento de sus ingresos, y para ello lograron un acuerdo con el Partido Republicano y fueron capaces hasta de buscar el apoyo de los granjeros del Este. El asunto lo convirtieron en un tema electoral, al igual que sucedió en *Sunshine Sketches of a Little Town* en el capítulo titulado “The Great Election in Missinaba County”, donde el tema electoral es “the tariff” y se menciona la alianza de uno de los candidatos con el partido conservador, sólo que en ese caso tiene lugar en una provincia, haciendo alusión principalmente a las elecciones de 1911 en Canadá.²²

Mientras el asunto del arancel era una cuestión de vida o muerte para la economía canadiense²³, en E.U. era una cuestión de expansión y lucro. Incluso el mismo Leacock argumentaba la necesidad del arancel dentro del Imperio Británico para asegurar la unidad económica y política de Canadá²⁴, y escribió al respecto todo un artículo titulado “The Great Victory in Canada” (1911) en la *National Review*.

La novela victoriana ya mencionaba el fenómeno de la producción, pero sería a partir de finales del siglo XIX cuando sus efectos se sentirían con mayor intensidad. De igual manera, el consumismo, persistente en la actualidad, fue el signo que marcó la transición y el cambio de una economía de la escasez a una economía de la abundancia, liderada por Estados Unidos. De acuerdo con David Trotter, “The American economy was

²² Gerald Lynch, *Sunshine Sketches: Mariposa versus Mr. Smith*. Studies in Canadian Literature [En línea]. Disponible desde internet en http://www.lib.unb.ca/Texts/SCL/bin/get.cgi?directory=vol9_2/&filename=Lynch.htm [Con acceso el 2 de diciembre de 2008].

²³ Ver K. W. Taylor, "Tariffs", en W. Stewart Wallace, ed., *The Encyclopedia of Canada*. pp. 1948, 398, 102-108. The Quebec History Encyclopedia [En línea]. Disponible desde internet en <http://faculty.marianopolis.edu/c.belanger/QuebecHistory/encyclopedia/TariffsCanada.htm> [Con acceso el 2 de diciembre de 2008].

²⁴ Gerald Lynch, *Idem*.

the most spectacularly abundant in the world, and therefore the most written about...”²⁵

Stephen Leacock no sería la excepción. Leacock siendo economista y escritor, no perdió la oportunidad de expresarse al respecto, no como una simple descripción estéril de las transformaciones sociales que se estaban viviendo en ese momento, sino que retomó las tesis de Veblen y las transformó en una obra literaria de dimensiones críticas impensables para ese momento.

La aportación que había hecho Veblen con sus estudios y análisis no había logrado el impacto que él esperaba. Sus ensayos, una interesante mezcla de lo político con lo artístico, denunciaron abiertamente el consumismo y sus efectos, las prácticas fraudulentas y mezquinas de los monopolios, el trato a la mujer y al obrero, pero no hubo respuesta por parte de la gente. De hecho sus ideas eran ampliamente discutidas, pero sólo en un pequeño círculo de intelectuales. Leacock utilizó un método más convencional y accesible para popularizar el mensaje: la literatura.

A través de la sátira, Leacock pudo criticar abiertamente esos aspectos negativos de la abundancia económica. Expuso y denunció las prácticas de los oportunistas financieros. Un ejemplo de ello, lo tenemos en la escena donde el Duque recibe la invitación para cenar con Mr. Fyshe, quien planeaba meticulosamente la manera de apoderarse del dinero del Duque. Como anécdota, puede parecer divertido, pero en realidad Fisk se dedicaba a estafar sobre todo a europeos; y junto a sus socios Drew y Gould conspiraba para apoderarse de las empresas, además de provocar el Viernes Negro de 1869 por especular con el oro²⁶.

²⁵ David Trotter, *The English Novel in History, 1895-1920*, p. 5.

²⁶ R.W., McAlpine. 1872. *The Life and Times of Col. James Fisk, Jr.*, The New York Book Company, Estados Unidos, pp. 262-263, 493-495. Internet Archive, American Libraries [Libro electrónico en línea]. Disponible desde internet en <http://www.archive.org/details/cu31924030124840> [Con acceso el 8 de noviembre de 2009].

Leacock distorsiona la realidad al punto de llevarla a lo inverosímil. La sátira, en conjunción con la hipérbole, le permite presentar situaciones tanto desagradables como divertidas, para goce del lector, ya que las emociones del lector no llegan a involucrarse completamente con lo narrado. En poco espacio, logra entrelazar diversos temas que en esa época tenían relevancia, ya sea en los medios de comunicación o en la política internacional: la politización de la economía y las leyes, la corrupción de las religiones, el auge sindicalista de esos tiempos encarnada en los *wobblies* y el activismo a favor de los trabajadores chinos²⁷, la participación del capital privado en las universidades, la cuestión agraria, la política intervencionista de Gran Bretaña y el movimiento de los Jóvenes Turcos²⁸, por mencionar sólo los más obvios. Sin embargo, debido a la manera tan fresca y aparentemente simple de contarnos la historia, se vuelve una lectura ligera, con una voz narrativa que resulta familiar al dirigirse al lector en segunda persona; y la identificación de personajes o “tipos” se convierte en algo humorístico en vez de en una frustración angustiante. Su técnica humorística es efectiva en tanto que revela las incongruencias entre las aspiraciones de los personajes y sus logros; sus expectativas (que también pueden ser las

²⁷ A los miembros del Sindicato de Trabajadores Industriales del Mundo, *IWW* (Industrial Workers of the World), se les denomina ‘wobblies’, cuya filosofía es que todos los trabajadores del mundo deberían estar unidos y que debería abolirse el sistema salarial. Se fundó en 1905 y, de los principales sindicatos existentes en ese entonces, el *IWW* fue el que se movilizó fuertemente contra las leyes anti-migratorias y racistas en detrimento de los trabajadores asiáticos, principalmente chinos, en E.U. Ver <http://www.iww.org/PDF/Spanish/ElGranSindicato.pdf> y <http://ocp.hul.harvard.edu/immigration/themes-exclusion.html>

²⁸ Jóvenes Turcos es una coalición de varios grupos reformistas turcos de principios del s.XX, oficialmente conocido como el Comité de Unión y Progreso (CUP) — en turco *İttihad ve Terakki Cemiyeti* — cuyos líderes llevaron a cabo una rebelión contra el sultán Abdul Hamid II (quien fue oficialmente depuesto y desterrado en 1909). Gobernaron el Imperio Otomano desde 1908 hasta finales de la Primera Guerra Mundial, en noviembre de 1918. Durante su gobierno aconteció el denominado genocidio armenio. Los Jóvenes Turcos tuvo sus orígenes en sociedades secretas de estudiantes de universidad y cadetes militares progresistas, conducidas subrepticamente por la disidencia política después de que la constitución fuera revocada por el autoritario sultán Abdul Hamid II. La coalición promovió la modernización del Imperio Otomano así como el surgimiento de un nuevo espíritu nacionalista turco. Llevaron a cabo reformas administrativas que condujeron a un mayor centralismo. Ver *Encyclopedia Britannica*, Vol. 12, p. 862. Como fueron los primeros reformistas otomanos en promover la industrialización, es probable que el Duque comente su “total apoyo” a este movimiento.

nuestras) se van disolviendo con el paso del tiempo, sea tiempo real o narrativo, mientras el pathos se mezcla con el humor²⁹, hasta volverlo un “passing and pleasant memory” (p. 32).

²⁹ Cf. Stephen Leacock, “Humor as I see it”, en Robertson DAVIES, *Feast of Stephen. A Leacock Anthology*, p. 144.

4. De la vida a la literatura

A pesar de centrarse en las realidades pragmáticas de una sociedad, Leacock hace más que evidente su simpatía por el ser humano. La omnisciencia del narrador le permite penetrar en los motivos y ansiedades de cada personaje, actuando mitad cómplice y mitad espectador, y en ningún momento emite juicio alguno directo contra ellos. Ni siquiera cuando Mr. Fyshe maltrata al mesero, pues el hecho habla por sí mismo:

“What the devil do you mean,” he said, “by serving asparagus half cold?”
 “Very sorry, sir,” said the waiter, “shall I take it out?”
 “Take it out? Of course, take it out, and see that you don’t serve me stuff of that sort again, or I’ll report you.”
 “Very sorry, sir,” said the waiter.
 Mr. Fyshe looked at the vanishing waiter with contempt upon his features [...]
 But if Mr. Fyshe had realised that at that moment, in the kitchen of the Mausoleum Club, in those sacred precincts themselves, there was a walking delegate of the Waiters’ International Union [...] he would have known that perhaps the social catastrophe was a little nearer than even he suspected. (pp. 13-14)

De esta forma, son las “incongruencias de la vida” las que se encargan de Mr. Fyshe. De hecho, el lector puede llegar a sentir conmiseración por estos caballeros. Sin embargo, el sentido de justicia de Leacock sale a flote a cada momento: Mr. Fyshe maltrata al mesero y en consecuencia se queda sin comer y sin cerrar el negocio; el Duque se salva de las fauces del tiburón financiero de Mr. Fyshe, quien a su vez se salva de prestarle dinero al Duque pero aprovecha para vengarse de Mr. Boulder, quien en alguna ocasión anterior le hiciera una mala jugada; presentan al Duque con Mr. Boulder, quien, presa de su codicia, termina agasajándolo sin obtener un centavo de ello; y el mesero, que antes fuera víctima de los insultos de Mr. Fyshe, deja de atenderlo para irse al teatro del club. En esencia, el texto intenta imitar los reveses de la vida, lo cual es un gran acierto si se pretende hacer reír. Aunque parece una comedia de enredos entre oportunistas, el mensaje

es muy claro: detrás de la frivolidad de las finanzas, siempre hay motivaciones detonadoras, las pasiones humanas, más allá de lo pragmático. Ésta es la riqueza literaria y la profundidad de los temas de su obra. Después de todo, si la codicia es una pasión humana, ¿no somos todos susceptibles a sentirla?

Si las pasiones humanas son parte de nuestra naturaleza, entonces son intemporales. De alguna manera, esto coincide con el desarrollo de la trama: jamás hay cambio. Mr. Fyshe buscará a su siguiente presa mientras Mr. Boulder piensa en la manera de deshacerse del Duque y trama su venganza; el Dr. Boomer no dejará su puesto en la universidad, y Furlong seguirá aprovechando las oportunidades que le ofrece su investidura religiosa. Es la esencia del ser humano la que permanece y se traduce en las acciones de los personajes.

Esa permanencia también se puede encontrar en el tiempo verbal de la narración. Básicamente se apoya en el presente y en el pasado, con todas sus variantes. El relato comienza con una descripción de la Avenida Plutoria y las recepciones en el club que sugiere un eterno presente, tan eterno como las pasiones humanas. Una vez recreada la atmósfera, se introduce en pasado la narración de la charla que tiene Mr. Fyshe con el Rev. Furlong, previa a su entrevista con el Duque. Sin embargo, los hechos no se narran de manera cronológica. Las digresiones del narrador interrumpen la acción de los personajes, viajando constantemente del pasado al presente y viceversa. Las digresiones referentes a las prácticas cotidianas de los miembros (generalizaciones) se narran en presente, mientras que las explicaciones sobre los actos (específicos) de los personajes se hacen en pasado, lo que indica lo efímero de éstas últimas en cuanto a duración dentro del tiempo narrativo. El uso del tiempo verbal para crear esa diferencia se puede apreciar aquí: “All titled people are fascinated at once with logs, and Mr. Boulder knew it —at least subconsciously” (p. 15). Se plantea como una verdad eterna el hecho de que a la aristocracia británica le fascinan los

troncos, mientras que el conocimiento de Mr. Boulder es efímero, adquirido sólo para fines prácticos.

La narración comienza *in medias res*, y el hilo conductor de la historia, la planeación de la cena de Mr. Fyshe, se ve interrumpido por la anécdota de la llegada del Duque a Estados Unidos, lo cual tiene lugar en un pasado anterior, antes de la reunión de Mr. Fyshe con el Rev. Furlong. De hecho, el tiempo se suspende en esa conversación. Todo lo demás son acontecimientos anteriores o del eterno presente. Es justo en su cuarto día en Nueva York, cuando el Duque se encuentra con el Vizconde Belstairs, que sucede un paralelismo en el tiempo narrativo, ya que la escena de Fyshe con Furlong y la del Duque con el Vizconde tienen lugar casi al mismo tiempo: “And oddly enough, at about the same moment, Mr. Fyshe was calculating that provided he could make the Duke drink a second glass of the Mausoleum champagne, that glass would cost the Duke about five million dollars”(p. 22). Después de esa intersección, la línea temporal se vuelve a dividir en dos: la supuesta cena inicia y se desarrolla paralelamente con el sabotaje de los filósofos chinos, para interceptarse cuando Mr. Fyshe se entera de “la catástrofe social”. Se continúa con una sola línea espacio-temporal y el evento de la cena termina cuando llega el auto de Mr. Boulder para recoger al Duque. El espacio-tiempo se divide de nuevo, para crear simultaneidad entre el momento en que Mr. Fyshe lee el periódico anunciando el viaje de Boulder con el Duque y la realización del viaje.

El manejo del tiempo es un aspecto importante por su relación con el concepto de “permanencia”, pero también con lo efímero. Son dos caras de una misma moneda. Sin importar lo que hagan los personajes, la tranquilidad reverencial de la Avenida Plutoria permanecerá inmutable: los personajes podrán matarse entre ellos, pero eso no importa, porque vendrán otros a ocupar su lugar. Es el desprecio y la indiferencia que muestra el

sistema por la humanidad de las personas lo que Leacock recrea sin decirlo abiertamente. Es un maestro de la sutileza.

Con paciencia y meticulosidad, el narrador va construyendo cada pedazo del relato como si fuera un rompecabezas. Sus descripciones son neutrales y su tono normaliza todas las situaciones, incluso las que podrían resultar más exasperantes. Esta normalización puede tener dos objetivos principales: el primero, no contradecir los principios de lo que Leacock consideraba un buen texto humorístico; el segundo, mostrar su simpatía por el ser humano, sobre todo cuando se solidariza al decir: "...and for a beautiful pastoral scene, such as would have gladdened the heart of a poet who understood the cost of things, commend *me* to the Mausoleum Club on just such an evening"³¹. Este comentario tiene el acierto de reflejar, además, la complejidad humana. Por una parte, está cargado de ironía y cinismo, fingiendo conformidad. Por el otro, sugiere la revelación de un deseo real, un deseo quizá inconfesable incluso para los detractores más reacios del sistema; pero negarlo no significa que no exista. Ese "me" puede ser cualquiera. Después de todo, ¿quién no es susceptible a ser seducido por los placeres más mundanos? Reconsiderando las teorías de Veblen, la molestia no es que "ellos" disfruten de esos placeres, sino que "nos" excluyan de gozarlos.

Al final, los dos objetivos se complementan. Si un texto humorístico, en su sentido más amplio, puede ser uno de los mejores productos de la civilización, entonces no debía representar verdadero dolor o sufrimiento ni muerte. Esa cualidad y calidad civilizadoras se conservan en el *sketch*, como lo explica J.B. Priestley: "It is a kind of humor that can be compared to summer lightning, suddenly illuminating the scene of our follies but not striking and blasting [...] It is in fact the satirical humor of a very shrewd but essentially a

³¹ *Ibid.*, p. 9. Las cursivas son más.

good-natured and eupeptic man, anything but an angry reformer.”³² El acierto de Leacock está en el manejo de las circunstancias. No es el narrador quien funciona como Némesis, tampoco las acciones de los personajes. De hecho, la característica de sus acciones es que son intrascendentes. Su cualidad humorística se logra a través de lo que él llamaba “sudden twists”, o como diría Henry James, otra vuelta de tuerca.

El equilibrio dramático es un triángulo conformado por personajes, narrador y circunstancias. El narrador tiene una importancia particular porque funciona como un mediador de la relación entre los otros dos. Lleva la carga de la disimulación, un tipo de ironía donde el emisor sustituye:

...un pensamiento por otro, oculta su verdadera opinión para que el receptor la adivine, por lo que juega durante un momento con el desconcierto o el malentendido, y el grado de evidencia semántica que permite la interpretación es menor porque se propone desenmascarar al adversario [...] se disfraza [...] la opinión del contrario, generalmente mediante una fingida conformidad con él, con lo que más pronto se alcanza la comprensión deseada pues el grado de evidencia semántica es mayor...³³

La voz del narrador, al ser mediador, finge imparcialidad. Es una voz, quizá la de un canadiense en medio de dos culturas, la estadounidense y la británica, que, a diferencia de lo que sucede en su colección anterior, *Sunshine Sketches*, mantiene su distancia y no evidencia ningún tipo de identificación con los personajes. Finge comprensión, pero su descripción refleja un mundo que le es ajeno. En *Sunshine Sketches*, aunque se trate de un narrador omnisciente y utilice la tercera persona, la narración parte desde el punto de vista del “nosotros”, logrando una clara identificación y sentido de pertenencia con ciertos personajes y el lugar:

But I suppose this is just the same in every one (*sic*) else's town as in *mine*, so I need lay no stress on it.³⁴

³² J.B. Priestley, “Introduction”, *The Best of Leacock*, p. 11.

³³ Helena Beristáin, *Diccionario de retórica y poética*, p. 278.

³⁴ Stephen Leacock, *Sunshine Sketches of a Little Town*, p. 4. Las cursivas son mías.

I suppose a good many of *us* have felt just as Jeff did about our poor little earnings. Anyway, I remember Jeff telling *me* one day that he could take the whole lot of the hens and sell them off and crack the money into Chicago wheat on margin and turn it over in twenty-four hours.³⁵

El narrador no sólo se identifica con la gente y clama como suyo el lugar, sino que hace evidente su interacción con los personajes. La familiaridad con la que habla de Jeff y los demás de la provincia contrasta con el distanciamiento que encontramos en *Arcadian Adventures*. Su descripción parece la de un turista que observa desde lejos:

There the Duke joined them. Mr. Fyshe he had met already that afternoon at the Palaver, and he called him "Fyshe" as if he had known him forever; and indeed, after a few minutes he called the rector of St. Asaph's simply "Furlong," for he had been familiar with the Anglican clergy in so many parts of the world that he knew that to attribute any peculiar godliness to them, socially was the worst possible taste.

"By Jove," said the Duke, turning to tap the leaf of a rubber-tree with his finger, "that fellow's a Nigerian, isn't he?"

"I hardly know," said Mr. Fyshe, "I imagine so"; and he added, "You've been in Nigeria Duke?"

"Oh, some years ago," said the Duke, "after big game, you know—fine place for it."³⁶

La narración deja entrever el tipo y los matices de la interacción entre ellos. Por ejemplo, Veblen consideraba que los epítetos y títulos usados en la vida diaria atribuyen, por ejemplo a los jefes, "...comúnmente una propensión a la violencia terrible y una fuerza devastadora irresistible de la persona halagada..."³⁷ La aseveración veblenita puede cobrar especial sentido en ambas colecciones, *Sunshine Sketches* y *Arcadian Adventures*. En la primera, aunque Jeff intenta especular con valores, en realidad es una presa que intenta o sueña con ser depredador, su situación de hombre común, del pueblo, no cambia. En este sentido, el "humilde" narrador logra establecer una relación de igualdad con él. No sucede lo mismo con los personajes que se encuentran en alguna posición de poder. El empresario

³⁵ Leacock, Stephen, *Op. Cit.*, p. 45. Las cursivas son mías.

³⁶ Stephen Leacock, "A Little Dinner with Mr. Lucullus Fyshe", pp. 23-24.

³⁷ Veblen, Thorstein, *Op. Cit.*, en Diggins, *Thorstein Veblen Teórico de la clase ociosa*, p. 212.

hotelero recibe el título de *Mr.* al igual que el dueño de la funeraria, Golgotha Gingham, denotando así su propensión al uso de la fuerza y a la depredación. Por otra parte, en la segunda colección, específicamente en el caso de “A Little Dinner”, todos los personajes son depredadores, menos el narrador, quien mantiene su distancia. De hecho, se trata de un juego macabro de fuerzas aparentemente de similar magnitud e intensidad provenientes de varias fuentes: la Iglesia, la burocracia, las finanzas y la aristocracia. En la cita anterior donde se reproduce el encuentro del Duque con Mr. Fyshe y Mr. Furlong, se hace explícita, a través del comportamiento del Duque, la magnitud del impacto que tiene en la psique humana el uso de títulos como *míster* y *reverendo*, por lo que una persona de su calidad y posición se encuentra en una situación de superioridad, o en última instancia, de igualdad con Fyshe y Furlong; dirigirse a ellos de otra manera lo haría verse débil, pues los modales son en gran parte “...una expresión de la relación de la posición: pantomima simbólica del dominio por una parte y del sometimiento por la otra”³⁸. No sucede así con Mr. Fyshe, quien únicamente se dirige a su invitado como duque, lo cual connota una distancia y afirma el carácter depredador de aquél. En cierto sentido, también sugiere que, en el fondo, Mr. Fyshe se sabe de menor rango con respecto al estatus del Duque.

Sin embargo, no siempre es tan claro el tipo de tratamiento que hay entre los personajes. Por ejemplo, el uso del pronombre “you” resulta ambiguo cuando se quiere describir y establecer el grado de familiaridad o distancia que hay en su discurso. Durante el proceso de lectura en inglés, el pronombre “you” puede resultar ambiguo en cuanto a si se refiere a plural o singular, y en todo caso, no afecta el proceso de recepción; el lector lo decide de manera inconsciente según el contexto y los dos posibles significados caben perfectamente en un mismo continente. No resulta así cuando se pretende traducir ese

³⁸ *Ibid.*, p.219.

mismo texto a otra lengua, como el español de México. En este caso, para el significado de “you” existen tres continentes o significantes: tú, usted, ustedes. A partir de aquí, ya no es una opción sino una necesidad establecer el tipo de tratamiento entre los personajes. Este tipo de situaciones dificultan el proceso de traducción y obligan a explorar varias posibilidades, como lo explico en el siguiente capítulo.

5. El proceso de traducción

De acuerdo con nuestro análisis del capítulo anterior, el narrador mantiene una celosa distancia respecto a los personajes, por lo que fácilmente podemos suponer que la equivalencia en español más apropiada para “you” sería “usted” o “ustedes”, aunque en realidad sólo se refiere a ellos en tercera persona. Sin embargo, cuando ese “you” se refiere a un posible lector o público, las posibilidades se multiplican y obligan al traductor a ser cauteloso respecto a sus decisiones. Considerando que los textos humorísticos de Leacock parecen haberse escrito para ser leídos también en voz alta³⁹, es necesario trasladar, en lo posible, el tenor que establece el narrador, tanto con los lectores como con los personajes. El tenor se puede definir como “[l]a relación entre el hablante y el oyente tal como se refleja en el uso lingüístico (por ejemplo, el nivel de formalidad o la distancia relativa entre ambos)”⁴⁰. El tenor es importante porque es un efecto estilístico que “...remonta a las intenciones del productor del texto...”⁴¹.

La traductora Tamara Gil Somoza, por ejemplo, opta por el “usted” en combinación con el impersonal “se”. El impersonal “se” es tan ambiguo como el “you”, pero de usarse de manera continua volvería el texto exageradamente ajeno al lector, y rompería con la técnica humorística de Leacock, donde el narrador trabaja en total complicidad y familiaridad con el receptor. Aquí surge otra pregunta: ¿qué grado de familiaridad pretende establecer con el posible lector? Es difícil definirlo por contexto debido a que no ofrece elementos tan valiosos como con los personajes. Si “...la actividad traslaticia suele ser una

³⁹ Como lo expresa la sobrina de Leacock, Barbara Nimmo: “He always read his articles or his books aloud, piece by piece, to any of us who happened to be there”, en su “Personal Note”, *The Best of Leacock*, p. 19.

⁴⁰ Basil Hatim y Ian Mason, “Glosario”, *Teoría de la traducción, una aproximación al discurso*, p. 308.

⁴¹ *Ibidem*, p. 21.

variable de mayor importancia que el género textual...” y “...se ha desarrollado siempre en función de la vida social de su momento”⁴², durante mi proceso de traducción consideré las convenciones sociales más comunes en México. El “usted” sería marcadamente menos familiar que el “tú”; y el “ustedes”, aunque es más genérico, me ayuda a establecer un punto medio entre las otras dos opciones, y ser medianamente tan ambiguo como el pronombre “you” en inglés.

Uno de los criterios que adopté para decidir en qué casos usar el impersonal o la segunda persona del plural, fue el énfasis que pone el narrador para involucrar en mayor o menor medida al lector. Por ejemplo, de las siguientes citas textuales, en las dos primeras el lector se ve menos involucrado que en la tercera, ya que básicamente son descripciones:

En Europa, no hay duda, *se puede ver* en la avenida *Unter den Linden* o en los Campos Elíseos a un principito o princesita pasar en compañía de una escandalosa guardia militar que le rinde honores. Pero eso no es nada. No es ni la mitad de impresionante, en el verdadero sentido de la palabra, de lo que se puede observar todas las mañanas en la avenida Plutoria que está a un lado del Club Mausoleo en la zona más tranquila de la Ciudad.

Sólo en caso de que pudiera surgir alguna confusión, utilicé una construcción reflexiva, y la solución varía de esta manera:

Ahí cerca, hay un niño de cuatro años, de traje color caqui, que representa la fusión de dos importantes líneas ferroviarias. *Uno se puede encontrar*, bajo la luz parpadeante del sol, con cualquier cantidad de principitos y princesitas muchísimo más auténticos que los restos lastimeros de la realeza europea.

Sin embargo, hay momentos en que el narrador hace muy evidente que la ironía requiere de la participación activa y cercana del lector, porque busca crear un mayor impacto y comprometer su opinión. Por lo tanto, el grado de familiaridad debe ser mayor que en los casos anteriores:

⁴² *Ibid.*, p. 24.

De hecho, si ustedes *subieran* a la azotea del mismísimo Club Mausoleo de la avenida Plutoria, *alcanzarían* a distinguir desde ahí los barrios bajos. ¿Pero para qué? Y por otra parte, si nunca *subieran* hasta la azotea y sólo *desayunaran* adentro entre las palmas, jamás se enterarían de su existencia: lo que es aún mejor.

Los grados de familiaridad entre los personajes plantean retos más complejos. Es fácil establecer por contexto cuándo el pronombre “you” se utiliza en plural o en singular, pero al momento de traducirlo al español se vuelve ambiguo. Tenemos por un lado el argumento de que en el mundo anglosajón se hablan de usted, porque ya se han perdido las distinciones de matiz que tenemos en español, al menos no tan marcadas; la diferencia entre “usted” y “tú” no existe en inglés, no hay equivalencia cultural. Por otro lado, el argumento no es de gran ayuda cuando se intenta ser precisos en las expresiones de deferencia porque, como ya se explicó, tienen una función relevante en el texto. Por ejemplo, se sabe que, en el mundo hispanohablante, entre hombres de negocios y de cierta respetabilidad solían hablarse de “usted”. Actualmente, esta convención ha ido cambiando y entre iguales se suelen tutear, dependiendo de la generación, de las intenciones del acto comunicativo y del entorno social. En el caso de los adultos mayores, se tenía la costumbre de que los más jóvenes debían dirigirse a ellos de “usted” como muestra de respeto a sus años, una práctica que se ha ido atenuando con el tiempo. Podríamos pensar que el joven Furlong le habla de “usted” a Mr. Fyshe; mientras que Mr. Fyshe puede hablarle tanto de “tú” como de “usted” a Furlong, ya que éste es más joven. En este caso, es necesario tomar en cuenta que Mr. Fyshe nunca se dirige a Furlong como “reverendo”, estableciendo así una familiaridad mayor que con el Duque. La dificultad radica en graduar ese tenor en la traducción, sobre todo con un personaje tan incongruente como Fyshe.

Cuando el Duque se entrevista con Mr. Fyshe, éste toma distancia e hipócritamente se dirige a él como “Duque”. Sin embargo, cuando se encuentra con sus amigos en

confianza, se refiere a la aristocracia británica con toda familiaridad como “estos tipos”, estableciendo una condición de igualdad. Si eso sucede con la lejana aristocracia, existe una gran posibilidad de que pase lo mismo y con mayor intensidad con su cómplice, a quien muy probablemente vio crecer. Si como señala el narrador, nombrar a alguien sólo por su apellido indica demasiada familiaridad, entonces Fyshe le habla con mucha familiaridad a Furlong. En español eso equivaldría al tuteo en la actualidad, mientras que en este texto específicamente el uso de “mister” correspondería en sentido a la distancia que establece en nuestra cultura el “usted” o “don”. Bajo ese argumento —no del todo satisfactorio, debo admitir— tomé la decisión de que Mr. Fyshe le habla de “tú” al reverendo Furlong, al presidente Boomer y a Mr. Boulder; y al Duque, de “usted”, con la intención de hacer obvias las diferencias de tratamiento y el doble discurso de Mr. Fyshe. El Duque, por supuesto, tutea a todos. De esta forma, se enfatiza que Fyshe y sus cómplices se “someterán” verbalmente al Duque por conveniencia sin hacer lo mismo entre ellos; y el Duque establece de manera simbólica su dominio sobre los demás, sin rebajarse a darles un tratamiento de caballeros.

Por otra parte, como el narrador mantiene su distancia y se sitúa entre dos culturas totalmente diferentes, la expresión “mister” tiene connotaciones que van más allá de la mera cortesía. Se relaciona con la descripción de un mundo al que no pertenece, que le resulta ajeno y por lo mismo distante. Lo contrario de lo que ocurre, como ya hemos visto, en la colección *Sunshine Sketches*. En el contexto que ofrece *Sunshine Sketches* caben expresiones como “don”, “señor”, “joven”, que son totalmente familiares en la lengua meta; no así en el de la colección *Arcadian Adventures*. Si para un narrador, quizá un canadiense, el mundo de exuberancia y miseria que describe a detalle le parece ajeno, con

más razón le parecerá extranjero a un lector que no sólo no hable inglés sino que jamás haya visitado Estados Unidos.

En español el título de “señor” tiene una carga de cortesía y distancia, que puede indicar respeto, y es aplicable prácticamente a cualquier varón. En este sentido puede haber correspondencia con la forma en que se usa la palabra “mister” en inglés de manera convencional. Sin embargo, en “A Little Dinner” la palabra “mister” implica otras cosas: estatus (porque no todos pueden llevar el título de “mister”, como es el caso de Jeff en *Sunshine Sketches*); carácter depredador (como se explicó en el capítulo tres) y posición social, elementos que van ligados a un tiempo-espacio específico, del cual el narrador no participa, y por lo tanto, transmite al lector ese sentimiento de no pertenencia. Esas connotaciones, que también tienen relación con la calidad moral del sujeto, se perderían al utilizar la expresión “señor”, porque en México y en otras partes del mundo se usa principalmente como una muestra de buena educación o cortesía. De ahí la decisión de no traducir “mister” y llamar a la reflexión, para enfatizar que Leacock adopta una convención social que ha sido corrompida y expone su corrupción al extremo.

Es pertinente mencionar que, en relación a los títulos nobiliarios, se adoptaron ciertos criterios ortográficos debatibles, que se sustentan en las siguientes razones. Si bien el *Diccionario panhispánico de dudas* en línea de la RAE señala que:

6.9. Los títulos, cargos y nombres de dignidad como rey, papa, duque, presidente, ministro, etc., se escriben con minúscula cuando aparecen acompañados del nombre propio de la persona que los posee, o del lugar o ámbito al que corresponden (*el rey Felipe IV, el papa Juan Pablo II, el presidente de Nicaragua, el ministro de Trabajo*), o cuando están usados en sentido genérico (*El papa, el rey, el duque están sujetos a morir, como lo está cualquier otro hombre*)⁴³.

⁴³ *Diccionario panhispánico de dudas*, “Mayúsculas”: [2005]. Real Academia Española [En línea]. Disponible desde internet en <http://buscon.rae.es/dpdI/SrvltConsulta?lema=mayúsculas> [Con acceso el 10 de noviembre de 2010].

También señala que “[e]xisten casos, sin embargo, en que estas palabras pueden escribirse con mayúsculas”:

4.31. Los títulos, cargos y nombres de dignidad, como rey, papa, duque, presidente, ministro, etc., que normalmente se escriben con minúscula (6.9), pueden aparecer en determinados casos escritos con mayúscula. Así, es frecuente, aunque no obligatorio, que estas palabras se escriban con mayúscula cuando se emplean referidas a una persona concreta, sin mención expresa de su nombre propio: *El Rey inaugurará la nueva biblioteca; El Papa visitará la India en su próximo viaje*. Por otra parte, por razones de respeto, los títulos de los miembros de la familia reinante en España suelen escribirse con mayúscula, aunque vayan seguidos del nombre propio de la persona que los posee, al igual que los tratamientos de don y doña a ellos referidos: *el Rey Don Juan Carlos, el Príncipe Felipe, la Infanta Doña Cristina*. También es costumbre particular de las leyes, decretos y documentos oficiales, por razones de solemnidad, escribir con mayúsculas las palabras de este tipo: *el Rey de España, el Jefe del Estado, el Presidente del Gobierno, el Secretario de Estado de Comercio*.

En los casos en que el título nobiliario va acompañado del nombre propio, como por ejemplo: “Vizconde FitzThistle”, la letra inicial se debería escribir con minúscula, como señala la regla general de ortografía del *Diccionario panhispánico de dudas* de la RAE. Sin embargo, en ocasiones sólo se menciona como “el Vizconde”, y no se trata de cualquier vizconde, sino de una persona concreta, cuyo apellido es FitzThistle. Sucede lo mismo con el título de “duque”. En el *sketch*, la única referencia precisa es “Duque de Dulham”, pero la mayoría de las veces sólo se refieren a él simplemente como “Duque”. Por esa razón me parece importante aplicar la regla 4.31 citada anteriormente, y escribir “duque” con mayúscula inicial cuando se refiere a una persona concreta, y utilizar minúsculas cuando se utiliza de manera genérica, como se ve en estos dos ejemplos:

Pronunció el nombre del Duque con aquella serena y democrática despreocupación que indicaba que no le importaba si media docena de los otros miembros que se encontraban almorzando en el club lo escuchaban o no. Después de todo, ¿qué era un duque para el presidente de la Compañía Suburbana y de Tracciones Populares y de la Cooperativa Republicana de Sodas y Sifones, y director general de Préstamos y Ahorros Populares de la Región?

En el primer caso, “Duque” se refiere de manera específica al Duque de Dulham. En el segundo caso, “duque” se usa de manera genérica, se trata de cualquier duque. Asimismo, para no crear confusión y por principio de uniformidad, “Duque” se escribe con mayúscula inicial, vaya acompañado de “de Dulham” o no. Lo mismo sucede con el título de vizconde:

Sucedió apenas hace un año, con motivo de la visita del joven Vizconde FitzThistle al Club Mausoleo, que Mr. Fyshe había presentado a Mr. Boulder con el Vizconde y sufrió intensamente por ello [...] Entre sus grandes manos un vizconde parlanchín, o un duque resolutivo, o un pedante marqués italiano no eran nada.

La regla 4.31 también menciona que por razones de solemnidad y respeto, los títulos y tratamientos se escriben con mayúscula en leyes, decretos y documentos oficiales. El texto que nos atañe es literario. Sin embargo, sabemos que existe una intención en el uso de esos tratamientos y títulos. Hay una solemnidad, una distancia, un respeto fingido, irónico, por parte del narrador hacia esos personajes; y un sometimiento implícito y un deseo de emular a la realeza por parte de Mr. Fyshe y sus secuaces. El uso de mayúsculas, en este caso, no sólo sirve para diferenciar lo genérico de lo específico, sino también para transmitir las intenciones en el texto.

Aparte de los matices e intenciones en el uso de los títulos y tratamientos, otro aspecto que se relaciona con el punto de vista de la narración es la expresión *America*. La narración se hace desde tres puntos de vista: el del narrador, el Duque y ocasionalmente el de los demás personajes. Al principio, el narrador se refiere al país vecino como *The United States* mientras lo describe con su ojo extranjero; en otras ocasiones conserva el referente *America* cuando se narra desde el punto de vista del Duque y de los personajes

estadounidenses. Por lo tanto, procuré preservar en la versión estas diferencias, tanto culturales como de punto de vista, enfatizadas en el texto:

Los métodos que Mr. Boulder aplicaba a los visitantes con títulos nobiliarios dispuestos a invertir dinero en *Estados Unidos* eran muy sutiles. Nunca les hablaba de dinero, ni una sola palabra. Él simplemente hablaba de su gran bosque *americano* —él había nacido hacía sesenta y cinco años, en un estado maderero — y, cuando hablaba de bosques vírgenes y del aullido del lobo en la noche entre los pinos, tenía tal toque de realismo que dejaba al visitante embelesado...

Lo mismo sucede con la prensa:

“Tenemos entendido que el Duque de Dulham, quien llega hoy a la Ciudad, tiene como propósito invertir una importante cantidad de dinero en valores industriales *americanos*.”

Leacock juega mucho con las diferencias culturales (significantes) y esto se tiene que ver reflejado en la versión, como sucede en el siguiente ejemplo:

Y es muy probable que Mr. Boulder haya mencionado que tenía una casa de campo —lo que el Duque llamaría un refugio de caza— en los bosques de Wisconsin, y que estaba hecha de troncos, toscos troncos de cedro sin escuadrar, y que los lobos grises y otros de los alrededores eran de una ferocidad incomparable.

En este caso, para hacer obvia la diferencia de referentes, se tradujo “*hunting-lodge*” como casa de campo, donde “*lodge*” es una pequeña casa en el campo donde la gente se hospeda para realizar actividades al aire libre⁴⁴; y “*shooting-box*”, que es el significante británico, como refugio de caza, donde “*box*” se refiere a una pequeña choza o cabaña que se usa para un propósito particular⁴⁵. Y aquí lo rústico, el hecho de que sea de madera sin procesar, prácticamente el tronco del árbol, tiene una importancia vital respecto a este juego de diferencias en gustos. En primera instancia, se había considerado traducir “*logs*” como madera, pero la amplitud de posibilidades que plantea la palabra “madera” borraba el peso dramático y divertido de la escena; podría dar la idea de una pieza labrada. Como también

⁴⁴ Cf. *Oxford Advanced Learner's Dictionary*.

⁴⁵ Cf. *Ibid.*

se puede traducir como leños o troncos, había considerado usar “leño”, ya que entre las acepciones ofrecidas por el diccionario en línea de la *RAE* se encuentra una que describe perfectamente el tipo de pieza a la que se refiere Mr. Boulder, “[t]rozo de árbol después de cortado y limpio de ramas”, mientras que tronco se define como “[t]allo fuerte y macizo de los árboles y arbustos”, el cual no necesariamente está cortado. Sin embargo, leño también puede dar la idea de madera cortada con otros fines, como de desperdicio o para quemarse (ver la definición de su plural, leña). En ese sentido, “tronco” fue la mejor opción al ofrecer la imagen rústica que se describe en el texto original.

Uno de los pasajes que representó mayor dificultad fue el siguiente, debido a los términos técnicos aquí empleados y la manera en que se relacionan:

In fact, the Duke was reckoning that by putting a second mortgage on Dulham towers for twenty thousand sterling, and by selling his scotch shooting and leasing his Irish grazing and sub-letting his Welsh coal rent he could rise altogether a hundred thousand pounds (p. 19).

El término “rent” tiene diversos y amplios significados, tanto en inglés como en español. Por ejemplo, en inglés se puede definir como “a usually fixed periodical return made by a tenant or occupant of property to the owner for the possession and use thereof ; especially : an agreed sum paid at fixed intervals by a tenant to the landlord” como aparece en el *Merriam-Webster Dictionary Online*, que es muy similar a la definición que encontramos en español. Sin embargo, como va acompañado de la palabra “sub-letting”, que consiste en “to rent to [somebody] else all or part of a property that you rent from the owner”⁴⁶, “rent” no puede referirse al dinero efectivamente pagado sino a “property (as a house) rented or for rent” (*Merriam-Webster*). Lo anterior presenta una contradicción terminológica: el Duque en calidad de dueño o señor de las tierras o minas sólo puede dar

⁴⁶ *Ibid.*

en arriendo su propiedad, mas no subarrendarla. Esto es igual en la lengua meta, donde subarrendar se define como “[d]ar o tomar en arriendo algo, no de su dueño ni de su administrador, sino de otro arrendatario de ello” (RAE). Para una persona versada en economía, como es el caso de Leacock, esos detalles no pasan desapercibidos, ni mucho menos significan una equivocación. Lo más probable, considerando que enfatiza la falta de ambición del Duque respecto a la acumulación infinita de dinero en papel —porque todas sus finanzas son circulares y jamás verticales ni diagonales—, es que surgiera un absurdo de que el Duque se subarrendase a sí mismo el alquiler de sus minas.

De manera similar, aparecen más adelante juegos de palabras abiertamente humorísticos y que merecen mencionarse porque ponen a prueba el ingenio del traductor. En algunos casos, los juegos de palabras hacen referencia a personas o hechos reales y por lo mismo, no son traducibles, como el apellido Fyshe que comentamos anteriormente, o el “Jock de Ealing” que es el equivalente de Jack en escocés que se usaba como nombre genérico para gente común, entre otras acepciones se hallan campesino, primitivo, hazme-reír, o genitales⁴⁷. Pero hay otros que no son alusiones directas y permiten el uso de un equivalente en español. Tal es el caso del periódico *Plutopian Citizen*, que en la versión de la traductora Gil Somoza aparece como el *Ciudadano plutoriano*. Su solución es buena pero inadecuada, ya que, por un lado, existe en el último *sketch* de la colección otro diario que se llama *The Plutorian Citizen and Home Advocate* que no tiene relación con el *Plutopian Citizen*. Por el otro, la palabra “plutopian” no es intercambiable por “Plutorian”. “Plutopian” sugiere un juego de palabras que combina el aspecto plutocrático de ese mundo con la utopía que pretenden vivir, es decir, plutócratas utópicos. De ahí deriva la solución que propongo: *El ciudadano plutópico*.

⁴⁷ Cf. *Oxford English Dictionary*, p. 251.

Leacock también utiliza como recurso humorístico nombres de lugares como el del hotel “Grand Palaver”. “Palaver” quiere decir “a lot of unnecessary activity, excitement or trouble, especially caused by [something] that is unimportant [...] talk that does not have any meaning; nonsense”⁴⁸, definición que de hecho tiene mucha relación con el gran alboroto que causó la llegada del Duque para que no pasara nada relevante. Tomando en cuenta este aspecto, en vez de buscar un nombre que sonara divertido, como hiciera Gil Somoza al sugerir “El Palacio” como solución, busqué una palabra en español cuya definición no fuera tan evidente al lector ni cómica en sentido directo. Lo traduje como “La Gran Lid” y, aunque me parece una buena solución, tampoco es suficiente. Varios de los significados de “lid” corresponden con los de “palaver” —disputa, contienda de razones y argumentos, combate, pelea (RAE)—, y aunque no contiene los elementos de “actividad innecesaria” y “sin sentido” que provee “Palaver”, esa carencia se compensa al recuperar la sutileza humorística de Leacock.

Como ya hemos mencionado antes, entre las técnicas humorísticas de Leacock también se encuentra la caricaturización. Al igual que Charles Dickens hiciera en sus novelas, Leacock caricaturiza a sus personajes exagerando ciertos rasgos, ya sea por repetición o por hipérbole. Por repetición tenemos el uso de muletillas, como hace el Duque cada vez que emite una opinión; o algún ademán, como mover la mano para rechazar una idea como hace el Dr. Boomer. Para que el efecto de la repetición no se pierda, estos rasgos deben mantener su uniformidad en todo el texto al momento de traducirlos.

La hipérbole me causó ciertas dificultades en cuanto a cuidado del estilo. La exageración puede ser situacional o descriptiva, a través de la acumulación de adjetivos.

⁴⁸ *Oxford Advanced Learner's Dictionary.*

Tal profusión adjetival puede llegar a parecer demasiado cargada en español si no se tiene cuidado, como se muestra a continuación:

Es entonces cuando en realidad se convierte en toda una Arcadia; y por una hermosa escena pastoril, de aquellas capaces de alegrar el corazón de un poeta que supiera el costo de las cosas, ¡que me manden al Club Mausoleo justo en una tarde como ésa! Sus amplios pasillos y profundos huecos están llenos de pastorcillas como nunca antes se les había visto: con hermosos vestidos largos y brillantes, y en el cabello, plumas que se inclinan de un lado a otro en todos los ángulos conocidos en trigonometría. Y también hay pastorcillos, de amplios chalecos blancos y zapatitos de charol, de rostro solemne y mejillas congestionadas. Y hay baile y conversación entre las pastorcillas y pastorcillos, con tan deslumbrantes destellos de ingenio y réplicas inmediatas acerca del alza del Wabash y la caída del Cemento, que el alma de Luis XIV se levantaría para escucharlos.

Este párrafo es interesante porque muestra claramente el estilo descriptivo de Leacock: acumulación de adjetivos con polisíndeton, que consiste en “emplear repetidamente las conjunciones para dar fuerza o energía a la expresión de los conceptos” (RAE); construcciones gramaticales que favorecen el uso del “que” con el peligro de caer en queísmo al traducirlo, y oraciones demasiado largas. Fue preciso en varios casos modificar la puntuación para que se ajustara a la lógica del español. En otras ocasiones, la dificultad radicó en el desconocimiento del significado de la expresión o término empleado. Por ejemplo, donde dice “...about the rise in Wabash and the fall in Cement”, primero pensé que se trataba de acciones o empresas. Sin embargo, no hallé información que me confirmara esa posibilidad. Tamara Gil Somoza lo tradujo como “el alza de Ferrocarriles Wabash y la caída del cemento”, lo cual tendría sentido porque en 1882 The Wabash, St. Louis and Pacific Railway Company tuvo un gran periodo de auge después de años de dificultades⁴⁹. Por otra parte, se debe tomar en cuenta que Wabash es una ciudad al noreste

⁴⁹ *Wabash Railroad Historical Society*, Condensado de un artículo de Advertising and Public Relations Department of the Wabash Railroad Company, Agosto, 1959 . Ed. Jim Holmes y Allen Rueter [en línea]. Sociedad creada en 1975 e incorporada al estado de Missouri en 2005. Disponible desde internet en <http://www.wabashrhs.org/wabhist.html> [Con acceso el 24 de octubre de 2009].

de Indiana, y fue una de las primeras ciudades electrificadas en el mundo (1880)⁵⁰. También, en la década de 1850, se completó el canal Wabash y Erie, lo que estimuló el crecimiento de la comunidad. En el texto de Leacock, “rise” puede significar “alza” pero también “auge” o “desarrollo”⁵¹. Sin embargo, el contexto sugiere que se hace referencia al comportamiento de las acciones en la casa de bolsa (alza/caída). De ahí mi decisión final de dejarlo como: “...acerca del alza de Wabash y la caída del cemento”.

Otro problema de traducción es el uso de lenguaje técnico. La formación económica de Leacock impregnó todos y cada uno de sus escritos. La inclusión de esos términos va más allá de cualquier pretensión erudita o simple adorno, pues va de la mano de la caricaturización, la ironía y la hipérbole, y la falta de comprensión o la comprensión parcial de esos términos elimina la posibilidad de entender completamente la intención de las escenas.

Un ejemplo es la expresión “majority control”: “A million dollars of preferred stock laughs merrily in recognition of a majority control going past in a go-cart drawn by an imported nurse” (p. 8), aquí no se refiere específicamente a su falso amigo “accionista mayoritario”, sino a “un control mayoritario” que “...posee la mayoría de las acciones, entre el 50% y el 80% de las acciones de la sociedad”⁵², y además, no está ligado solamente al concepto de propiedad como el accionista mayoritario, sino que está fuertemente relacionado con los conceptos de *poder* e *influencia* (control) sobre las decisiones en una empresa. Un accionista mayoritario puede estar en desventaja incluso ante un control minoritario, en donde “...una persona o un grupo, sin poseer la mayoría de las acciones,

⁵⁰ *Encyclopedia Britannica*, Vol. 12, p. 443.

⁵¹ Cf. *Oxford Advanced Learner's Dictionary*.

⁵² María Gracia García Soto, *El Gobierno corporativo y las decisiones de crecimiento empresarial: evidencia en las cajas de ahorro españolas*, “Capítulo 1. El gobierno corporativo y la estrategia de diversificación: fundamentos teóricos”, p. 22 [Tesis doctoral en línea]. Disponible desde internet en <http://www.eumed.net/tesis/mggs/Cap1-1.pdf>. [Con acceso el 8 de noviembre de 2009].

tiene el control de hecho, estimándose esta participación entre el 5 y el 50 por ciento del capital social”. Este matiz de poder es importante por el impacto que causa el hecho de que un niño de cuna sea un control mayoritario, y tenga tanto poder económico y por ende, político.

Otro ejemplo es la expresión “dividendos acumulativos” (“cumulative dividends”, ver p. 15), que implica una crítica al enriquecimiento irrestricto sin esfuerzo alguno, pues en esta modalidad accionaria:

...si en un ejercicio no hay utilidades o éstas no alcanzan a cubrir el dividendo mínimo de las acciones preferentes, tal dividendo se acumula para ser pagado junto con el del año siguiente y así sucesivamente. Por ejemplo en el caso de acciones preferentes con dividendo acumulativo del 5%, si éste no se paga en el ejercicio correspondiente, al año siguiente estas acciones tienen derecho a un dividendo mínimo del 10%; si no se les paga el tercer ejercicio, tendrán derecho a un dividendo mínimo del 15% y así sucesivamente. No podrán pagarse dividendos a las acciones ordinarias en cuanto no se cubran los dividendos acumulativos de las acciones preferentes⁵³.

Durante el proceso de traducción, sobre todo en los diálogos, era necesario mantener no sólo la fluidez de la conversación sino también las dobles intenciones. Esta situación me hizo probar diferentes opciones, hasta hallar una con la que sintiera que reproducía el efecto que tiene el original. Un ejemplo es cuando Fyshe y Furlong conversan sobre la llegada del Duque a Nueva York:

...I understand,” he added, feeling his way, “that his Grace is a man of deep piety.”
 “Very deep,” said Mr. Fyshe.
 “And of great philanthropy?”
 “Very great.” (p. 13)

Mi primera opción fue esta:

...Tengo entendido —añadió, tanteando el terreno— que su Excelencia es un hombre de una devoción profunda.
 —Muy profunda —aseveró Mr. Fyshe.
 —¿Y de una gran filantropía?
 —Muy grande.

⁵³ Manuel Resa García, *Contabilidad de Sociedades*. “Capítulo 2. Sociedad Anónima (S.A.). Aspectos legales”, p.76. Google Libros [en línea]. Disponible desde internet en <http://books.google.com> [ver dirección electrónica en bibliografía]. [Con acceso el 24 de abril de 2010].

Decidí poner “un hombre de una devoción profunda” en vez de “un hombre profundamente devoto” para poder reproducir las implicaciones de frases cortas y de intenciones sobreentendidas que preceden. Si hubiera escrito “un hombre profundamente devoto” se habría perdido la reiteración de la palabra “very”. Esa reiteración le da cohesión y refuerza la intención del personaje. Sin embargo, la estructura “un hombre de una devoción profunda” no fluye y suena artificial. Mi segunda opción era “un hombre muy devoto”, pero la posible respuesta “mucho” rompía de igual forma con la repetición del adverbio. Así que, finalmente, opté por intentar reproducir la intención aunque sacrificara la reiteración:

...Tengo entendido —añadió, tanteando el terreno— que Su Excelencia es un hombre profundamente devoto.
 —Muy devoto —aseveró Mr. Fyshe.
 —Y, ¿muy filántropo?
 —Bastante.

En todo el texto, me encontré con situaciones similares a las ejemplificadas. Traducir a Leacock es ir desgajando poco a poco los sentidos ocultos de un texto rico en todos los aspectos; es un placer que llevó muchas horas de vigilia y es un proceso que continuará con cada lectura, cada interpretación y cada descubrimiento. La importancia de Leacock para el mundo contemporáneo es relevante debido a la vigencia de los temas y las situaciones planteadas en su obra. La sociedad que describe con bastante tino no es muy diferente de la nuestra. Ha habido cambios, evoluciones, pero no verdaderas revoluciones. Después de todo, no podemos negar que seguimos siendo seres arcaicos en el sentido veblenita.

La cenita de Mr. Lucullus Fyshe*

de

Stephen Leacock

* Juego de palabras. Fyshe hace alusión a la palabra *fish* (pescado) y al apellido de James Fisk (1835-1872), uno de los “tiburones” financieros más extravagantes de Wall Street.

El Club Mausoleo se encuentra en el rincón más tranquilo de la mejor calle residencial de la Ciudad. Es un edificio de estilo griego en piedra blanca. A su alrededor hay grandes olmos con pájaros —la especie más costosa de pájaros— cantando sobre sus ramas.

La calle, en las horas más apacibles de la mañana, tiene una tranquilidad casi reverencial. Grandes vehículos circulan perezosamente, con choferes solitarios que regresan a las 10:30 después de llevar al más madrugador de los millonarios a sus oficinas del centro. Los rayos del sol se cuelan parpadeantes por los olmos, iluminando a lujosas niñeras que pasean a valiosos niños en pequeñas carriolas. Algunos de esos niños valen muchísimos millones. En Europa, no hay duda, se puede ver en la avenida *Unter den Linden* o en los Campos Elíseos a un principito o princesita pasar en compañía de una escandalosa guardia militar que le rinde honores. Pero eso no es nada. No es ni la mitad de impresionante, en el verdadero sentido de la palabra, de lo que se puede observar todas las mañanas en la avenida Plutoria que está a un lado del Club Mausoleo en la zona más tranquila de la Ciudad. Aquí se puede ver a una princesita de traje de conejo dando sus primeros pasos, y ya es dueña de cincuenta destilerías por derecho propio. Por allá en una carriola laqueada, pasa navegando una cabecita encapuchada que controla desde su cuna a toda una corporación en Nueva Jersey. El procurador de los Estados Unidos le está entablando una demanda, mientras ella está ahí sentadita, en un intento vano por disolverla en compañías constitutivas. Ahí cerca, hay un niño de cuatro años, de traje color caqui, que representa la fusión de dos importantes líneas ferroviarias. Uno se puede encontrar, bajo la luz parpadeante del sol, con cualquier cantidad de principitos y princesitas muchísimo más auténticos que los restos lastimeros de la realeza europea. Bebés de incalculable valor agitan sus sonajas de marfil de cincuenta dólares en un inarticulado saludo mutuo. Un

millón de dólares en acciones preferentes¹ sonrío alegremente al reconocer a un control mayoritario² mientras pasa en un carrito de juguete impulsado por una niñera importada. Y en medio de todo eso, la luz del sol se cuele entre los olmos, y los pájaros cantan y los autos zumban, de tal forma que el mundo entero visto desde el bulevar de la avenida Plutoria es el lugar más placentero que se pueda imaginar.

Justo bajando la avenida Plutoria, y en paralelo a ella, se terminan los árboles, y las paredes y ladrillos de la Ciudad comienzan de verdad. Incluso desde la avenida se pueden ver las cúspides de los rascacielos de las grandes zonas financieras y se puede oír, o casi oír, el estruendo del ferrocarril elevado, ganando dividendos. Y pasando todo eso, la Ciudad se hunde todavía más, ahogada en el hacinamiento de calles enmarañadas y pequeñas casas de los barrios bajos.

De hecho, si ustedes subieran a la azotea del mismísimo Club Mausoleo de la avenida Plutoria, alcanzarían a distinguir desde ahí los barrios bajos. ¿Pero para qué? Y por otra parte, si nunca subieran hasta la azotea y sólo desayunaran adentro entre las palmas, jamás se enterarían de su existencia: lo que es aún mejor.

Hay unos escalones amplios que llevan al club, tan amplios y tan agradablemente alfombrados con felpudos que el esfuerzo físico de trasladarse desde el auto hasta la puerta del club se reduce al mínimo. Los miembros más acaudalados no se avergüenzan de subir un escalón a la vez: primero un pie y luego el otro; y en periodos de estrechez económica, cuando una nube negra aparece sobre la Bolsa de Valores, se puede ver a todos y a cada

¹ Representan cierto grado de poder sobre la empresa, pero normalmente no están acompañadas de los mismos derechos a voto. Con estas, los accionistas tienen garantizado un rendimiento fijo (a diferencia de las acciones ordinarias), lo cual las hace una inversión muy segura pero no producen grandes utilidades. Tienen la ventaja de que en caso de liquidación, tienen derecho prioritario sobre los activos de la empresa. Cf. <http://www.investopedia.com/university/stocks/> (tutorial)

² El control mayoritario es "...una persona o grupo que posee la mayoría de las acciones, entre el 50% y el 80% de las acciones de la sociedad". Término que está fuertemente relacionado con los conceptos de *poder e influencia* (control) sobre las decisiones en una empresa.

uno de los miembros del Club Mausoleo subiendo las escaleras con extrema pesadez en la forma antes descrita; sus ojos intranquilos cargados del absurdo patetismo de un hombre que se pregunta dónde podrá echar mano de medio millón de dólares.

Pero en épocas más felices, cuando hay recepciones de gala en el club, sus escalones quedan totalmente enterrados bajo una alfombra muy costosa, suave como el musgo y cubierta por un largo pabellón de toldo rojo con blanco que atrapa los copos de nieve; y a montones se vierten hermosas damas en el club. Es entonces cuando en realidad se convierte en toda una Arcadia; y por una hermosa escena pastoril, de aquellas capaces de alegrar el corazón de un poeta que supiera el costo de las cosas, ¡que me manden al Club Mausoleo justo en una tarde como ésta! Sus amplios pasillos y profundos huecos están llenos de pastorcillas como nunca antes se les había visto: con hermosos vestidos largos y brillantes, y en el cabello, plumas que se inclinan de un lado a otro en todos los ángulos conocidos en trigonometría. Y también hay pastorcillos, de amplios chalecos blancos y zapatitos de charol, de rostro solemne y mejillas congestionadas. Y hay baile y conversación entre las pastorcillas y pastorcillos, con tan deslumbrantes destellos de ingenio y réplicas inmediatas acerca del alza del Wabash³ y la caída del Cemento, que el alma de Luis XIV se levantaría para escucharlos. Y después se sirve la cena en pequeñas mesas, donde los pastorcillos y pastorcillas consumen sus acciones preferentes y bonos de interés en oro⁴ en forma de champaña fría y espárragos glaseados, y grandes charolas de

³ Ciudad al noreste de Indiana. En la década de 1850 se completó el canal Wabash y Erie, lo que estimuló el crecimiento de la comunidad. Fue una de las primeras ciudades electrificadas en el mundo (1880), *Encyclopedia Britannica*, Vol, 12, p. 443. Asimismo, en 1882, la compañía ferroviaria The Wabash, St. Louis and Pacific tuvo un gran periodo de auge después de años de dificultades.

⁴ *Interest bond*: “Bono entregado como pago de intereses.” http://www.spanish-translator-services.com/espanol/diccionarios/contable-ingles-espanol/i/Interest_bond.htm.

rendimientos⁵ y dividendos trimestrales especiales⁶ son llevados de aquí para allá en vajilla de plata por filósofos chinos disfrazados de meseros.

Pero en días ordinarios no hay damas en el club, sólo pastorcillos. Se les puede ver sentados alrededor en grupitos de dos o tres bebiendo whiskey con soda bajo las palmas; aunque, por supuesto, los más moderados de ellos solamente beben whiskey y agua de Litines, y quienes tienen que hacer negocios importantes en la tarde se limitan a beber whiskey con Radnor, o whiskey con agua Magi. Hay tanta variedad de aguas minerales burbujeantes y gorgoteantes en las cuevas del Club Mausoleo como las que borbotaban de las rocas de la Grecia de Homero. Y, una vez acostumbrado a ellas, resulta tan imposible regresar al agua simple como lo sería habitar de nuevo la casa olvidada a un costado de la calle donde se vivía antes de ser miembro.

De esta manera, los miembros se sientan y hablan en murmullos que flotan hasta los oídos perforando la neblina de habano. Se puede escuchar a los adultos mayores explicar que el país se está yendo a la ruina absoluta; y a los más jóvenes explicar que el país está progresando como nunca antes; pero de lo que más les gusta hablar es de los grandes temas nacionales, como el arancel proteccionista⁷ y la necesidad de aumentarlo, la triste

⁵ Retribución para cualquier suscriptor de un activo financiero [http://www.gda-bbrokers.com/es/Glosarios-de-Terminos/\(letra\)/R](http://www.gda-bbrokers.com/es/Glosarios-de-Terminos/(letra)/R).

⁶ Los bonos (*bonuses*) son dividendos pagables a accionistas específicos. El consejo directivo es quien aprueba el pago y también decide cortarlo a discreción. Un dividendo especial (*special dividend*) es una distribución no recurrente de las acciones de la compañía, normalmente en dinero, para los accionistas. Es una forma más directa de distribuir las ganancias extraordinarias de una empresa, <http://www.investopedia.com/terms/s/specialdividend.asp>.

⁷ Impuesto a las importaciones para aumentar su precio, haciéndolas menos atractivas a los consumidores y proteger así a las industrias nacionales de la competencia extranjera. *Cf.* <http://www.bartleby.com/59/18/protectiveta.html>. Este tema fue de particular relevancia durante los años 1887 y 1888. Durante mucho tiempo, el arancel proteccionista había sido considerado una política temporal para tiempos de guerra, el cual se aumentaba hasta en un 50%, mientras que en tiempos de paz apenas alcanzaba menos del 20%. Las industrias que habían gozado de grandes ganancias obtenidas, en parte gracias al arancel, estaban renuentes a que disminuyeran el impuesto. Se organizaron al Este de EE.UU. para crear acuerdos con líderes del Partido Republicano y así, influenciar a los votantes, especialmente a los granjeros del oeste, para que apoyaran la protección alta como política permanente. Esto les llevó un cuarto de siglo,

decadencia de la moral de los obreros, la propagación del sindicalismo y la falta de cristianismo en la clase trabajadora, y el horrible aumento del egoísmo entre las masas.

Así hablan, excepto por uno o tres que se escapan a juntas directivas; hasta que el mediodía se desvanece oscureciéndose en atardecer y los silenciosos filósofos chinos encienden luces tenues aquí y allá entre las palmas. Ahora cenan en manteles blancos con destellos de cristal cortado y vinos del Rin verdes y amarillos; y después de la cena se sientan de nuevo entre las palmeras, medio escondidos en el humo azul, hablando aún del arancel y la clase trabajadora, e intentando enjuagar el recuerdo de esos temas y la tristeza que les causa con abundantes cantidades de agua mineral. Así, el atardecer avanza hacia la noche y, uno a uno, los grandes vehículos llegan zumbando hasta la puerta, y el Club Mausoleo se vacía y se oscurece hasta que se llevan al último miembro, y el día en la Arcadia termina con un bien merecido reposo.

—Quiero que seas muy, muy franco y me des tu opinión —le dijo Mr. Lucullus Fyshe desde un extremo de la mesa al Rev. Fareforth Furlong, quien se encontraba en el otro extremo, durante el almuerzo.

—Por supuesto —contestó Mr. Furlong.

Mr. Fyshe sirvió una copa con soda y se la dio a beber al rector.

—Ahora dime honestamente —le preguntó—, ¿tiene demasiado carbonato?

—Por supuesto que no —dijo Mr. Furlong.

—Y, siendo totalmente francos, ¿tampoco demasiado hidrógeno?

culminando con las elecciones presidenciales de 1888. Cf. "Tariff Strategy and Propaganda in the United States, 1887-1888", *The American Historical Review*, vol. 36, N 1. American Historical Association, 1930, en <http://www.jstor.org/pss/1837628>. Sin embargo, en 1911 también fue tema electoral en Canadá, respecto al libre comercio con EE.UU. <http://www.thecanadianencyclopedia.com/index.cfm?PgNm=TCE&Params=A1ARTA0006522>.

—Oh, definitivamente no.

—¿Y no dirías que el porcentaje de bicarbonato de sodio estaba demasiado alto para el paladar ordinario?

—Ciertamente no lo diría —aseveró Mr. Furlong, y en esto dijo la verdad.

—Muy bien, entonces —agregó Mr. Fyshe— se lo serviré esta tarde al Duque de Dulham.

Pronunció el nombre del Duque con aquella serena y democrática despreocupación que indicaba que no le importaba si media docena de los otros miembros que se encontraban almorzando en el club lo escuchaban o no. Después de todo, ¿qué era un duque para el presidente de la Compañía Suburbana y de Tracciones Populares y de la Cooperativa Republicana de Sodas y Sifones, y director general de Préstamos y Ahorros Populares de la Región? Si un hombre con semejante apoyo popular se proponía agasajar a un duque, ¿seguramente no podría haber duda sobre sus motivos? Ninguna en absoluto.

Naturalmente, además, si un hombre se dedica a la producción de sodas, se vuelve un poco hipersensible sobre la posibilidad de que sus invitados se den cuenta de que su producto contiene demasiado carbonato.

De hecho, muchísimos miembros del Club Mausoleo producen cosas, o mandan producirlas o —lo que es lo mismo— las fusionan una vez producidas. Esto es lo que les da esa actitud tan peculiarmente química con respecto a sus alimentos. A menudo se puede ver a un miembro llamar de pronto al jefe de meseros durante el desayuno para decirle que el tocino contiene demasiado amoníaco; y uno más protesta por la cantidad de glucosa en el aceite de olivo; y otro porque hay un alto porcentaje de nitrógeno en las anchoas. Una persona de imaginación perversa podría pensar en esta degustación de químicos como una suerte de némesis del destino de los miembros del club. Pero eso sería muy absurdo, porque

en cada caso el jefe de meseros, quien es el líder de los filósofos chinos ya antes mencionados, dice que se encargará de inmediato y hará que quiten el porcentaje excedente. Y en lo que respecta a los miembros, están casi tan avergonzados de producir y fusionar como lo estaría el Marqués de Salisbury de los fundadores de la familia Cecil.

¿Y qué más natural, por lo tanto, que Mr. Lucullus Fyshe, antes de servir la soda al Duque, se la dé a probar a alguien más? Y mejor persona no pudo haber encontrado para ello que Mr. Furlong, el santo y joven rector de San Asaf⁸, quien había gozado del tipo de educación universitaria costosa que asegura el desarrollo de todas las facultades. Además, un rector de la Iglesia Anglicana que ha llevado a cabo misiones fuera del país es el tipo de persona de la cual se puede deducir, más o menos de manera incidental, cómo dirigirse y entablar una conversación con un duque, y si se le debe decir “vuestra excelencia”, o “su excelencia”, o sólo “excelencia”, o “duque”, o cómo. Todo ese tipo de cosas cuya importancia le parecería tan trivial al director del Banco Popular y presidente de la Compañía Republicana de Soda que se negaría a preguntar al respecto.

Así que ésa fue la razón por la cual Mr. Fyshe invitó a Mr. Furlong a almorzar y luego a cenar ese mismo día en el Club Mausoleo para reunirse con el Duque de Dulham. Y Mr. Furlong —comprendiendo que un pastor debe ser el mismo para todos y no evitar a un hombre simplemente por ser un duque— había aceptado la invitación a almorzar, y había prometido asistir a la cena, aunque ello significara posponer para el siguiente viernes la clase de tango de Los Obreros Dispuestos de la Iglesia de San Asaf.

Entonces sucedía que Mr. Lucullus Fyshe se encontraba sentado durante el almuerzo, consumiendo una chuleta y una pinta de Mosela con la actitud abierta y franca de

⁸ Obispo nacido a principios del siglo VI, en lo que ahora se conoce como el norte de Inglaterra. Murió el 1º de mayo en Flintshire. Católicos, anglicanos y ortodoxos le rinden culto.

un hombre tan democrático que prácticamente era un socialista revolucionario, y que no le importaba decirlo abiertamente; y el joven rector de San Asaf estaba sentado frente a él en un éxtasis religioso ante un *salmorejo*⁹ de pato silvestre.

—El Duque llegó esta mañana, ¿verdad? —preguntó Mr. Furlong.

—De Nueva York —contestó Mr. Fyshe—; se está hospedando en la Gran Lid. Le envié un telegrama con uno de nuestros directores de La Tracción en Nueva York, y Su Excelencia ha prometido muy amablemente que vendría a cenar.

—¿Viaje de placer? —preguntó el rector.

—Tengo entendido que está... —Mr. Fyshe iba a decir, “a punto de invertir una gran parte de su fortuna en fondos americanos”, pero lo pensó mejor. Incluso con el clero conviene ser cuidadoso. Así que en vez de eso dijo—: está muy interesado en estudiar las condiciones de América.

—¿Se quedará mucho tiempo? —preguntó Mr. Furlong.

De haber respondido con total franqueza, habría dicho: “No, si logro sacarle su dinero rápidamente”; pero simplemente contestó:

—Eso no lo sé.

—Encontrará muchas cosas de su interés —prosiguió el rector en tono meditativo—.

La posición de la Iglesia Anglicana en América es un tema que debería tomar muy en cuenta. Tengo entendido —añadió, tanteando el terreno— que Su Excelencia es un hombre profundamente devoto.

—Muy devoto —aseveró Mr. Fyshe.

—Y, ¿muy filántropo?

⁹ Salmís o Salmorejo: “Guisado compuesto especialmente con aves de caza asadas, sobre todo chochas y becacines; después trinchadas y puestas con una salsa típica, para estimular el apetito y refinar el plato”, <http://personal.redestb.es/cabiedes/terminos.htm>

—Bastante.

—Y supongo —dijo el rector, y devotamente dio un sorbo a su soda a medio terminar— que es un hombre inmensamente rico.

—Eso supongo —contestó Mr. Fyshe con total indiferencia—; todos estos tipos lo son—. Por lo general Mr. Fyshe se refería a la aristocracia británica como “estos tipos”—. La tierra, tú sabes, haciendas feudales; un robo descarado, en mi opinión. Que la clase trabajadora, el proletariado, soporte tal tiranía es más de lo que mis ojos soportan ver. Recuerda mis palabras, Furlong, algún día se revelarán y todo ese asunto llegará súbitamente a su fin.

Y habían llegado justo al tema favorito de Mr. Fyshe, pero hizo una pausa, sólo por un momento, para hablarle al mesero.

—¿Qué demonios pretendes —le dijo— sirviéndome espárragos a medio calentar?

—Lo siento mucho, señor —contestó el mesero— ¿quiere que los retire?

—¿Que los retires? Por supuesto, retíralos, y asegúrate de no volver a servirme algo así, o te reportaré.

—Lo siento mucho, señor —se disculpó el mesero.

Mr. Fyshe observó al mesero con desdén mientras éste se alejaba.

—Estos tipos malcriados se están volviendo insoportables —dijo—. Por Dios, si estuviera en mis manos los despediría a todos: échenlos, déjenlos en la calle. Así aprenderían. Sí, Furlong, vivirás para verlo, que toda la clase trabajadora un día se rebelará contra la tiranía de las clases altas y la sociedad estará agobiada.

Pero si Mr. Fyshe hubiera sabido que en ese momento, en la cocina del Club Mausoleo, en el interior de esos mismos recintos sagrados, estaba un visitador del Sindicato Internacional de Meseros —inclinado sobre la barra, con su bombín cubriéndole el rabillo

del ojo, hablando con un grupito de filósofos chinos— habría comprendido que quizá la catástrofe social estaba un poco más cerca de lo que sospechaba.

—¿Invitará a alguien más esta noche? —preguntó Mr. Furlong.

—Me hubiera gustado decirle a tu padre —dijo Mr. Fyshe— pero desafortunadamente está fuera de la Ciudad.

Lo que Mr. Fyshe realmente quiso decir es: “me siento extremadamente complacido de no tener que invitar a tu padre, a quien no le presentaría al Duque por ningún motivo”.

En efecto, Mr Furlong, pastor, progenitor del rector de San Asaf, quien era presidente de la Nueva Fusión Corporativa de Himnarios, y director de Órganos de Tubos y de Vapor¹⁰ Aleluya S.A., definitivamente no era el hombre adecuado para los propósitos de Mr. Fyshe. De hecho, tenía la fama de ser tan habilidoso como cualquier vendedor de Biblias. En esos momentos se encontraba fuera de la Ciudad, en Nueva York, ocupándose de la preparación de las planchas de impresión de su próximo Testamento Hindú (todos los derechos reservados); pero, de haberse enterado que un duque estaría de visita en la Ciudad para invertir varios millones, no lo habría dejado ir ni por todo el Indostán.

—Supongo que invitará a Mr. Boulder —le preguntó el rector.

—No —contestó Mr. Fyshe de manera tajante, descartando el nombre por completo.

En efecto, había una razón aún más importante para no presentar a Mr. Boulder con el Duque. Mr. Fyshe ya había cometido una vez un error semejante y no tenía la intención de volver a cometerlo jamás. Sucedió apenas hace un año, con motivo de la visita del joven Vizconde FitzThistle al Club Mausoleo, que Mr. Fyshe había presentado a Mr. Boulder con

¹⁰ Se trata de un calíope, también conocido como órgano de vapor. Se usó principalmente durante el siglo XIX en EE.UU. En el Siglo XX ya eran de viento. <http://www.mbsi.org/glossary.php?letter=C>

el Vizconde y sufrió intensamente por ello. Porque Mr. Boulder tan pronto conoció al Vizconde lo invitó a su casa de campo en Wisconsin, y esa fue la última vez que se tuvo noticia de la inversión de la fortuna FitzThistle.

A ese Mr. Boulder del que hablaba Mr. Fyshe, efectivamente, podía vérselo en ese momento en otra mesa del comedor, tomando solitariamente sus alimentos; un hombre ligeramente viejo, cuya gran constitución sugería un vigor debilitado, con una gran barba blanca y unos párpados inferiores tan colgados que daba la impresión de estar a punto de llorar. Sus ojos eran azules e inexpresivos, y su rostro rígido y lúgubre al igual que sus grandes hombros caídos parecían denotar todo el poder y el misterio de las altas finanzas.

En verdad que la melancolía se cernía sobre él. Porque, cuando alguien lo escuchaba hablar de acciones cotizadas¹¹ y dividendos acumulativos¹², había un tono grave en su voz baja como si hablara de la condena eterna y los frutos del pecado.

Entre sus grandes manos un vizconde parlanchín, o un duque resolutivo, o un pedante marqués italiano no eran nada.

Los métodos que Mr. Boulder aplicaba a los visitantes con títulos nobiliarios dispuestos a invertir dinero en Estados Unidos eran muy sutiles. Nunca les hablaba de dinero, ni una sola palabra. Él simplemente hablaba de su gran bosque americano —él había nacido hacía sesenta y cinco años, en un estado maderero— y, cuando hablaba de bosques vírgenes y del aullido del lobo en la noche entre los pinos, tenía tal toque de

¹¹ Es decir que cotizan en la bolsa, también llamadas “acciones inscritas o registradas”. Cf. *Inglés económico y comercial*. Idiomas Larousse. Ed. Larousse, México, p. 377.

¹² En el caso de los dividendos acumulativos “...si en un ejercicio no hay utilidades o éstas no alcanzan a cubrir el dividendo mínimo de las acciones preferentes, tal dividendo se acumula para ser pagado junto con el del año siguiente y así sucesivamente. Por ejemplo en el caso de acciones preferentes con dividendo acumulativo del 5%, si éste no se paga en el ejercicio correspondiente, al año siguiente estas acciones tienen derecho a un dividendo mínimo del 10%; si no se les paga el tercer ejercicio, tendrán derecho a un dividendo mínimo del 15% y así sucesivamente. No podrán pagarse dividendos a las acciones ordinarias en cuanto no se cubran los dividendos acumulativos de las acciones preferentes”. Ver Manuel Resa García, *Contabilidad de Sociedades*. “Capítulo 2. Sociedad Anónima (S.A.). Aspectos legales” en <http://books.google.com.mx>.

realismo que dejaba al visitante embelesado; y, cuando empezaba a comentar sobre su casa de campo en las lejanías de los bosques madereros de Wisconsin, todo duque, conde o barón que hubiera manejado alguna vez un rifle exprés de doble cañón escuchaba y caía redondo.

—Tengo un lugarcito —diría Mr. Boulder en esos tonos graves que parecían casi un sollozo—, una especie de refugio de caza, creo que así lo llamarían ustedes, en Wisconsin; es una construcción sencilla— y añadiría, casi al borde del llanto —de troncos.

—Ah, realmente —el visitante exclamaría— de troncos. ¡Por Dios, qué interesante!

Toda la gente de la nobleza queda fascinada de inmediato con los troncos, y Mr. Boulder lo sabía —al menos inconscientemente.

—Sí, troncos —proseguía, aún con profundo dolor—; tan sólo el cedro natural, sin escuadrar; usted sabe, el viejo madero original; traídos directamente del bosque.

Para entonces, la emoción del visitante era obvia. —¿Y hay caza ahí?— preguntaba.

—Tenemos al lobo gris —diría Mr. Boulder, su voz casi ahogada por la tristeza del asunto—, y por supuesto el chacal y el lince.

—¿Y son feroces?

—Oh, sí, en extremo, totalmente incontrolables.

Con lo cual, el distinguido visitante era todo entusiasmo por irse a Wisconsin de inmediato, incluso antes de que la invitación de Mr. Boulder se hiciera explícita.

Y cuando regresaba una semana después, todo bronceado y con botas de leñador, lleno de mordidas de lobo, toda la fortuna de la que disponía ya estaba tan irremediabilmente invertida en los valores de Mr. Boulder, que no podrían haberle sacado ni 25 centavos aunque lo sacudieran de cabeza.

Y sin embargo todo el asunto se había acordado de manera incidental alrededor de una gran fogata, bajo los pinos de Wisconsin, con uno o dos lobos muertos tendidos sobre la nieve.

Así que no es de sorprenderse que Mr. Fyshe no tuviera la intención de invitar a Mr. Boulder a su cenita. No, en lo absoluto. De hecho, su único propósito era que el Duque no se enterara de la existencia de Mr. Boulder y su casa de troncos.

E igualmente no es de sorprenderse que, tan pronto como Mr. Boulder leyó sobre la llegada del Duque a Nueva York y vio en el *Eco Comercial* y *Susurro Financiero* que podría venir a la Ciudad para invertir, telefoneó de inmediato a su lugarcito en Wisconsin —el cual contaba, por supuesto, con un primitivo cableado— y dio órdenes a su asistente de tener el lugar bien ventilado y unas buenas fogatas encendidas; y especialmente le ordenó ver si alguno de los hombres de las chozas de los alrededores podían atrapar uno o dos lobos, y que los tuviera prevenidos.

—¿Entonces nadie más vendrá? —preguntó el rector.

—Ah, sí. Boomer, el presidente de la Universidad. Seremos un grupo de cuatro. Pensé que el Duque podría estar interesado en conocerlo. Tal vez le apetezca escuchar algo sobre los restos arqueológicos del continente.

De estar el Duque interesado, ciertamente sería una espléndida oportunidad de que conociera al gigantesco Dr. Boomer, presidente de la Universidad de Plutoria.

Si deseara saber cualquier detalle sobre la diferencia exacta entre la casa tribal de los indios pueblo y la de los navajos¹³, ésta sería su oportunidad. Si estuviera ansioso por

¹³Se refiere a los indios pueblo que habitan principalmente en la zona céntrica y septentrional de Nuevo México. En inglés, el Presidente Boomer se refiere a ellos como “Mexican pueblo”. Se omitió lo de

escuchar una breve charla —digamos de media hora— sobre la relativa antigüedad del cráneo de Neandertal y los depósitos de grava de Missouri, ése era el momento. Podría aprender tanto con el presidente Boomer acerca de la Edad de Piedra y la Edad del Bronce, en América, como de la edad de oro y la edad de los títulos accionarios con Mr. Fyshe y Mr. Boulder.

¿Y qué mejor hombre que un presidente arqueológico para presentarle al Duque?

Y si el Duque se sintiera inclinado, como resultado de su visita a América, (porque el Dr. Boomer, quien todo lo sabía, entendía la razón de la llegada del Duque), digamos, inclinado a costear una cátedra de Antropología Primitiva, o cualquier cosilla útil por el estilo, sería un negocio justo de todas todas; o incluso, si estuviera dispuesto a donar una suma moderada para el fondo general de la Universidad de Plutoria —suficiente, digamos, como para permitirle al presidente despedir a algún antiguo profesor y contratar a uno nuevo— eso sin duda sería suficientemente razonable.

El presidente, por lo tanto, había aceptado la invitación de Mr. Fyshe con alegre prontitud, y le había echado un vistazo a la lista de sus profesores más incompetentes para refrescar su memoria.

El Duque de Dulham había desembarcado en Nueva York cinco días antes y había buscado ansiosamente a su alrededor plantíos de nabos, pero no vio ninguno. Había viajado en auto

“Mexican” para que no hubiera confusión respecto al uso de la palabra “pueblo” para las comunidades de México. El pasaje se refiere a las diferencias entre las construcciones (viviendas) de los indios pueblo y los navajos. Por otra parte, “[l]a tribu navajo es una de las tribus atapascanas del Sudoeste de los Estados Unidos. Ocupan una reserva de más de 15 millones de acres cuadrados que rodea las mesetas y llanuras, los cañones y las montañas de la parte Noreste del Estado de Arizona, la Sudoeste de Utah, la Noreste de Nuevo México y la parte Sudoeste de Colorado. Esta reserva [...] es el hogar de la tribu más numerosa de los Estados Unidos”. Ver <http://www.newmexico.org/international/italian/pueblos.php> y <http://revistas.ucm.es/ghi/05566533/articulos/REAA6969110223A.PDF>, p. 1. Los navajos se asentaron cerca de los indios pueblo, y fueron influenciados culturalmente por estos últimos.

a la Quinta Avenida con los ojos bien abiertos en busca de papas, pero no hubo ninguna. Tampoco vio reses Shorthorn en Central Park ni ovejas Southdown en Broadway. Porque el Duque, por supuesto, como todos los duques, era agrícola desde su chaqueta Norfolk¹⁴ hasta sus botas claveteadas.

En el restaurante había cortado una papa en dos y envió una mitad al jefe de meseros para saber si era bermudeña. Tenía toda la apariencia de una bermudeña temprana, pero a juzgar por su color oscuro, el Duque temía que sólo se tratara de una trinitense tardía. Y el jefe de meseros se la mandó al chef, creyendo que se trataba de una queja, y el chef se la envió de regreso al Duque con el mensaje de que no era bermudeña sino de la Isla del Príncipe Eduardo¹⁵. Y el Duque mandó sus felicitaciones al chef, y el chef le envió sus felicitaciones al Duque. Y el Duque estaba tan complacido de saber esto que mandó a envolver una papa similar para llevársela, y le dio una propina de veinticinco centavos al jefe de meseros, con la impresión de que en un país así de extravagante uno debía serlo más. Así que el Duque cargó con su papa a todos lados durante cinco días en Nueva York y se la mostró a todos. Pero más allá de eso no encontró ningún indicio de agricultura en el lugar. Ninguno de los anfitriones que lo recibieron parecía tener idea de cómo había sido alimentada la res cuya carne le servían; nadie, incluso dentro de lo que parecía la crema y nata de la sociedad, podía hablar razonablemente sobre la preparación de un cerdo para el almuerzo. La gente parecía comer coliflor sin distinguir la variedad danesa de la de Oldenburgo y sólo unos cuantos, si acaso, reconocían el tocino de Silesia incluso probándolo. Y cuando llevaron al Duque a lo que llamaban el campo, a cuarenta kilómetros

¹⁴ A finales del 1800, "...triunfa la influencia inglesa en la ropa de caballero, liderada sobre todo por el entonces Príncipe de Gales, después Eduardo VII. Se llamó Norfolk a la chaqueta de caza que usaba en el condado de Norfolk". María de Perinat, <http://www.edym.com/CD-tex/01mod/Cap01-3.htm>.

¹⁵ Se refiere a la Isla del Príncipe Eduardo (Canadá), mejor conocida como "La isla de las papas". Al parecer es un guiño del autor, considerando que el duque queda complacido con una papa de Canadá. PEI Potato Board, <http://www.peipotato.org/espanol/papas.asp>.

de ahí, tampoco había nabos, sólo bienes raíces, y terraplenes del ferrocarril y letreros publicitarios; de manera que, en conjunto, la obvia y evidente decadencia de la agricultura americana, en la zona que debería ser su centro principal, entristeció el corazón del Duque. Así pasó el Duque cuatro sombríos días. El asunto de la agricultura lo enfadó, y aún más, por supuesto, las preocupaciones económicas que lo habían traído a América.

El dinero es un asunto problemático. Pero debe tenerse en mente, incluso si no fuimos educados para ello. Si, debido a problemas económicos, se ha tenido la necesidad de viajar hasta América con la esperanza de obtener un préstamo, la dificultad de hallar la forma de abordar ese asunto con naturalidad nos hace sentir pesimistas y preocupados. Si se pudiera caminar entre grandes campos de nabos y hubiera vacas Holstein para pegarles en las costillas con el puño, habría hallado la forma de hacerlo, en un ambiente de socialización entre caballeros, como de ganadero a ganadero. Pero en Nueva York, entre montones de mampostería y el estruendoso tráfico de las carreteras, y destellantes almuerzos y residencias palaciegas, simplemente no se puede.

Ésta es la verdad sobre la visita del Duque de Dulham y el error de Mr. Lucullus Fyshe. Mr. Fyshe creía que el Duque había venido a *hacer un préstamo*. En realidad, él había venido a *pedirlo*. De hecho, el Duque estaba calculando que si hipotecaba por segunda ocasión las Torres de Dulham en veinte mil libras esterlinas, y vendía su refugio de caza en Escocia y ponía en renta sus tierras de pastoreo en Irlanda, y se subarrendaba¹⁶ el alquiler de sus minas de carbón en Gales podría reunir un total de cien mil libras esterlinas. Esto, para un duque, es una enorme cantidad. Una vez obtenida, podría liquidar la primera hipoteca de las Torres de Dulham, comprar los derechos del que fuera el actual arrendatario

¹⁶ “Dar o tomar en arriendo algo, *no de su dueño ni de su administrador*, sino de otro arrendatario de ello.” http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=subarrendar (las cursivas son mías). Podría interpretarse como otro comentario cómico.

del refugio de caza en Escocia y pagar la segunda hipoteca de sus tierras de pastoreo en Irlanda, y de hecho, terminar justo donde había empezado. Así son las finanzas ducales: siempre se mueven en círculo.

En otras palabras, el Duque era en realidad un hombre pobre; pobre no en el sentido estadounidense —donde la pobreza llega repentinamente como una plaga de apuros ante la incapacidad para hacerse de un cuarto de millón de dólares, sin importar qué tan desesperadamente se necesite, y pasa como una nube tormentosa y se va— sino pobre en el sentido permanente y penoso conocido sólo por la aristocracia británica. El caso del Duque, por supuesto, era bien conocido, y Mr. Fyshe debería de haber estado enterado. El Duque era tan pobre que la Duquesa se veía forzada a pasar tres o cuatro meses cada año en un hotel elegante de la Riviera simplemente para ahorrar dinero, y su hijo mayor, el joven Marqués de Beldoodle, tenía que sacrificar gran parte de su tiempo a la cacería mayor en Uganda, con solo veinte o veinticinco batidores y con tan pocos cargadores y guías, y tal escasez de hombres y muchachos para el rastreo de elefantes y hienas que era un perfecto escándalo. El Duque, ciertamente, era tan pobre que uno de sus hijos menores, para sumarse a los esfuerzos de los demás, tenía que pasar sus días haciendo alpinismo en el Himalaya, y la hija del Duque se veía obligada a hacer largas visitas a princesas de baja alcurnia en Alemania, aguantando todo tipo de privaciones. Y mientras la familia ducal erraba de esa forma: escalando montañas, y cazando hienas, y ahorrando dinero; la casa o residencia del Duque, las Torres de Dulham, estaba prácticamente cerrada, sin nadie habitándola, mas que sirvientes y amas de llaves y guardabosques y turistas; y las galerías de arte estaban cerradas, excepto para los artistas, visitantes y aldeanos; y la mansión de la ciudad, a no ser por la presencia de sirvientes y comerciantes y secretarios, estaba absolutamente cerrada. Pero el Duque sabía que una estricta parsimonia de esa índole, si se

mantenía durante una generación o dos, haría maravillas, y esto le ayudaba a resistir; y la Duquesa lo sabía, y esto le ayudaba a resistir; de hecho, toda la familia ducal, sabiendo que sólo era cuestión de una generación o dos, veía su desgracia con optimismo.

Lo único que le molestaba al Duque era pedir un préstamo. Esto era necesario de vez en vez, cuando caían los créditos o las hipotecas, pero lo detestaba. Estaba por debajo de su nivel. Sus ancestros habían recibido dinero a menudo, pero nunca lo habían pedido prestado y el Duque se indignaba por esa necesidad. Había algo en ese proceso que iba en contra de sus principios. Sentarse y tener una conversación placentera con un hombre — quizá casi un caballero— y luego direccionarla al tema y despojarlo de su dinero, a los ojos del Duque era básicamente una bajeza. Podría haber comprendido el golpear a un hombre en la cabeza con un badil y tomar su dinero, mas no pedírselo.

Así que el Duque había venido a América donde pedir prestado es descaradamente fácil. Cualquier miembro del Club Mausoleo, por ejemplo, pedía prestados cincuenta centavos para comprar un cigarro, o cincuenta mil dólares para comprar una casa, o cinco millones para comprar una línea ferroviaria con absoluta indiferencia y, de ser posible, devolver el dinero como si nada. De hecho, se sabía que muchísimos de los amigos del Duque habían obtenido préstamos en América con una facilidad mágica, dejando en prenda sus escaños o sus cuadros, o una de sus hijas, cualquier cosa.

Entonces el Duque sabía que debía ser relativamente fácil. Y sin embargo, por increíble que pareciera, había estado cuatro días en Nueva York, invitado a todas partes, y causado mucho alboroto, y no había obtenido ni un centavo. Lo habían invitado a almorzar a una mansión de Riverside, y con lo tonto que era, se había despedido sin sacarles ni un dólar. Lo habían invitado a una casa de campo en el Hudson y, como un imbécil —él mismo lo reconocía—, no le había pedido a su anfitrión ni para el boleto del tren. Dos

veces lo habían llevado en auto a dar la vuelta por Central Park y lo llevaron de regreso dócilmente a su hotel sin un dólar más. La situación era una bagatela, y lo sabía. Pero el Duque no encontraba la manera de empezar ni aunque le fuera la vida en ello. Ninguno de sus temas de conversación parecía tener ni la más remota conexión con el tema del dinero. El Duque era capaz de conversar con razonable soltura sobre temas como la inminente caída de Inglaterra (habían hablado de eso en las Torres de Dulham durante sesenta años), o sobre el deber de Inglaterra hacia China, o el deber de Inglaterra con Persia, o su deber de ayudar al movimiento de los Jóvenes Turcos¹⁷, o su deber de vigilar la agitación en la antigua Serbia. El Duque llegaba a apasionarse tanto por estos temas, explicando que si bien nunca había sido un nacionalista como los inglesitos antiimperialistas¹⁸, él siempre había estado a favor de una Gran Turquía, y era partidario de una Bulgaria pequeña o una Austria restringida, que terminaba por alejarse más y más del tema del dinero, que era al que realmente quería llegar; y el Duque se levantaba de esas conversaciones con un

¹⁷ Jóvenes Turcos es una coalición de varios grupos reformistas turcos de principios del S.XX, oficialmente conocido como el Comité de Unión y Progreso (CUP) — en turco Ittihad ve Terakki Cemiyeti — cuyos líderes llevaron a cabo una rebelión contra el sultán Abdul Hamid II (quien fue oficialmente depuesto y desterrado en 1909). Gobernaron el Imperio Otomano desde 1908 hasta finales de la Primera Guerra Mundial, en noviembre de 1918. Durante su gobierno aconteció el denominado genocidio armenio. Los Jóvenes Turcos tuvo sus orígenes en sociedades secretas de estudiantes de universidad y cadetes militares progresistas, conducidas subrepticamente por la disidencia política después de que la constitución fuera revocada por el autoritario sultán Abdul Hamid II. La coalición promovió la modernización del Imperio Otomano así como el surgimiento de un nuevo espíritu nacionalista turco. Llevaron acabo reformas administrativas que condujeron a un mayor centralismo. *Encyclopedia Britannica*, vol. 12, p. 862. Como fueron los primeros reformistas otomanos en promover la industrialización, es probable que el Duque comente su “total apoyo” a este movimiento.

Desde mediados del 1800 hasta principios de 1900, hubo un marcado movimiento nacionalista, sobre todo en los países mencionados en el cuento. A partir de 1804, Rusia alimentó sueños como los de una “gran Serbia” o una “gran Bulgaria”, en aras del paneslavismo, del cual también se mostraba adalid y protector. Serbia se separa de Turquía en 1830. En China, entre 1840 y en 1860 hubo capitulaciones comerciales decisivas, entre ellas franquicias portuarias en varios puertos del sur, el dominio de la península de Kowloon, la isla de Hong Kong y otros territorios próximos, y en 1900 se da la rebelión de los boxers. En Persia, en 1799 subió al trono la dinastía de los Kadyares, que hubo de ceder a Rusia importantes territorios (1832) y sufrió la influencia de Gran Bretaña, interesada en la producción petrolera del país, y en 1906 su Constitución se creó.

¹⁸ “Englander” en el original. Así se les llamaba despectivamente a los nacionalistas británicos que estaban en contra de que G.B. interviniera en o se expandiera a otros territorios. Los que estaban a favor les llamaban “Little Englanders” porque decían que pensaban en la “pequeña” Bretaña en lugar de la “Gran” Bretaña.

semblante lleno de una angustia tan obvia que todos se daban cuenta de que su preocupación por Inglaterra lo estaba matando.

Y de pronto la luz había llegado. Fue en su cuarto día en Nueva York cuando inesperadamente se topó con el Vizconde Belstairs (habían estado juntos en su juventud en Nigeria y en su madurez en San Petersburgo), y Belstairs, quien estaba de muy buen ánimo y próximo a regresar a Inglaterra al mediodía siguiente en el *Gloritania*, le explicó al Duque cómo le habían prestado cincuenta mil libras dando en garantía algo que en Inglaterra no valdría ni medio penique.

Y el Duque le preguntó con un suspiro —¿Cómo demonios lo haces, Belstairs?

—¿Hacer qué?

—Pedirlo —contestó el Duque—. ¿Cómo le haces para que la gente hable de ello? Aquí estoy esperando a que me presten cien mil, y me verán con una soga al cuello antes de que logre siquiera preparar el terreno para tocar el tema.

A lo que el Vizconde había respondido —¡Bah!, ¡bah! —No necesitas preparar nada. Sólo pídelo directamente: ponlo sobre la mesa durante la cena, como cuando invitas una partida; aquí lo toman como si nada.

—¿Sobre la mesa? —repitió el Duque, quien era un hombre literal.

—Ciertamente —aseveró el Vizconde—. No demasiado pronto, sabes: digamos, después de la segunda copa de vino. Te aseguro que es algo sin importancia.

Y fue justo en ese momento que le entregaron un telegrama al Duque de parte de Mr. Lucullus Fyshe, pidiéndole, como se había anunciado que al día siguiente visitaría la Ciudad donde se encuentra el Club Mausoleo, que se reuniera con él para cenar en ese establecimiento.

Y el Duque, siendo como les digo un hombre literal, decidió que tan pronto como Mr. Fyshe le diera la segunda copa de vino, esa segunda copa le costaría a Mr. Fyshe cien mil libras esterlinas.

Y por extraño que pareciera, casi al mismo tiempo, Mr. Fyshe estaba calculando que si lograba hacerle beber al Duque una segunda copa del champaña del Mausoleo, esa copa le costaría al Duque alrededor de cinco millones de dólares.

Así que justo a la mañana siguiente, el Duque había llegado a la Ciudad en el expreso de Nueva York; y como se trataba de un lugar ordinario, democrático, comercial, absorto en sus propios asuntos, no hicieron ningún alboroto por su llegada. La edición matutina de *El Ciudadano Plutópico* simplemente decía: “Tenemos entendido que el Duque de Dulham llega a La Gran Lid esta mañana”, después de lo cual rastreaba el pedigrí¹⁹ del Duque remontándose a Jock de Ealing en el siglo doce y hasta ahí lo dejaron; y la edición del mediodía de *El Abogado del Pueblo* simplemente escribió: “Nos enteramos de que el Duque de Dulham está en la Ciudad. Es pariente de Jack Ealing”. Pero el *Eco Comercial* y *Susurro Financiero*, que aparece a las cuatro de la tarde, publicó en su sección de mercado accionario el anuncio: “Tenemos entendido que el Duque de Dulham, quien llega hoy a la Ciudad, tiene como propósito invertir una importante cantidad de dinero en valores industriales americanos.”

Y por supuesto, todo el Club Mausoleo se enteró de la noticia en veinte minutos.

¹⁹ Jock es el equivalente de Jack en escocés. Algunas veces se usaba como nombre genérico para la gente común, cualquier escocés. Otros significados que llegó a tener durante el 1700 y el 1800, fueron: campesino, primitivo, hazme-reír, pene o vagina. *Oxford English Dictionary*, p. 251.

El Duque de Dulham entró al Club Mausoleo esa tarde exactamente a las siete en punto. Era un hombre de baja estatura, robusto, de rostro afeitado, rojo como un ladrillo y cabello entrecano, y por su apariencia, podría haber conseguido un trabajo de inmediato en cualquier zona maderera de Wisconsin. Él vestía un smoking, como cualquier persona ordinaria, pero, incluso sin su chaqueta Norfolk ni sus botas claveteadas, había algo en su forma de caminar por el largo salón principal del Club Mausoleo que todos los meseros importados reconocieron al instante.

El Duque echó un vistazo por el club y asintió. Le pareció un lugar modesto, tranquilo, muy diferente de la soberbia ostentosa que uno ve con demasiada frecuencia en un *hof* alemán o en un *palazzo* italiano. Le gustó.

Mr. Fyshe y Mr. Furlong se encontraban en un recoveco del club, el cual estaba dispuesto a manera de cenador o mirador, donde había una chimenea encendida y árboles de caucho de la India, y pinturas en tonos degradados y una mesa-bar. Ahí se reunió el Duque con ellos. A Mr. Fyshe ya lo había conocido esa tarde en la Lid, y lo llamó “Fyshe” como si lo conociera de siempre; y en efecto, después de unos cuantos minutos llamó al Rector de San Asaf simplemente Furlong, porque él había estado familiarizado con el clero anglicano de muchas partes del mundo y sabía que atribuirles algún tipo de divinidad, socialmente, era del peor gusto que puede haber.

—Por Dios —dijo el Duque, girándose para darle un golpecito con el dedo a una hoja del caucho—, este tipo es nigeriano, ¿verdad?

—No podría asegurarlo —dijo Mr. Fyshe—, imagino que sí —y añadió—: ¿Usted ha estado en Nigeria, Duque?

—Sí, claro, hace algunos años —contestó el Duque —por la caza mayor, sabes, buen lugar para ello.

—¿Cazó algo? —preguntó Mr. Fyshe.

—No mucho —dijo el Duque—; un *hipo* o dos.

—Ah —exclamó Mr. Fyshe.

—Y, por supuesto, de vez en cuando una *jira* —continuó el Duque, y añadió—: Como quiera que sea, mi hermana tuvo más suerte; un día le atinó de casualidad a un *rino*, justo afuera del palanquín, lo que describo como bastante bueno.

Mr. Fyshe también lo describió así.

—Ah, he aquí algo muy bueno —prosiguió el Duque, observando una pintura.

Portaba en el bolsillo de su chaleco un monóculo que usaba para ver pinturas y cerdos Tamworth, y se lo puso en un ojo con una mano, dejando la otra dentro del bolsillo de su smoking.

—Y esto, esto es algo muy bueno.

—Eso tengo entendido —comentó Mr. Fyshe.

—En verdad tienen cosas tremendamente buenas aquí —continuó el Duque. Había visto demasiadas pinturas en demasiados lugares como para hablar de “valores” y “composiciones” o cualquier cosa por el estilo. El Duque simplemente miraba una pintura y decía: “He aquí algo bueno,” o “¡Ah!, hay aquí algo muy bueno,” o “Vaya, aquí hay algo realmente bueno.”

Nadie podría superar este tipo de crítica. El Duque había descubierto desde hace tiempo que era infalible.

—Me mostraron cosas bastante buenas en Nueva York —continuó—, pero en verdad lo que tienen aquí me parece tremendamente bueno.

En efecto, el Duque estaba realmente complacido con las pinturas, ya sea por algo en su composición o en la suave y costosa luz que las iluminaba y le permitía ver, en el último plano de cada una, cien mil libras. Y ésa es una hermosa pintura ciertamente.

—Cuando vengas a nuestro lado del charco, Fyshe²⁰ —dijo el Duque—, tengo que mostrarte mi Botticelli.

Si Mr. Fyshe, quien no sabía nada de arte, hubiera expresado lo que realmente pensaba, habría preguntado: “¿Mostrarme su qué?” Pero él simplemente repuso: “Será un placer”.

De cualquier manera, no hubo tiempo para decir más, porque en ese momento la corpulenta figura y el gran rostro del Dr. Boomer, presidente de la Universidad de Plutoria, se aproximaron hacia ellos. Y con él, llegó una ráfaga de conversación que hizo añicos todos los temas anteriores. Le presentaron al Duque, y estrechó la mano de Mr. Furlong, y les habló a ambos, y dijo qué coctel quería, todo en un sólo respiro, y justo en el siguiente, ya le estaba preguntando al Duque acerca de las tablillas de arcilla con jeroglíficos de Babilonia que su abuelo, el décimo tercer Duque, se llevó del Éufrates a su casa, y de las cuales todo arqueólogo sabía que se conservaban en la biblioteca del Duque en las Torres de Dulham. Y aunque el propio Duque no sabía de las tablillas, le aseguró al Dr. Boomer que su abuelo había coleccionado algunas cosas muy buenas, bastante notables.

Y el Duque, al conocer a un hombre que sabía de su abuelo, se sintió en su elemento. De hecho, estaba tan encantado con el Dr. Boomer y el árbol de caucho nigeriano y las pinturas en tonos degradados y lo encantador de todo el lugar y la certeza de que medio millón de dólares se podía conseguir fácilmente ahí, que volvió a guardar su monóculo en el bolsillo y dijo:

²⁰ Comentario humorístico que hace alusión al juego de palabras mencionado al principio del *sketch*.

—Encantador club el que tienen aquí, realmente el más encantador.

—Sí —afirmó Mr. Fyshe, con actitud indiferente—, un lugar cómodo, diríamos nosotros.

Pero si él hubiera podido ver lo que estaba sucediendo abajo en las cocinas del Club Mausoleo, Mr. Fyshe se habría dado cuenta de que justo en ese momento se estaba convirtiendo en el lugar más incómodo.

Porque el visitador con su sombrero de lado, quien había estado rondando todo el día, estaba ahora ocupado con un grupo de filósofos chinos, anotando nombres y distribuyendo tarjetas de huelguista del Sindicato Internacional²¹ y asegurándoles que todos los “muchachos” de la Gran Lid se habían retirado a las siete, y que todos los “muchachos” del *Eco* y del Sindicato y de cada restaurante se habían ido hace una hora.

Y los filósofos estaban recibiendo sus tarjetas y colgando sus sacos de meseros y poniéndose chaquetas desgastadas y bombines de lado, en una extraordinaria transformación de chinos respetables a holgazanes encorvados de la peor calaña.

Pero Mr. Fyshe, como estaba en el cenador y no en las cocinas, no vio nada de eso. Ni siquiera cuando el jefe de meseros, temblando de aprehensión, apareció con los cocteles que él mismo preparó, en copas que él mismo había tenido que secar —Mr. Fyshe, absorto en la agradable urbanidad del Duque, no notó anomalía alguna.

Tampoco sus invitados. Porque el Dr. Boomer, una vez enterado de que el Duque había visitado Nigeria, le estuvo preguntando su opinión sobre las famosas ruinas de

²¹ “Una serie de leyes, promulgadas entre 1871 y 1875, establecieron sin lugar a discusión la legalidad de los sindicatos laborales, paralelamente al derecho de huelga [...] A partir de 1890, empezaron a aparecer los sindicatos de trabajadores no calificados.” *Inglés económico y comercial*. Idiomas Larousse. Ed. Larousse, Ciudad de México, p. 99. Es muy probable que haga referencia al Sindicato de Trabajadores Industriales del Mundo (*WWI* por sus siglas en inglés). el *IWW* fue el que se movilizó fuertemente contra las leyes anti-migratorias y racistas que se aprobaron en EE.UU. en detrimento de la mano de obra asiática, especialmente la proveniente de China.

Bimbaweh en el bajo Níger. El Duque confesó que en realidad no se había fijado en ellas, y el Doctor le aseguró que no había duda de que Estrabón²² las había mencionado (le mostraría al Duque el pasaje exacto), y que al parecer se encontraban, si su memoria no le fallaba, aproximadamente a medio camino entre Ootah y Ohat; ya sea arriba de Ootah y abajo de Ohat, o arriba de Ohat y abajo de Ootah, no osaba afirmarlo con certeza; porque el Duque debía esperar a que el presidente tuviera tiempo de consultar su biblioteca.

Y el Duque de inmediato quedó fascinado con los conocimientos del presidente sobre geografía nigeriana, y le explicó que de hecho una vez había descendido desde abajo de Timbuctú²³ hasta Oohat en un palanquín llevado por sólo cuatro cargadores.

Tan pronto bebieron sus cocteles, el grupo salió solemnemente del cenador hacia el comedor privado de arriba, en un solo bloque, sin dejar de charlar afanosamente sobre las ruinas de Bimbaweh, y los cargadores, y de si el palanquín era, o no era, el bote original de piel de cabra mencionado en el Génesis.

Y cuando entraron al comedor privado donde había una mesa blanca como la nieve, y cristal cortado y flores (en la forma dispuesta por un filósofo que ahora se retiraba hacia el Teatro de Variedades²⁴ con el sombrero cubriéndole los ojos), el Duque volvió a exclamar:

—En verdad, tienen un club sumamente cómodo: un deleite.

Luego se sentaron a la cena, por la cual Mr. Furlong dio las gracias más breves jamás conocidas por el clero anglicano. Y el jefe de meseros, ahora en una profunda angustia —porque había estado enviando mensajes telefónicos en vano a la Gran Lid y al

²² Geógrafo griego.

²³ Ciudad al sur del límite del Sahara, en África central, a unas nueve millas del Níger. Su producto de exportación más importante es la pepita de oro.

²⁴ Existieron en NY dos *Gaiety Theaters*: uno que era un teatro formal en 1547 Broadway, y otro que era un teatro burlesque gay para varones, ubicado en 201 W 46th street, New York, NY 10036. Parece ser que Leacock se refería a este último.

Continental, como capitán de barco a punto de hundirse— sirvió con mano temblorosa las ostras que él mismo había abierto y el vino del Rhin. Pues sabía que, a menos de que por arte de magia consiguiera un nuevo chef y uno o dos meseros de la Lid, toda esperanza estaba perdida.

Pero los visitantes seguían sin darse cuenta de sus temores. El Dr. Boomer comía sus ostras de la misma forma que un *hipo* nigeriano se comería a los cargadores de un palanquín, a grandes bocados, mientras comentaba sobre el lujo de la vida moderna.

Y durante la pausa que hubo después de las ostras, ilustró para el Duque con dos piezas de pan, la diferencia fundamental en cuanto a estructura entre las construcciones de los indios *pueblo* y las casas tribales de los navajos, y para que el Duque no confundiera alguna de ellas o ambas con las chozas de adobe de las tribus de Bimbaweh, le mostró la diferencia en seguida con un par de aceitunas.

Para entonces, por supuesto, el atraso en el servicio se estaba haciendo evidente. Mr. Fyshe dirigía miradas de enfado hacia la puerta, esperando a que reapareciera el mesero, mientras gruñía disculpas a sus invitados. Pero el presidente agitó su mano rechazando las disculpas.

—En mis días de estudiante —dijo— habría considerado un plato de ostras como una comida abundante. No habría pedido nada más. Comemos —puntualizó— demasiado.

Esto, por supuesto, dio pie para que Mr. Fyshe empezara a hablar sobre su tema favorito. —¡El lujo! —exclamó— ¡Vaya que sí! Es la maldición de la época. El horroroso crecimiento del lujo, la acumulación de dinero, la facilidad con la que se hacen enormes fortunas...

—¡Bien! —pensó el Duque—. Nos estamos acercando.

—...Éstas son las cosas que van a arruinarnos. Recuerden mis palabras, todo el asunto está condenado a terminar en un tremendo colapso. No me preocupa decírselo, Duque: mis amigos aquí presentes, seguramente ya lo saben, que soy más o menos un socialista revolucionario. Estoy absolutamente convencido, señor, de que nuestra civilización moderna terminará en una gran catástrofe social. Recuerden lo que digo— y aquí Mr. Fyshe fue sumamente expresivo—, una gran catástrofe social. Algunos de nosotros no viviremos para verlo, quizá; pero por ejemplo, tú, Furlong, eres más joven; seguramente lo verás.

Sólo que Mr. Fyshe estaba calculando mal el caso. Todos ellos iban a vivir para verlo, justo en donde estaban.

Pues fue en ese preciso momento, cuando Mr. Fyshe estaba hablando de la catástrofe social y explicando con ojos centelleantes que era inevitable que sucediera, que sucedió; y cuando sucedió, estalló, de todos los lugares del mundo, justo ahí en el comedor privado del Club Mausoleo.

Porque el acongojado jefe de meseros volvió a entrar y se inclinó hacia el respaldo de la silla de Mr. Fyshe y le susurró algo.

—¿Eh? ¿Qué? —preguntó Mr. Fyshe.

El jefe de meseros, con el semblante afligido por la agonía interna, le volvió a susurrar.

—¡Esos infernales, malditos canallas! —Exclamó Mr. Fyshe, volviendo a ocupar su silla—. ¡En huelga; en este club! ¡Es indignante!

—Lo siento mucho, señor. No había querido decirle, señor. Tenía la esperanza de poder obtener ayuda externa, pero parece, señor, que todos los hoteles están en la misma situación.

—Quieres decir —le preguntó Mr. Fyshe, hablando en voz muy baja— ¿que no hay cena?

—Lo siento mucho, señor —gimió el mesero—. Parece ser que el chef ni siquiera la había cocinado. Aparte de lo que hay en la mesa, señor, no hay nada.

La catástrofe social había llegado.

Mr. Fyshe se sentó en silencio con los puños apretados. El Dr. Boomer, con su gran rostro paralizado, miraba fijamente las conchas vacías de las ostras, pensando tal vez en sus días de estudiante. El Duque, quien se enjuagó de los labios sus esperanzas de pedir los cien mil en la primera copa de vino que nunca le sirvieron, pensó primero en sus modales y murmuró algo acerca de que fueran todos a su hotel.

Pero no hay necesidad de continuar con los infelices detalles de la cena interrumpida. La única idea de Mr. Fyshe era irse: él era demasiado listo como para pensar que se puede hablar de negocios sobre el mantel de un restaurante de segunda, o con el estómago vacío en un club desierto. El asunto debía hacerse otra vez; debía darse su tiempo y comenzar de nuevo.

Y entonces sucedió que la cenita de Mr. Fyshe se disolvió en sus elementos constitutivos, como piezas rotas de una sociedad en el gran cataclismo descrito por el propio Mr. Fyshe.

El Duque fue llevado de inmediato a su casa en un auto que jadeaba, hasta la brillante rotonda de la Gran Lid, el cual también estaba sin servicio y sin cena.

El rector de San Asaf se encaminó a su rectoría, cavilando sobre el contenido de su despensa.

Y Mr. Fyshe y el gigantesco Doctor se fueron juntos a casa, caminando por la avenida Plutoria, por debajo de los olmos.

No habían avanzado una gran distancia cuando el Dr. Boomer empezó a hablar sobre el Duque.

—Un hombre encantador —dijo— muy agradable. En verdad que siento mucha pena por él.

—Su situación no es peor, supongo, que la de cualquiera de nosotros —gruñó Mr. Fyshe, quien se sentía en el más agrio de los humores democráticos—; no se necesita ser duque para tener estómago.

—Oh, ¡qué va!, ¡qué va! —dijo el presidente, mientras agitaba su mano rechazando el comentario—; No me refiero a eso, para nada. Estaba pensando en su situación financiera: una familia tan antigua como los Dulham; parece que toda ella esta muy mal.

Porque, como era de esperarse, para un arqueólogo como el Dr. Boomer el conocimiento profundo del pedigrí y las fortunas de las grandes familias ducales desde Jock de Ealing en adelante no era nada. Ni qué decirlo. Comparado con el cráneo de Neandertal y las ruinas de Bimbaweh eso no contaba.

Mr. Fyshe detuvo el paso quedándose totalmente inmóvil. —¿Su situación financiera? —preguntó, veloz como lince.

—Desde luego —dijo el Dr. Boomer—; había dado por hecho que lo sabías. La familia Dulham está prácticamente en la ruina. El Duque, me imagino, tiene necesidad de hipotecar sus propiedades; naturalmente, supondría que está aquí en América para conseguir dinero.

Mr. Fyshe era de reacciones rápidas, como de rayo. Cualquier hombre acostumbrado a la Bolsa de Valores aprende a pensar rápidamente.

—¡Un momento! —exclamó—; veo que estamos justo frente a tu puerta. ¿Puedo entrar brevemente y usar tu teléfono? Quiero hablar un momento con Boulder.

Dos minutos después, Mr. Fyshe estaba diciendo por el auricular: “¿Sí?, ¿eres tú, Boulder? Te estuve buscando en vano hoy —quería presentarte al Duque de Dulham, quien llegó de Nueva York de manera totalmente inesperada; estaba seguro de que te habría gustado conocerlo. Quería verte en el club para cenar, y ahora resulta que el club está de cabeza— huelga de meseros o alguna bellaquería —y la Gran Lid, según escuché, está en el mismo apuro. ¿Serías tan amable...?”

Aquí Mr. Fyshe hizo una pausa, escuchando por un momento, y luego continuó: “Sí, sí; excelente idea —muy amable de tu parte. Te pido envíes un auto al hotel y le des al Duque algo de cenar. No, no iré con ustedes, gracias. Muy amable. Buenas noches...”

Y unos cuantos minutos después, el auto del señor Boulder circulaba por la Ciudad bajando por la avenida Plutoria al hotel Gran Lid.

Lo que pasó entre Mr. Boulder y el Duque esa noche nadie lo sabe. Que la compañía fue grata para ambos, no hay duda. De hecho, parecía que, aun siendo diferentes en muchos aspectos, encontraron un interés afín por el deporte. Y es muy probable que Mr. Boulder haya mencionado que tenía una casa de campo —lo que el Duque llamaría un refugio de caza— en los bosques de Wisconsin, y que estaba hecha de troncos, toscos troncos de cedro sin escuadrar, y que los lobos grises y otros de los alrededores eran de una ferocidad incomparable.

Aquellos que conocían mejor al Duque podrán calcular el impacto que esto causó en su temperamento.

En todo caso, es seguro que Mr. Lucullus Fyshe, a la mañana siguiente en el desayuno, se rió por lo bajo conteniendo su alegría, al leer en el *Ciudadano Plutópico* la nota:

“Nos enteramos que el Duque de Dulham, quien había estado de visita en la Ciudad por una corta temporada, parte esta mañana con Mr. Asmodeus Boulder a los bosques de Wisconsin. Tenemos entendido que la intención de Mr. Boulder es mostrarle a su invitado, quien es un ferviente cazador, cómo es el lobo americano.”

Y así el Duque se fue a todo vapor hacia el noroeste con Mr. Boulder en el extremo de una sala de estar de un Pullman²⁵, que estaba repleto de rifles exprés de doble cañón, y morrales de caza de cuero y trampas para linceos y lobos, y sabe Dios qué más. Y el Duque llevaba el más resistente de sus trajes de cazador, hecho al parecer de piel de caimán; y sentado ahí con un rifle sobre sus piernas, mientras que el tren corría pasando por campos abiertos y bosquecillos divididos, el verdadero campo al fin, hacia el bosque de Wisconsin, había tal brillo de cordial alegría en su rostro como no se le había visto desde la vez que había quedado varado en las selvas lodosas de la alta Birmania.

Y frente a él, Mr. Boulder lo miraba fijamente en silencio, y murmuraba de vez en vez alguna información adicional sobre la ferocidad del lobo gris.

Pero de los otros lobos americanos que no eran los grises, aun más feroces, en cuyas manos podría caer el Duque, no dijo ni una palabra.

Tampoco se tiene registro de lo que sucedió en Wisconsin; y en el Club Mausoleo, el Duque y su visita quedaron tan sólo como un recuerdo agradable.

²⁵ Llamado así por su creador, George Mortimer Pullman (1831-1897). Era un tren de lujo. El “Pioneer”, el prototipo de su vagón dormitorio, se dio a conocer en 1865. De hecho, en 1894 hubo una huelga que duró dos meses, llevada a cabo por los trabajadores de la compañía Pullman, debido a la aplicación de leyes antimonopolistas a los sindicatos, provocando una reducción salarial del 25 por ciento. *Encyclopedia Britannica*, vol. 9, p. 794.

BIBLOGRAFÍA

Fuentes impresas

ABRAMS, M.H., *The Norton Anthology of English Literature*, “Captains of Industry”. Vol. 2, New York, W.W. Norton & Company, 2000, p. 1115.

AYRES, Frank Jr., *Matemáticas financieras*. Ed. McGraw Hill, Serie Schaum, México, 1994, p. 63.

BALDOR, Aurelio, *Aritmética teórico-práctica*. Ed. Publicaciones Cultural, Ciudad de México, 1985, p. 550.

BERISTÁIN, Helena, *Diccionario de Retórica y poética*. Ed. Porrúa, Ciudad de México, 1998.

CLASS OF 1935, *A Bibliography of Stephen Butler Leacock*. Ed. Marion VILLIERS. Canadá, McGill University Library School, 1935, pp. 9, 14, 24-25.

DAVIS, Robertson, *Feast of Stephen. A Leacock Anthology*, “Humor as I see it”. McClelland & Stewart Ltd., 1970, Canadian Writers N. 95, [New Canadian Library], p. 139.

-----, *Stephen Leacock*, “His Work”. McClelland & Stewart Ltd., 1989, Canadian Writers N. 7, [New Canadian Library], 1970, pp. 28, 32.

DIGGINS, John Patrick, *Thorstein Veblen, teórico de la clase ociosa*. Trad. Eduardo L. Suárez, México, FCE, 2ª edición en español, 2003.

Encyclopedia Britannica, Vol 4, p. 802.

-----, Vol. 9, p. 794.

-----, Vol. 12, p. 862.

HATIM, Basil y MASON, Ian, *Teoría de la Traducción, una aproximación al discurso*. España, Ariel, 1995.

Inglés económico y comercial. Idiomas Larousse. Ed. Larousse, México, p. 377.

LEACOCK, Stephen, *Arcadian Adventures with the Idle Rich*, “Introduction”, Introd. Ralph Curry, Canadá, McClelland & Stewart Ltd., 1969, New Canadian Library, p. vii, viii.

-----, *Arcadian Adventures with the Idle Rich*, Pról. Gerald Lynch. Canadá, McClelland & Stewart Ltd., 1989, New Canadian Library, p. 7-32, 205.

-----, *Aventuras del señorito en su Arcadia*, “Nota a la traducción”, Trad. Tamara GIL SOMOZA. España, 451 Editores, 2008, p. 8.

-----, *Sunshine Sketches of a Little Town*. Canadá, McClelland & Stewart Ltd., 1955.

-----, *The Best of Leacock*. Introd. J.B. PRIESTLEY. Canadá, McClelland & Stewart Ltd., 1958.

P. GWINN, Robert, Ed., *The New Encyclopedia Britannica*. Vol. 12, 15a. edición, Encyclopedia Britannica Inc., Estados Unidos, [Micropaedia Ready Reference], 1985, p. 443.

SIMPSON, J.A. y WEINER, E.S.C., Ed., *The Oxford English Dictionary*. 2da. Edición, Inglaterra, Clarendon Press, 1989, p. 251.

TROTTER, David, *The English Novel in History 1895-1920*. Inglaterra, Routledge, 1993.

VEBLEN, Thorstein, *Teoría de la clase ociosa*, “Introducción”, Introd. John KENNETH. México, FCE, 1974, p. ix.

WEHMEIER, Sally, Ed., *Oxford Advanced Learner’s Dictionary of Current English*. 6a. edición, Oxford University Press, 2000.

Fuentes electrónicas

Bartleby.com, Great books on Line. Disponible desde internet en <http://www.bartleby.com/59/18/protectiveta.html> [Con acceso el 9 septiembre de 2008].

BUTLER, Harold Edgeworth. Septiembre 2003; actualizado el día 1 de noviembre de 2005. *Post-Augustan Poetry From Seneca to Juvenal*. Project Gutenberg e-text [libro en línea]. Disponible desde internet en <http://infomotions.com/etexts/gutenberg/dirs/etext05/7pagp10.htm> [Con acceso el 9 de diciembre de 2008].

CARNEGIE, Andrew. Junio 1889. “Wealth”. En: *North American Review*, CXLVIII, 653-64. Nineteenth Century Documents Project. Transcripción de Katie Morgan y revisado por T. Lloyd Benson. [En línea]. Disponible desde internet en <http://facweb.furman.edu/~benenson/docs/carnegie.htm> [Con acceso el 22 de mayo de 2009].

DALES, John H., “Protectionism”, *The Canadian Encyclopedia*. Historica Dominion. Disponible desde internet en

<http://www.thecanadianencyclopedia.com/index.cfm?PgNm=TCE&Params=A1ARTA0006522> [con acceso el 9 de septiembre de 2008].

DE PERINAT, María, *Historia de la moda*, “Capítulo XVIII. Introducción: El peso histórico del Siglo Veinte”, España, 2007. Disponible desde internet en <http://www.edym.com/CD-tex/01mod/Cap01-3.htm> [Con acceso el 15 de julio de 2008].

DICKENS, Charles, *Great Expectations*, Capítulo XX; 20 de Agosto de 2008. Project Gutenberg e-text [libro en línea]; Disponible desde internet en <http://www.gutenberg.org/files/1400/1400-8.txt> [Con acceso el 2 de diciembre de 2008].

Dictionary.com Unabridged. Random House, Inc. [En Línea]. Disponible desde internet en <http://dictionary.reference.com/browse/arcadia's> [Con acceso el 22 de mayo de 2009].

Diccionario panhispánico de dudas, “Mayúsculas”: [2005]. Real Academia Española [En línea]. Disponible desde internet en <http://buscon.rae.es/dpdI/SrvltConsulta?lema=mayúsculas> [Con acceso el 10 de noviembre de 2010].

FLETCHER, Tom, ed., *New York Architecture* [en línea]. Disponible desde internet en <http://www.nyc-architecture.com/GON/GON032.htm> [Con acceso el 15 de Julio de 2008].

GARCÍA Soto, María Gracia, *El Gobierno corporativo y las decisiones de crecimiento empresarial: evidencia en las cajas de ahorro españolas*, “Capítulo 1. El gobierno corporativo y la estrategia de diversificación: fundamentos teóricos”; 2003. Tesis doctoral [en línea], Universidad Las Palmas de Gran Canaria. Disponible desde internet en <http://www.eumed.net/tesis/mggs/Cap1-1.pdf>, p. 22 [Con acceso el 8 de noviembre de 2009].

GD&A Business Brokers WorldWide. Asesores e Intermediarios en Compra de Empresas, Venta de Empresas y Valoración de Empresas [en línea]. Disponible desde internet en [http://www.gda-bbrokers.com/es/Glosario-de-Terminos/\(letra\)/R](http://www.gda-bbrokers.com/es/Glosario-de-Terminos/(letra)/R) [Con acceso el 4 de marzo de 2009].

GIFFORD, William, Trad., *The Satires of Decimus Junius Juvenalis and of Aulus Persius Flaccus*. Inglaterra, W. Bulmer and Co. Cleveland-Row, St. James, 1817, Vol. 1, 3era. edición, p. 312. Google Books [En línea]. Disponible desde internet en <http://books.google.com/books?id=wLwTAAAYAAJ&pg=PP16&sig=UxiJgIXsx7bkd24dhVcIGSBYUbQ#v=onepage&q=&f=false> [Con acceso el 26 de enero de 2009].

GILBERT Short, William. *El Pueblo Navajo*; 1969. [En línea]. Portal de Revistas Científicas Complutenses. Universidad Complutense de Madrid, Servicio de Publicaciones. Disponible desde internet en <http://revistas.ucm.es/ghi/05566533/articulos/REAA6969110223A.PDF> [Con acceso el 3 de agosto de 2010].

Harvard University Library, Open Collection Program, *Immigration to the United States, 1789-1930: Chinese Exclusion Act (1882)*. [En línea]. Disponible desde internet en <http://ocp.hul.harvard.edu/immigration/themes-exclusion.html> [Con acceso el 24 de Octubre de 2009].

Investopedia ULC. Forbes Digital Company. [En línea]. Disponible desde internet en <http://www.investopedia.com> [Con acceso el 22 de mayo de 2009].

Los Trabajadores Industriales del Mundo, *El gran sindicato*, <http://www.iww.org/PDF/Spanish/ElGranSindicato.pdf> [Con acceso el 24 de octubre de 2009].

LYNCH, Gerald. *Sunshine Sketches: Mariposa versus Mr. Smith*. Studies in Canadian Literature [En línea]. Disponible desde internet en http://www.lib.unb.ca/Texts/SCL/bin/get.cgi?directory=vol9_2/&filename=Lynch.htm [Con acceso el 2 de diciembre de 2008].

GARCÍA Resa, Manuel, *Contabilidad de Sociedades*; 2005. “Capítulo 2. Sociedad Anónima (S.A.). Aspectos legales”, Thompson, México, p. 76. Google Libros [en línea]. Disponible desde internet en http://books.google.com.mx/books?id=wv6O-1P-d64C&pg=PA76&lpg=PA76&dq=dividendo+acumulativo&source=bl&ots=7AAIBFJAY4&sig=AcMUfJCvnH4t62wDtuNOR2N_pFk&hl=es&ei=7XfWS5rVA46Y8ATU8tWYBw&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=2&ved=0CAgQ6AEwATgK#v=onepage&q=dividendo%20acumulativo&f=false [Con acceso el 24 de abril de 2010].

McALPINE, R.W., 1872. *The Life and Times of Col. James Fisk, Jr.*, The New York Book Company, Estados Unidos. Internet Archive, American Libraries. [En línea]. Disponible desde internet en <http://www.archive.org/details/cu31924030124840> [Con acceso el 8 de noviembre de 2009].

PEI Potato Board, Consejo de la Papa de la Isla del Príncipe Eduardo [en línea]. Disponible desde internet en <http://www.peipotato.org/espanol/papas.asp> [Con acceso el 15 de julio de 2008].

Real Academia de la Lengua Española (RAE) [en línea]. Disponible desde internet en <http://rae.es>

ROCAFUERTE, Vicente. 1831. *Ensayo sobre tolerancia religiosa*. 2ª edición, México, Imprenta de M. Rivera a cargo de Tomás Uribe. Google Libros [En línea]. Disponible desde internet en http://books.google.com/books?id=dKspAAAAYAAJ&pg=PA37&lpg=PA37&dq=%22san+asaf&source=bl&ots=NB2Q5t-DNM&sig=15jq21Ee80M2OR1kGC9laq0WWNs&hl=es&ei=IFrZSsrdN8GekQWTpZzJDg&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=6&ved=0CBMQ6AEwBQ#v=onepage&q=%22san%20asaf&f=false [Con acceso el 17 Octubre de 2009].

SOAS Bulletin of Burma Research, Vol. 1, No., 1, Spring 2003 [en línea]. Disponible desde internet en <http://web.soas.ac.uk/burma/dissertation%20abstracts%201.1.PDF> [Con acceso el 8 de septiembre de 2008].

Spanish Translator Services, Trusted Translations, Inc. [en línea]. Disponible desde http://www.spanish-translator-services.com/espanol/diccionarios/contable-ingles-espanol/i/Interest_bond.htm [Con acceso el 9 de septiembre de 2008].

Taylor, K. W. 1948. "Tariffs", en W. Stewart Wallace, ed., *The Encyclopedia of Canada*, Vol. VI, Toronto, University Associates of Canada, pp. 1948, 398, 102-108 . The Quebec History Encyclopedia [En línea]. Disponible desde internet en <http://faculty.marianopolis.edu/c.belanger/QuebecHistory/encyclopedia/TariffsCanada.htm> [Con acceso el 2 de diciembre de 2008].

The American Historical Review, vol. 36, N 1. American Historical Association, 1930. "Tariff Strategy and Propaganda in the United States, 1887-1888". [En línea]. Disponible desde internet en <http://www.jstor.org/pss/1837628> [Con acceso el 9 de septiembre de 2008].

The Musical Box Society International, Ed. Rosanna Harris. [En línea]. Disponible desde internet en <http://www.mbsi.org/glossary.php?letter=C> [Con acceso el 6 de marzo de 2009].

Wabash Railroad Historical Society. Condensado de un artículo de Advertising and Public Relations Department of the Wabash Railroad Company, Agosto, 1959 . Ed. Jim Holmes y Allen Rueter. [En línea]. Sociedad creada en 1975 e incorporada al estado de Missouri en 2005. Disponible desde internet en <http://www.wabashrhs.org/wabhist.html> [Con acceso el 24 de octubre de 2009].

Webster's Online Dictionary, Ed. Philip M. Parker. [En línea]. Disponible desde internet en <http://www.websters-online-dictionary.org/AR/ARCADIAN.html> [Con acceso el 24 de enero de 2009].

ANEXO

Ilustración 1



A recent photograph C. 1935
Stephen Leacock



An Outdoor View



*Caricature by
J. B. Fitzmaurice*



An Indoor View

Stephen Leacock



The Late James Fisk, Jr.
[Mr. Fyshe]

A Little Dinner with Mr. Lucullus Fyshe

THE MAUSOLEUM Club stands on the quietest corner of the best residential street in the City. It is a Grecian building of white stone. About it are great elm trees with birds – the most expensive kind of birds – singing in the branches.

The street in the softer hours of the morning has an almost reverential quiet. Great motors move drowsily along it, with solitary chauffeurs returning at 10.30 after conveying the earlier of the millionaires to their down-town offices. The sunlight flickers through the elm trees, illuminating expensive nursemaids wheeling valuable children in little perambulators. Some of the children are worth millions and millions. In Europe, no doubt, you may see in the Unter den Linden avenue or the Champs Elysées a little prince or princess go past with a clattering military guard to do honour. But that is nothing. It is not half so impressive, in the real sense, as what you may observe every morning on Plutoria Avenue beside the Mausoleum Club in the quietest part of the city. Here you may see a little toddling princess in a rabbit suit who owns fifty distilleries in her own right. There, in a lacquered perambulator, sails past a little hooded head that controls from its cradle an entire New Jersey corporation. The United States attorney-general is suing her as she sits, in a vain attempt to make her dissolve herself into constituent companies. Near by is a child of four, in a khaki suit, who represents the merger of

two trunk line railways. You may meet in the flickered sunlight any number of little princes and princesses far more real than the poor survivals of Europe. Incalculable infants wave their fifty-dollar ivory rattles in an inarticulate greeting to one another. A million dollars of preferred stock laughs merrily in recognition of a majority control going past in a go-cart drawn by an imported nurse. And through it all the sunlight falls through the elm-trees, and the birds sing and the motors hum, so that the whole world as seen from the boulevard of Plutoria Avenue is the very pleasantest place imaginable.

Just below Plutoria Avenue, and parallel with it, the trees die out and the brick and stone of the City begins in earnest. Even from the Avenue you see the tops of the skyscraping buildings in the big commercial streets, and can hear or almost hear the roar of the elevated railway, earning dividends. And beyond that again the City sinks lower, and is choked and crowded with the tangled streets and little houses of the slums.

In fact, if you were to mount to the roof of the Mausoleum Club itself on Plutoria Avenue you could almost see the slums from there. But why should you? And on the other hand, if you never went up on the roof, but only dined inside among the palm-trees, you would never know that the slums existed - which is much better.

There are broad steps leading up to the club, so broad and so agreeably covered with matting that the physical exertion of lifting oneself from one's motor to the door of the club is reduced to the smallest compass. The richer members are not ashamed to take the steps one at a time, first one foot and then the other; and at tight money periods, when there is a black cloud hanging over the Stock Exchange, you may see each and every one of the members of the Mausoleum Club dragging himself up the steps after this fashion, his restless eyes filled with the dumb pathos of a man wondering where he can put his hand on half a million dollars.

But at gayer times, when there are gala receptions at the

club, its steps are all buried under expensive carpet, soft as moss and covered over with a long pavilion of red and white awning to catch the snowflakes; and beautiful ladies are poured into the club by the motorful. Then indeed it is turned into a veritable Arcadia; and for a beautiful pastoral scene, such as would have gladdened the heart of a poet who understood the cost of things, commend me to the Mausoleum Club on just such an evening. Its broad corridors and deep recesses are filled with shepherdesses such as you never saw, dressed in beautiful shimmering gowns, and wearing feathers in their hair that droop off sideways at every angle known to trigonometry. And there are shepherds too with broad white waistcoats and little patent leather shoes and heavy faces and congested cheeks. And there is dancing and conversation among the shepherds and shepherdesses, with such brilliant flashes of wit and repartee about the rise in Wabash and the fall in Cement that the soul of Louis Quatorze would leap to hear it. And later there is supper at little tables, when the shepherds and shepherdesses consume preferred stocks and gold-interest bonds in the shape of chilled champagne and iced asparagus, and great platefuls of dividends and special quarterly bonuses are carried to and fro in silver dishes by Chinese philosophers dressed up to look like waiters.

But on ordinary days there are no ladies in the club, but only the shepherds. You may see them sitting about in little groups of two and three under the palm-trees drinking whiskey and soda; though of course the more temperate among them drink nothing but whiskey and Lithia water, and those who have important business to do in the afternoon limit themselves to whiskey and Radnor, or whiskey and Magi water. There are as many kinds of bubbling, gurgling, mineral waters in the caverns of the Mausoleum Club as ever sparkled from the rocks of Homeric Greece. And when you have once grown used to them, it is as impossible to go back to plain water as it is to live again in the forgotten house in a side street that you inhabited long before you became a member.

Thus the members sit and talk in undertones that float to the ear through the haze of Havana smoke. You may hear the older men explaining that the country is going to absolute ruin, and the younger ones explaining that the country is forging ahead as it never did before; but chiefly they love to talk of great national questions, such as the protective tariff and the need of raising it, the sad decline of the morality of the working man, the spread of syndicalism and the lack of Christianity in the labour class, and the awful growth of selfishness among the mass of the people.

So they talk, except for two or three that drop off to directors' meetings, till the afternoon fades and darkens into evening, and the noiseless Chinese philosophers turn on soft lights here and there among the palm-trees. Presently they dine at white tables glittering with cut glass and green and yellow Rhine wines; and after dinner they sit again among the palm-trees, half hidden in the blue smoke, still talking of the tariff and the labour class and trying to wash away the memory and the sadness of it in floods of mineral waters. So the evening passes into night, and one by one the great motors come throbbing to the door, and the Mausoleum Club empties and darkens till the last member is borne away and the Arcadian day ends in well-earned repose.

"I want you to give me your opinion very, very frankly," said Mr. Lucullus Fyshe on one side of the luncheon table to the Rev. Fareforth Furlong on the other.

"By all means," said Mr. Furlong.

Mr. Fyshe poured out a wineglassful of soda and handed it to the rector to drink.

"Now tell me very truthfully," he said, "is there too much carbon in it?"

"By no means," said Mr. Furlong.

"And - quite frankly - not too much hydrogen?"

"Oh, decidedly not."

"And you would not say that the percentage of sodium bicarbonate was too great for the ordinary taste?"

"I certainly should not," said Mr. Furlong, and in this he spoke the truth.

"Very good then," said Mr. Fyshe, "I shall use it for the Duke of Dulham this afternoon."

He uttered the name of the Duke with that quiet, democratic carelessness which meant that he didn't care whether half a dozen other members lurching at the club could hear or not. After all, what was a duke to a man who was president of the People's Traction and Suburban Co. and the Republican Soda and Siphon Co-operative, and chief director of the People's District Loan and Savings? If a man with a broad basis of popular support like that was proposing to entertain a duke, surely there could be no doubt about his motives? None at all.

Naturally, too, if a man manufactures soda himself, he gets a little over-sensitive about the possibility of his guests noticing the existence of too much carbon in it.

In fact, ever so many of the members of the Mausoleum Club manufacture things, or cause them to be manufactured, or - what is the same thing - merge them when they are manufactured. This gives them their peculiar chemical attitude towards their food. One often sees a member suddenly call the head waiter at breakfast to tell him that there is too much ammonia in the bacon; and another one protest at the amount of glucose in the olive oil; and another that there is too high a percentage of nitrogen in the anchovy. A man of distorted imagination might think this tasting of chemicals in the food a sort of nemesis of fate upon the members. But that would be very foolish, for in every case the head waiter, who is the chief of the Chinese philosophers mentioned above, says that he'll see to it immediately and have the percentage removed. And as for the members themselves, they are about as much ashamed of manufacturing and merging things as the Marquis of Salisbury is ashamed of the founders of the Cecil family.

What more natural therefore than that Mr Lucullus Fyshe, before serving the soda to the Duke, should try it on somebody else? And what better person could be found for this than Mr. Furlong, the saintly young rector of St. Asaph's, who had enjoyed the kind of expensive college education calculated to develop all the faculties. Moreover, a rector of the Anglican Church who has been in the foreign mission field is the kind of person from whom one can find out, more or less incidentally, how one should address and converse with a duke, and whether you call him, "Your Grace," or "His Grace," or just "Grace," or "Duke," or what. All of which things would seem to a director of the People's Bank and the president of the Republican Soda Co. so trivial in importance that he would scorn to ask about them.

So that was why Mr. Fyshe had asked Mr. Furlong to lunch with him, and to dine with him later on in the same day at the Mausoleum Club to meet the Duke of Dulham. And Mr. Furlong, realising that a clergyman must be all things to all men and not avoid a man merely because he is a duke had accepted the invitation to lunch, and had promised to come to dinner, even though it meant postponing the Willing Workers' Tango Class of St. Asaph's until the following Friday.

Thus it had come about that Mr. Fyshe was seated at lunch, consuming a cutlet and a pint of Moselle in the plain, downright fashion of a man so democratic that he is practically a revolutionary socialist, and doesn't mind saying so; and the young rector of St. Asaph's was sitting opposite to him in a religious ecstasy over a *salmi* of duck.

"The Duke arrived this morning, did he not?" said Mr. Furlong.

"From New York," said Mr. Fyshe; "he is staying at the Grand Palaver. I sent a telegram through one of our New York directors of the Traction, and his Grace has very kindly promised to come over here to dine."

"Is he here for pleasure?" asked the rector.

"I understand he is --" Mr. Fyshe was going to say

"about to invest a large part of his fortune in American securities," but he thought better of it. Even with the clergy it is well to be careful. So he substituted "is very much interested in studying American conditions."

"Does he stay long?" asked Mr. Furlong.

Had Mr. Lucullus Fyshe replied quite truthfully, he would have said, "Not if I can get his money out of him quickly," but he merely answered, "That I don't know."

"He will find much to interest him," went on the rector in a musing tone. "The position of the Anglican Church in America should afford him an object of much consideration. I understand," he added, feeling his way, "that his Grace is a man of deep piety."

"Very deep," said Mr. Fyshe.

"And of great philanthropy?"

"Very great."

"And I presume," said the rector, taking a devout sip of the unfinished soda, "that he is a man of immense wealth?"

"I suppose so," answered Mr. Fyshe quite carelessly; "all these fellows are." - Mr. Fyshe generally referred to the British aristocracy as "these fellows" - "Land, you know, feudal estates; sheer robbery, I call it. How the working class, the proletariat, stand for such tyranny is more than I can see. Mark my words, Furlong, some day they'll rise and the whole thing will come to a sudden end."

Mr. Fyshe was here launched upon his favourite topic; but he interrupted himself, just for a moment, to speak to the waiter.

"What the devil do you mean," he said, "by serving asparagus half cold?"

"Very sorry, sir," said the waiter, "shall I take it out?"

"Take it out? Of course take it out, and see that you don't serve me stuff of that sort again, or I'll report you."

"Very sorry, sir," said the waiter.

Mr. Fyshe looked at the vanishing waiter with contempt upon his features. "These pampered fellows are getting unbearable," he said. "By Gad, if I had my way I'd fire the whole lot of them: lock 'em out, put 'em on the street. That

would teach 'em. Yes, Furlong, you'll live to see it that the whole working class will one day rise against the tyranny of the upper classes, and society will be overwhelmed."

But if Mr. Fyshe had realised that at that moment, in the kitchen of the Mausoleum Club, in those sacred precincts themselves, there was a walking delegate of the Waiters' International Union leaning against a sideboard, with his bowler hat over one corner of his eye, and talking to a little group of the Chinese philosophers, he would have known that perhaps the social catastrophe was a little nearer than even he suspected.

"Are you inviting any one else to-night?" asked Mr. Furlong.

"I should have liked to ask your father," said Mr. Fyshe, "but unfortunately he is out of town."

What Mr. Fyshe really meant was, "I am extremely glad not to have to ask your father, whom I would not introduce to the Duke on any account."

Indeed, Mr. Furlong, senior, the father of the rector of St. Asaph's, who was President of the New Amalgamated Hymnal Corporation, and Director of the Hosanna Pipe and Steam Organ, Limited, was entirely the wrong man for Mr. Fyshe's present purpose. In fact, he was reputed to be as smart a man as ever sold a Bible. At this moment he was out of town, busied in New York with the preparation of the plates of his new Hindu Testament (copyright); but had he learned that a duke with several millions to invest was about to visit the city, he would not have left it for the whole of Hindustan.

"I suppose you are asking Mr. Boulder," said the rector.

"No," answered Mr. Fyshe very decidedly, dismissing the name absolutely.

Indeed, there was even better reason not to introduce Mr. Boulder to the Duke. Mr. Fyshe had made that sort of mistake once, and never intended to make it again. It was only a year ago, on the occasion of the visit of young

Viscount FitzThistle to the Mausoleum Club, that Mr. Fyshe had introduced Mr. Boulder to the Viscount and had suffered grievously thereby. For Mr. Boulder had no sooner met the Viscount than he invited him up to his hunting-lodge in Wisconsin, and that was the last thing known of the investment of the FitzThistle fortune.

This Mr. Boulder of whom Mr. Fyshe spoke might indeed have been seen at that moment at a further table of the lunch room eating a solitary meal, an oldish man with a great frame suggesting broken strength, with a white beard and with falling under-eyelids that made him look as if he were just about to cry. His eyes were blue and far away, and his still, mournful face and his great bent shoulders seemed to suggest all the power and mystery of high finance.

Gloom indeed hung over him. For, when one heard him talk of listed stocks and cumulative dividends, there was as deep a tone in his quiet voice as if he spoke of eternal punishment and the wages of sin.

Under his great hands a chattering viscount, or a sturdy duke, or a popinjay Italian marquis was as nothing.

Mr. Boulder's methods with titled visitors investing money in America were deep. He never spoke to them of money, not a word. He merely talked of the great American forest - he had been born sixty-five years back, in a lumber state - and, when he spoke of primeval trees and the howl of the wolf at night among the pines, there was the stamp of reality about it that held the visitor spellbound; and when he fell to talking of his hunting-lodge far away in the Wisconsin timber, duke, earl, or baron that had ever handled a double-barrelled express rifle listened and was lost.

"I have a little place," Mr. Boulder would say in his deep tones that seemed almost like a sob, "a sort of shooting box, I think you'd call it, up in Wisconsin; just a plain place" - he would add, almost crying - "made of logs."

"Oh, really," the visitor would interject, "made of logs. By Jove, how interesting!"

All titled people are fascinated at once with logs, and Mr. Boulder knew it - at least subconsciously.

"Yes, logs," he would continue, still in deep sorrow; "just the plain cedar, not squared, you know, the old original timber; I had them cut right out of the forest."

By this time the visitor's excitement was obvious. "And is there game there?" he would ask.

"We have the timber wolf," said Mr. Boulder, his voice half choking at the sadness of the thing, "and of course the jack wolf and the lynx."

"And are they ferocious?"

"Oh, extremely so - quite uncontrollable."

On which the titled visitor was all excitement to start for Wisconsin at once, even before Mr. Boulder's invitation was put in words.

And when he returned a week later, all tanned and wearing bush-whackers' boots, and covered with wolf bites, his whole available fortune was so completely invested in Mr. Boulder's securities that you couldn't have shaken twenty-five cents out of him upside down.

Yet the whole thing had been done merely incidentally - round a big fire under the Wisconsin timber, with a dead wolf or two lying in the snow.

So no wonder that Mr. Fyshe did not propose to invite Mr. Boulder to his little dinner. No, indeed. In fact, his one aim was to keep Mr. Boulder and his log house hidden from the Duke.

And equally no wonder that as soon as Mr. Boulder read of the Duke's arrival in New York, and saw by the *Commercial Echo and Financial Undertone* that he might come to the City looking for investments, he telephoned at once to his little place in Wisconsin - which had, of course, a primeval telephone wire running to it - and told his steward to have the place well aired and good fires lighted; and he especially enjoined him to see if any of the shanty men thereabouts could catch a wolf or two, as he might need them.

"Is no one else coming then?" asked the rector.

"Oh yes. President Boomer of the University. We shall

be a party of four. I thought the Duke might be interested in meeting Boomer. He may care to hear something of the archaeological remains of the continent."

If the Duke did so care, he certainly had a splendid chance in meeting the gigantic Dr. Boomer, the president of Plutoria University.

If he wanted to know anything of the exact distinction between the Mexican Pueblo and the Navajo tribal house, he had his opportunity right now. If he was eager to hear a short talk - say half an hour - on the relative antiquity of the Neanderthal skull and the gravel deposits of the Missouri, his chance had come. He could learn as much about the stone age and the bronze age, in America, from President Boomer, as he could about the gold age and the age of paper securities from Mr. Fyshe and Mr. Boulder.

So what better man to meet a duke than an archaeological president?

And if the Duke should feel inclined, as a result of his American visit (for Dr. Boomer, who knew everything, understood what the Duke had come for) inclined, let us say, to endow a chair in Primitive Anthropology, or do any useful little thing of the sort, that was only fair business all round; or if he even was willing to give a moderate sum towards the general fund of Plutoria University - enough, let us say, to enable the president to dismiss an old professor and hire a new one - that surely was reasonable enough.

The president, therefore, had said yes to Mr. Fyshe's invitation with alacrity, and had taken a look through the list of his more incompetent professors to refresh his memory.

The Duke of Dulham had landed in New York five days before and had looked round eagerly for a field of turnips, but hadn't seen any. He had been driven up Fifth Avenue and had kept his eyes open for potatoes, but there were none. Nor had he seen any shorthorns in Central Park, nor any Southdowns on Broadway. For the Duke, of course,

like all dukes, was agricultural from his Norfolk jacket to his hobnailed boots.

At his restaurant he had cut a potato in two and sent half of it to the head waiter to know if it was Bermudian. It had all the look of an early Bermudian, but the Duke feared from the shading of it that it might be only a late Trinidad. And the head waiter sent it to the chef, mistaking it for a complaint, and the chef sent it back to the Duke with a message that it was not a Bermudian but a Prince Edward Island. And the Duke sent his compliments to the chef, and the chef sent his compliments to the Duke. And the Duke was so pleased at learning this that he had a similar potato wrapped up for him to take away, and tipped the head waiter twenty-five cents, feeling that in an extravagant country the only thing to do is to go the people one better. So the Duke carried the potato round for five days in New York and showed it to everybody. But beyond this he got no sign of agriculture out of the place at all. No one who entertained him seemed to know what the beef that they gave him had been fed on; no one, even in what seemed the best society, could talk rationally about preparing a hog for the breakfast table. People seemed to eat cauliflower without distinguishing the Denmark variety from the Oldenburg, and few, if any, knew Silesian bacon even when they tasted it. And when they took the Duke out twenty-five miles into what was called the country, there were still no turnips, but only real estate, and railway embankments, and advertising signs; so that altogether the obvious and visible decline of American agriculture in what should have been its leading centre saddened the Duke's heart. Thus the Duke passed four gloomy days. Agriculture vexed him, and still more, of course, the money concerns which had brought him to America.

Money is a troublesome thing. But it has got to be thought about even by those who were not brought up to it. If, on account of money matters, one has been driven to come over to America in the hope of borrowing money, the

awkwardness of how to go about it naturally makes one gloomy and preoccupied. Had there been broad fields of turnips to walk in and Holstein cattle to punch in the ribs, one might have managed to borrow it in the course of gentlemanly intercourse, as from one cattle-man to another. But in New York, amid piles of masonry and roaring street-traffic and glittering lunches and palatial residences, one simply couldn't do it.

Herein lay the truth about the Duke of Dulham's visit and the error of Mr. Lucullus Fyshe. Mr. Fyshe was thinking that the Duke had come to *lend* money. In reality he had come to *borrow* it. In fact, the Duke was reckoning that by putting a second mortgage on Dulham Towers for twenty thousand sterling, and by selling his Scotch shooting and leasing his Irish grazing and sub-letting his Welsh coal rent he could raise altogether a hundred thousand pounds. This, for a duke, is an enormous sum. If he once had it he would be able to pay off the first mortgage on Dulham Towers, buy in the rights of the present tenant of the Scotch shooting and the claim of the present mortgagee of the Irish grazing, and in fact be just where he started. This is ducal finance, which moves always in a circle.

In other words the Duke was really a poor man – not poor in the American sense, where poverty comes as a sudden blighting stringency, taking the form of an inability to get hold of a quarter of a million dollars, no matter how badly one needs it, and where it passes like a storm-cloud and is gone, but poor in that permanent and distressing sense known only to the British aristocracy. The Duke's case, of course, was notorious, and Mr. Fyshe ought to have known of it. The Duke was so poor that the Duchess was compelled to spend three or four months every year at a fashionable hotel on the Riviera simply to save money, and his eldest son, the young Marquis of Beldoodle, had to put in most of his time shooting big game in Uganda, with only twenty or twenty-five beaters, and with so few carriers and couriers and such a dearth of elephant men and hyena boys

that the thing was a perfect scandal. The Duke indeed was so poor that a younger son, simply to add his efforts to those of the rest, was compelled to pass his days in mountain climbing in the Himalayas, and the Duke's daughter was obliged to pay long visits to minor German princesses, putting up with all sorts of hardship. And while the ducal family wandered about in this way - climbing mountains, and shooting hyenas, and saving money, the Duke's place or seat, Dulham Towers, was practically shut up, with no one in it but servants and housekeepers and gamekeepers and tourists; and the picture galleries, except for artists and visitors and villagers, were closed; and the town house, except for the presence of servants and tradesmen and secretaries, was absolutely shut. But the Duke knew that rigid parsimony of this sort, if kept up for a generation or two, will work wonders, and this sustained him; and the Duchess knew it, and it sustained her; in fact, all the ducal family, knowing that it was only a matter of a generation or two, took their misfortune very cheerfully.

The only thing that bothered the Duke was borrowing money. This was necessary from time to time when loans or mortgages fell in, but he hated it. It was beneath him. His ancestors had often taken money, but had never borrowed it, and the Duke chafed under the necessity. There was something about the process that went against the grain. To sit down in pleasant converse with a man, perhaps almost a gentleman, and then lead up to the subject and take his money from him, seemed to the Duke's mind essentially low. He could have understood knocking a man over the head with a fire shovel and taking his money, but not borrowing it.

So the Duke had come to America, where borrowing is notoriously easy. Any member of the Mausoleum Club, for instance, would borrow fifty cents to buy a cigar, or fifty thousand dollars to buy a house, or five millions to buy a railroad with complete indifference, and pay it back, too, if he could, and think nothing of it. In fact, ever so many of

the Duke's friends were known to have borrowed money in America with magical ease, pledging for it their seats or their pictures, or one of their daughters - anything.

So the Duke knew it must be easy. And yet, incredible as it may seem, he had spent four days in New York, entertained everywhere, and made much of, and hadn't borrowed a cent. He had been asked to lunch in a Riverside palace, and, fool that he was, had come away without so much as a dollar to show for it. He had been asked to a country house on the Hudson, and, like an idiot - he admitted it himself - hadn't asked his host for as much as his train fare. He had been driven twice round Central Park in a motor and had been taken tamely back to his hotel not a dollar the richer. The thing was childish, and he knew it. But to save his life the Duke didn't know how to begin. None of the things that he was able to talk about seemed to have the remotest connection with the subject of money. The Duke was able to converse reasonably well over such topics as the approaching downfall of England (they had talked of it at Dulham Towers for sixty years), or over the duty of England towards China, or the duty of England to Persia, or its duty to aid the Young Turk Movement, and its duty to check the Old Servia agitation. The Duke became so interested in these topics and in explaining that while he had never been a Little Englander he had always been a Big Turk, and that he stood for a Small Bulgaria and a Restricted Austria, that he got further and further away from the topic of money, which was what he really wanted to come to; and the Duke rose from his conversations with a look of such obvious distress on his face that everybody realised that his anxiety about England was killing him.

And then suddenly light had come. It was on his fourth day in New York that he unexpectedly ran into the Viscount Belstairs (they had been together as young men in Nigeria, and as middle-aged men in St. Petersburg), and Belstairs, who was in abundant spirits and who was returning to England on the *Gloritania* at noon the next day,

explained to the Duke that he had just borrowed fifty thousand pounds, on security that wouldn't be worth a halfpenny in England.

And the Duke said with a sigh, "How the deuce do you do it, Belstairs?"

"Do what?"

"Borrow it," said the Duke. "How do you manage to get people to talk about it? Here I am wanting to borrow a hundred thousand, and I'm hanged if I can even find an opening."

At which the Viscount had said, "Pooh, pooh! you don't need any opening. Just borrow it straight out - ask for it across a dinner table, just as you'd ask for a match; they think nothing of it here."

"Across the dinner table?" repeated the Duke, who was a literal man.

"Certainly," said the Viscount. "Not too soon, you know - say after a second glass of wine. I assure you it's absolutely nothing."

And it was just at that moment that a telegram was handed to the Duke from Mr. Lucullus Fyshe, praying him, as he was reported to be visiting the next day the City where the Mausoleum Club stands, to make acquaintance with him by dining at that institution.

And the Duke, being as I say a literal man, decided that just as soon as Mr. Fyshe should give him a second glass of wine, that second glass should cost Mr. Fyshe a hundred thousand pounds sterling.

And oddly enough, at about the same moment, Mr. Fyshe was calculating that provided he could make the Duke drink a second glass of the Mausoleum champagne, that glass would cost the Duke about five million dollars.

So the very morning after that the Duke had arrived on the New York express in the City; and being an ordinary, democratic, commercial sort of place, absorbed in its own affairs, it made no fuss over him whatever. The morning

edition of the *Plutopian Citizen* simply said, "We understand that the Duke of Dulham arrives at the Grand Palaver this morning," after which it traced the Duke's pedigree back to Jock of Ealing in the twelfth century and let the matter go at that; and the noon edition of the *People's Advocate* merely wrote, "We learn that Duke Dulham is in town. He is a relation of Jack Ealing." But the *Commercial Echo and Financial Undertone*, appearing at four o'clock, printed in its stock market columns the announcement: "We understand that the Duke of Dulham, who arrives in town to-day, is proposing to invest a large sum of money in American Industrials."

And of course that announcement reached every member of the Mausoleum Club within twenty minutes.

The Duke of Dulham entered the Mausoleum Club that evening at exactly seven of the clock. He was a short, thick man with a shaven face, red as a brick, and grizzled hair, and from the look of him he could have got a job at sight in any lumber camp in Wisconsin. He wore a dinner jacket, just like an ordinary person, but even without his Norfolk coat and his hobnailed boots there was something in the way in which he walked up the long main hall of the Mausoleum Club that every imported waiter in the place recognised in an instant.

The Duke cast his eye about the club and approved of it. It seemed to him a modest, quiet place, very different from the staring ostentation that one sees too often in a German hof or an Italian palazzo. He liked it.

Mr. Fyshe and Mr. Furlong were standing in a deep alcove or bay where there was a fire and india-rubber trees and pictures with shaded lights and a whiskey-and-soda table. There the Duke joined them. Mr. Fyshe he had met already that afternoon at the Palaver, and he called him "Fyshe" as if he had known him forever; and indeed, after a few minutes he called the rector of St. Asaph's simply "Furlong," for he had been familiar with the Anglican

clergy in so many parts of the world that he knew that to attribute any peculiar godliness to them, socially, was the worst possible taste.

"By Jove," said the Duke, turning to tap the leaf of a rubber-tree with his finger, "that fellow's a Nigerian, isn't he?"

"I hardly know," said Mr. Fyshe, "I imagine so"; and he added, "You've been in Nigeria, Duke?"

"Oh, some years ago," said the Duke, "after big game, you know - fine place for it."

"Did you get any?" asked Mr. Fyshe.

"Not much," said the Duke; "a hippo or two."

"Ah," said Mr. Fyshe.

"And, of course, now and then a giro," the Duke went on, and added, "My sister was luckier, though; she potted a rhino one day, straight out of a doolie; I call that rather good."

Mr. Fyshe called it that too.

"Ah, now here's a good thing," the Duke went on, looking at a picture. He carried in his waist-coat pocket an eye-glass that he used for pictures and for Tamworth hogs, and he put it to his eye with one hand, keeping the other in the left pocket of his jacket; "and this - this is a very good thing."

"I believe so," said Mr. Fyshe.

"You really have some awfully good things here," continued the Duke. He had seen far too many pictures in too many places ever to speak of "values" or "compositions" or anything of that sort. The Duke merely looked at a picture and said, "Now here's a good thing," or "Ah! here now is a very good thing," or "I say, here's a really good thing."

No one could get past this sort of criticism. The Duke had long since found it bullet-proof.

"They showed me some rather good things in New York," he went on, "but really the things you have here seem to be awfully good things."

Indeed, the Duke was truly pleased with the pictures, for something in their composition, or else in the soft, expen-

sive light that shone on them, enabled him to see in the distant background of each a hundred thousand sterling. And that is a very beautiful picture indeed.

"When you come to our side of the water, Fyshe," said the Duke, "I must show you my Botticelli."

Had Mr. Fyshe, who knew nothing of art, expressed his real thought, he would have said, "Show me your which?" But he only answered, "I shall be delighted to see it."

In any case there was no time to say more, for at this moment the portly figure and the great face of Dr. Boomer, president of Plutoria University, loomed upon them. And with him came a great burst of conversation that blew all previous topics into fragments. He was introduced to the Duke, and shook hands with Mr. Furlong, and talked to both of them, and named the kind of cocktail that he wanted, all in one breath, and in the very next he was asking the Duke about the Babylonian hieroglyphic bricks that his grandfather, the thirteenth Duke, had brought home from the Euphrates, and which every archaeologist knew were preserved in the Duke's library at Dulham Towers. And though the Duke hadn't known about the bricks himself, he assured Dr. Boomer that his grandfather had collected some really good things, quite remarkable.

And the Duke, having met a man who knew about his grandfather, felt in his own element. In fact, he was so delighted with Dr. Boomer and the Nigerian rubber-tree and the shaded pictures and the charm of the whole place and the certainty that half a million dollars was easily findable in it, that he put his eye-glass back in his pocket and said,

"A charming club you have here, really most charming."

"Yes," said Mr. Fyshe, in a casual tone, "a comfortable place, we like to think."

But if he could have seen what was happening below in the kitchens of the Mausoleum Club, Mr. Fyshe would have realised that just then it was turning into a most uncomfortable place.

For the walking delegate with his hat on sideways, who

had haunted it all day, was busy now among the assembled Chinese philosophers, writing down names and distributing strikers' cards of the International Union and assuring them that the "boys" of the Grand Palaver had all walked out at seven, and that all the "boys" of the Commercial and the Union and of every restaurant in town were out an hour ago.

And the philosophers were taking their cards and hanging up their waiters' coats and putting on shabby jackets and bowler hats, worn sideways, and changing themselves by a wonderful transformation from respectable Chinese to slouching loafers of the lowest type.

But Mr. Fyshe, being in an alcove and not in the kitchens, saw nothing of these things. Not even when the head waiter, shaking with apprehension, appeared with cocktails made by himself, in glasses that he himself had had to wipe, did Mr. Fyshe, absorbed in the easy urbanity of the Duke, notice that anything was amiss.

Neither did his guests. For Dr. Boomer, having discovered that the Duke had visited Nigeria, was asking him his opinion of the famous Bimbaweh remains of the lower Niger. The Duke confessed that he really hadn't noticed them, and the Doctor assured him that Strabo had indubitably mentioned them (he would show the Duke the very passage), and that they apparently lay, if his memory served him, about half-way between Oohat and Ohat; whether above Oohat and below Ohat or above Ohat and below Oohat he would not care to say for a certainty; for that the Duke must wait till the president had time to consult his library.

And the Duke was fascinated forthwith with the president's knowledge of Nigerian geography, and explained that he had once actually descended from below Timbuctoo to Oohat in a doolie manned only by four swats.

So presently, having drunk the cocktails, the party moved solemnly in a body from the alcove towards the private dining-room upstairs, still busily talking of the Bimbaweh remains, and the swats, and whether the doolie

was, or was not, the original goatskin boat of the book of Genesis.

And when they entered the private dining-room with its snow-white table and cut glass and flowers (as arranged by a retreating philosopher now heading towards the Gaiety Theatre with his hat over his eyes), the Duke again exclaimed,

"Really, you have a most comfortable club - delightful."

So they sat down to dinner, over which Mr. Furlong offered up a grace as short as any that are known even to the Anglican clergy. And the head waiter, now in deep distress - for he had been sending out telephone messages in vain to the Grand Palaver and the Continental, like the captain of a sinking ship - served oysters that he had opened himself and poured Rhine wine with a trembling hand. For he knew that unless by magic a new chef and a waiter or two could be got from the Palaver, all hope was lost.

But the guests still knew nothing of his fears. Dr. Boomer was eating his oysters as a Nigerian hippo might eat up the crew of a doolie, in great mouthfuls, and commenting as he did so upon the luxuriousness of modern life.

And in the pause that followed the oysters he illustrated for the Duke with two pieces of bread the essential difference in structure between the Mexican *pueblo* and the tribal house of the Navajos, and lest the Duke should confound either or both of them with the adobe hut of the Bimbaweh tribes he showed the difference at once with a couple of olives.

By this time, of course, the delay in the service was getting noticeable. Mr. Fyshe was directing angry glances towards the door, looking for the reappearance of the waiter, and growling an apology to his guests. But the president waved the apology aside.

"In my college days," he said, "I should have considered a plate of oysters an ample meal. I should have asked for nothing more. We eat," he said, "too much."

This, of course, started Mr. Fyshe on his favourite topic.

"Luxury!" he exclaimed, "I should think so! It is the curse of the age. The appalling growth of luxury, the piling up of money, the ease with which huge fortunes are made" (Good! thought the Duke, here we are coming to it), "these are the things that are going to ruin us. Mark my words, the whole thing is bound to end in a tremendous crash. I don't mind telling you, Duke - my friends here, I am sure, know it already - that I am more or less a revolutionary socialist. I am absolutely convinced, sir, that our modern civilisation will end in a great social catastrophe. Mark what I say" - and here Mr. Fyshe became exceedingly impressive - "a great social catastrophe. Some of us may not live to see it, perhaps; but you, for instance, Furlong, are a younger man; you certainly will."

But here Mr. Fyshe was understating the case. They were all going to live to see it, right on the spot.

For it was just at this moment, when Mr. Fyshe was talking of the social catastrophe and explaining with flashing eyes that it was bound to come, that it came; and when it came at lit, of all places in the world, right there in the private dining-room of the Mausoleum Club.

For the gloomy head waiter re-entered and leaned over the back of Mr. Fyshe's chair and whispered to him.

"Eh? what?" said Mr. Fyshe.

The head waiter, his features stricken with inward agony, whispered again.

"The infernal, damn scoundrels!" said Mr. Fyshe, starting back in his chair. "On strike: in this club! It's an outrage!"

"I'm very sorry, sir. I didn't like to tell you, sir. I'd hoped I might have got help from the outside, but it seems, sir, the hotels are all the same way."

"Do you mean to say," said Mr. Fyshe, speaking very slowly, "that there is no dinner?"

"I'm sorry, sir," moaned the waiter. "It appears the chef hadn't even cooked it. Beyond what's on the table, sir, there's nothing."

The social catastrophe had come.

Mr. Fyshe sat silent with his fist clenched. Dr. Boomer, with his great face transfixed, stared at the empty oyster-shells, thinking perhaps of his college days. The Duke, with his hundred thousand dashed from his lips in the second cup of champagne that was never served, thought of his politeness first and murmured something about taking them to his hotel.

But there is no need to follow the unhappy details of the unended dinner. Mr. Fyshe's one idea was to be gone: he was too true an artist to think that finance could be carried on over the table-cloth of a second-rate restaurant, or on an empty stomach in a deserted club. The thing must be gone over again; he must wait his time and begin anew.

And so it came about that the little dinner-party of Mr. Lucullus Fyshe dissolved itself into its constituent elements, like broken pieces of society in the great cataclysm portrayed by Mr. Fyshe himself.

The Duke was bowled home in a snorting motor to the brilliant rotunda of the Grand Palaver, itself waiterless and supperless.

The rector of St. Asaph's wandered off home to his rectory, musing upon the contents of its pantry.

And Mr. Fyshe and the gigantic Doctor walked side by side homewards along Plutoria Avenue, beneath the elm trees.

Nor had they gone any great distance before Dr. Boomer fell to talking of the Duke.

"A charming man," he said, "delightful. I feel extremely sorry for him."

"No worse off, I presume, than any of the rest of us," growled Mr. Fyshe, who was feeling in the sourest of democratic moods; "a man doesn't need to be a duke to have a stomach."

"Oh, pooh, pooh!" said the president, waving the topic aside with his hand in the air; "I don't refer to that. Oh, not at all. I was thinking of his financial position - an ancient

family like the Dulhams; it seems too bad altogether."

For, of course, to an archaeologist like Dr. Boomer an intimate acquaintance with the pedigree and fortunes of the greater ducal families from Jock of Ealing downwards was nothing. It went without saying. As beside the Neanderthal skull and the Bimbaweh ruins it didn't count.

Mr. Fyshe stopped absolutely still in his tracks. "His financial position?" he questioned, quick as a lynx.

"Certainly," said Dr. Boomer; "I had taken it for granted that you knew. The Dulham family are practically ruined. The Duke, I imagine, is under the necessity of mortgaging his estates; indeed, I should suppose he is here in America to raise money."

Mr. Fyshe was a man of lightning action. Any man accustomed to the Stock Exchange learns to think quickly.

"One moment!" he cried; "I see we are right at your door. May I just run in and use your telephone? I want to call up Boulder for a moment."

Two minutes later Mr. Fyshe was saying into the telephone, "Oh, is that you, Boulder? I was looking for you in vain to-day - wanted you to meet the Duke of Dulham, who came in quite unexpectedly from New York; felt sure you'd like to meet him. Wanted you at the club for dinner, and now it turns out that the club's all upset - waiters' strike or some such rascality - and the Palaver, so I hear, is in the same fix. Could you possibly -"

Here Mr. Fyshe paused, listening a moment and then went on, "Yes, yes; an excellent idea - most kind of you. Pray do send your motor to the hotel and give the Duke a bite of dinner. No, I won't join you, thanks. Most kind. Good-night -"

And within a few minutes more the motor of Mr. Boulder was rolling down from Plutoria Avenue to the Grand Palaver Hotel.

What passed between Mr. Boulder and the Duke that evening is not known. That they must have proved conge-

nia! company to one another there is no doubt. In fact, it would seem that, dissimilar as they were in many ways, they found a common bond of interest in sport. And it is quite likely that Mr. Boulder may have mentioned that he had a hunting-lodge - what the Duke would call a shooting-box - in Wisconsin woods, and that it was made of logs, rough cedar logs not squared, and that the timber wolves and others which surrounded it were of a ferocity without parallel.

Those who know the Duke best could measure the effect of that upon his temperament.

At any rate, it is certain that Mr. Lucullus Fyshe at his breakfast-table next morning chuckled with suppressed joy to read in the *Plutopian Citizen* the item:

"We learn that the Duke of Dulham, who has been paying a brief visit to the City, leaves this morning with Mr. Asmodeus Boulder for the Wisconsin woods. We understand that Mr. Boulder intends to show his guest, who is an ardent sportsman, something of the American wolf."

And so the Duke went whirling westwards and northwards with Mr. Boulder in the drawing-room end of a Pullman car, that was all littered up with double-barrelled express rifles and leather game bags, and lynx catchers and wolf traps and Heaven knows what. And the Duke had on his very roughest sporting suit, made, apparently, of alligator hide; and as he sat there with a rifle across his knees, while the train swept onward through open fields and broken woods, the real country at last, towards the Wisconsin forest, there was such a light of genial happiness in his face that had not been seen there since he had been marooned in the mud jungles of Upper Burmah.

And opposite, Mr. Boulder looked at him with fixed, silent eyes, and murmured from time to time some renewed information of the ferocity of the timber wolf.

But of wolves other than the timber wolf, and fiercer still,

into whose hands the Duke might fall in America, he spoke never a word.

Nor is it known in the record what happened in Wisconsin, and to the Mausoleum Club the Duke and his visit remained only as a passing and a pleasant memory.

The Wizard of Finance

DOWN IN the City itself, just below the residential street where the Mausoleum Club is situated, there stands overlooking Central Square the Grand Palaver Hotel. It is, in truth, at no great distance from the club, not half a minute in one's motor. In fact, one could almost walk it.

But in Central Square the quiet of Plutoria Avenue is exchanged for another atmosphere. There are fountains that splash unendingly and mingle their music with the sound of the motorhorns and the clatter of the cabs. There are real trees and little green benches, with people reading yesterday's newspaper, and grass cut into plots among the asphalt. There is at one end a statue of the first governor of the state, life-size, cut in stone; and at the other a statue of the last, ever so much larger than life, cast in bronze. And all the people who pass by pause and look at this statue and point at it with walking sticks, because it is of extraordinary interest; in fact, it is an example of the new electro-chemical process of casting by which you can cast a state governor any size you like, no matter what you start from. Those who know about such things explain what an interesting contrast the two statues are; for in the case of the governor of a hundred years ago one had to start from plain, rough material and work patiently for years to get the effect, whereas now the material doesn't matter at all, and with any sort of scrap, treated in the gas furnace under